Hacia el abismo
Alphonse Daudet



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

OBRA COLABORACIÓN DE USUARIO

Esta obra fue enviada como donación por un usuario.
Las obras recibidas como donativo son publicadas como el usuario las envía, confiando en que la obra enviada está completa y corregida debidamente por quien realiza la contribución.

En el extremo de la vía dell' Ospedale, una de las grandes arterias de Turín, existía en 1793, una casa de elegante aspecto, de tres pisos y rodeada de un frondoso jardín.

Esa casa había sido mucho tiempo residencia de una rica familia de Turín, pero en la época en que el Terror se desencadenaba en Francia, la afluencia de emigrados que iban a buscar un refugio en la capital del Piamonte decidió al propietario del inmueble a transformarle en un hotel amueblado para uso de los extranjeros. Los fugitivos franceses y los de Saboya, después de que esta provincia fue anexionada a la República y tuvo que obedecer sus leyes, no tardaron en ocupar los departamentos más o menos vastos que se habían preparado en la casa, disponiéndolos de modo que los huéspedes tuviesen la facultad de vivir aisladamente o en común si lo preferían.

Como esos departamentos eran cómodos, su mueblaje lujoso y el precio de los alquileres bastante elevado, la casa Gavotti se convirtió prontamente en el punto de cita de los emigrados notables, provistos de más recursos que los que poseían en su mayor parte los desgraciados a quienes la tormenta revolucionaría había arrojado de su país. Unos meses después de su creación, la casa Gavotti pasaba por ser la más aristocrática de Turín.

Para convencerse de que merecía su reputación, bastaba leer, en el cuarto del portero, la lista de los inquilinos, colgada en la pared en un marco movible. Todos pertenecían a la más alta nobleza de Francia y de Saboya, nobleza de espada y nobleza de toga. Entre ellos se encontraban, en el momento en que comienza este relato, es decir, en la primavera de 1793, dos mujeres jóvenes: la condesa Lucía de Entremont y su hermana menor, la señorita Clara de Palarin, hijas del difunto lugarteniente general marqués de Palarin, uno de los más gloriosos veteranos de los ejércitos del rey de Francia.

La mayor se había casado con un noble saboyano al servicio del Piamonte y, establecida en Saboya por su matrimonio, había recogido a su hermana a la muerte de su padre.

Algo después, cuando la entrada de los franceses en Chambery hacía peligroso residir en esta ciudad, el conde de Entremont, antes de marcharse a combatir en los Alpes a los invasores de su país, condujo a Turín a su mujer y a su cuñada y las instaló en la casa Gavotti, confiándolas a la adhesión de una dama de gobierno, la señora Gerard, que servía ya en casa de sus padres cuando ellas vinieron al mundo.

Desde que habitaban en este asilo, nadie podía jactarse de haber comunicado con ellas, pues vivían muy retiradas y hasta huían las ocasiones de encontrarse con los emigrados establecidos en la casa. Una casa de huéspedes es siempre una especie de mentidero, y, en ésta, la actitud de las jóvenes daba ocasión a comentarios desprovistos de benevolencia.

¿Qué tenían que ocultar para substraerse así a las insinuaciones de amistad que se les hacían y para cerrar su puerta a los visitantes?

Hubiérase juzgado menos severamente a aquellas bellas reclusas si se hubieran conocido las causas de su enclaustración. Pero esas causas eran apenas sospechadas. Se ignoraba en general que la condesa de Entremont, al condenarse con su hermana a una existencia de monja, obedecía las órdenes formales de un marido despótico y celoso, cuyos celos, bien mirado, no dejaban de tener excusa.

No era porque la Condesa hubiera hecho nunca nada para justificarlos, sino porque el Conde le llevaba veinte años y no ignoraba que Lucía se había casado con él sin amor, después del rompimiento de un noviazgo anterior, rompimiento impuesto por su padre y que la había separado de un hombre profundamente amado, en la víspera del día fijado para su casamiento.

Aquel prometido, duramente rechazado, se llamaba Roberto de Dalassene. Su familia no cedía en nada como antigüedad a la de Palarin. Un barón de Dalassene figuró en la primera cruzada e hizo una brillante fortuna en la corte de los emperadores de Bizancio. Vueltos a Francia en el siglo catorce, los descendientes de aquel héroe, gracias a su inteligencia y a su valor, habían dado al nombre de que estaban de la Revolución.

Mandaba entonces el joven un escuadrón del regimiento de caballería de Artois y debía a su juventud, a su elegancia, y a su ingenio no menos que a su nacimiento, el estar en primera fila entre aquellos nobles a quienes el rey y la reina colmaban de favores y a quienes parecía prometida la carrera más envidiable.

noche, el joven Roberto conoció a Lucía de Palarin en casa de su abuelo materno, el arrendador general Ninart de Lavoix. Lucía acababa de salir del convento, donde estaba todavía su hermana, y estaba haciendo su entrada en el mundo. Sus dieciocho años, su belleza y su encanto ejercieron en Roberto una seducción fulminante, y el joven no tardó en lograr agradar a Lucía, tanto como ella le agradaba. Sucesivos encuentros aumentaron la vivacidad de sus sentimientos recíprocos, y pronto se decidió el matrimonio, con gran gozo de las dos familias o, por mejor decir, de lo que de ellas restaba. Como parientes próximos del novio no quedaban más que su abuelo, que vivía casi siempre en sus tierras de Normandía, y su tío abuelo, el arrendador general. En cuanto a la prometida, que había perdido a su madre siendo aún muy niña, no tenía a quien querer más que a su hermanita y a su padre, al que el dolor de haber visto ensangrentar las calles de París al furor popular, debía llevar a la tumba pocos meses después de la toma de la Bastilla.

Este casamiento inesperado y contrario a sus compromisos anteriores, había sucedido a los motines trágicos del 14 de julio, y era su consecuencia. Se había visto, en aquel día, al prometido de la señorita de Palarin mezclarse con los amotinados, animar sus violencias, fraternizar con ellos y declararse partidario de las ideas nuevas.

Objeto de vehementes reproches de su abuelo, Roberto había agravado sus culpas al afirmar sus convicciones y al tratar de justificar su conducta. El abuelo, indignado, arrojó de su casa al nieto, y cuando, al día siguiente, éste se presentó en el hotel de Palarin, no fue recibido. En la misma tarde, una carta le hacía saber que el Marqués rehusaba dar su hija a un renegado, y que salía de París con ella. Rabioso, entonces, e irritado por el rigor con que se le hacía expiar una hora de extravío, del que acaso se hubiera arrepentido si se le hubiera tratado con más indulgencia, siguió el ejemplo que le daban otros nobles: Mirabeau, Talloyrand, Biron, Custine, Chateau-neuf-Randon, le Peletier de Saint-Fargeau, Herault de Sechelles. Con desprecio de su nacimiento y de las enseñanzas que había recibido, e ingrato con los soberanos a quienes debía tantos favores, se arrojó ruidosamente en el partido de la Revolución.

Su caída fue tan rápida como profunda. Frecuentó los clubs, se afilió en los jacobinos, peroró contra los realistas y los moderados y hasta, un día, se plantó el gorro frigio. Había trance disipar las desconfianzas que excitaban entre sus nuevos amigos las costumbres aristocráticas a que no había renunciado y de las que daban aún testimonio su elegancia y su modo de vivir. Al mismo tiempo se entregaba a una existencia de placeres y de disipación, sin temor de exhibir sus relaciones con mujeres notoriamente desacreditadas y que reemplazaban a sus lazos de familia, rotos para siempre.

En septiembre de 1792, los electores de la Nievre le recompensaron su cambio designándole para representarlos en la Convención. Esta elección, que él había solicitado, puso el sello a su apostasía, y como él se gloriaba de ella y quería que nadie la dudase, fue a tomar asiento en los bancos de la Montaña. Allí se hizo notar prontamente por su actividad revolucionaria; se asoció

a las medidas más violentas, se hizo elegir miembro de la junta de Seguridad general y enviar a los ejércitos como representante del pueblo.

Cuando empezó el proceso del rey, estaba él en Colmar por orden de la Convención y hubiera podido no asociarse a la sentencia que iba a dictarse. Pero tuvo a honor no rehuir la responsabilidad del acto jurídico que se preparaba, hizo llegar su voto por carta y ese voto fue de muerte. Cuando su carta fue leída en la tribuna y publicada por los periódicos, Roberto recibió una de su abuelo, en la que el viejo Mausabré, no habiendo podido contener su cólera, le enviaba la maldición.

retenerla en él. Aunque no había vuelto a verle y parecía resignada con su nueva vida, pensaba en él sin cesar, y pensaba sin cólera, considerándolo más como una víctima que como un culpable y convencida de que Roberto la amaba lo mismo que en otro tiempo.

Sus pesares, y ciertas vagas esperanzas, alimentaban sus ensueños de joven, y su marido, que sospechaba el objeto de tales ensueños, se irritaba interiormente. Después de haberlos hecho servir mucho tiempo de pretexto para obligarla a vivir como una enclaustrada, ya en Chambery, ya en el castillo de Entremont, se había fundado en los pensamientos ocultos que le atribuía para prohibirle, al dejarla en Turín, las relaciones que él no hubiera autorizado. Desesperando de hacerse amar, quería hacerse temer y podía creer que lo había logrado, puesto que su mujer continuaba acatando dócilmente su voluntad, aunque, estando separado de ella, le fuese imposible vigilarla.

Es verdad que Lucía no sufría con la soledad. Ausente su marido y teniendo al lado a su hermana, esto bastaba para que la joven se considerase tan feliz como se lo permitía la herida de su corazón. Su persona estaba prisionera, pero su pensamiento no lo estaba y podía abrirse libremente y a todas horas al recuerdo de Roberto, del que seguía ardientemente enamorada a pesar de los obstáculos insuperables que la separaban de él.

acababa de despertarse al ruido que hizo su hermana al entrar en el cuarto a darle un beso, el ama de gobierno, señora Gerard, se dejó ver detrás de la muchacha.

La edad y la apostura de esta señora imponían respeto.

Tratada por sus jóvenes señoras, no como una subordinada, sino como una amiga, ella dirigía la casa y les prodigaba sus cuidados con una solicitud casi maternal, sin prescindir de la deferencia que tenía, a pesar de sus cincuenta años y de sus servicios, como un deber de estado.

La Gerard se quedó inmóvil en el umbral de la habitación como si esperase que se le ordenase entrar, y su mirada se posó en las dos hermanas, la una en pie y la otra acostada.

Sus encantadoras cabezas agitábanse en la misma almohada.

Lucía se agitaba riendo bajo los besos de Clara, cuyos rubios cabellos se mezclaban con los cabellos negros y trazaban surcos de oro sobre su color obscuro de brillantes reflejos.

momento la gravedad precoz de los veintidós años de la primogénita.

-¿Tienes que hablarme, Gerard? -preguntó Lucía desde la cama.

Y viendo un pliego cerrado en las manos del ama de gobierno, añadió:

-¡Una carta! De mi marido, sin duda.

-No, señora, no es del señor Conde. No ha venido por el correo; me la acaba de entregar el criado de un viajero que ha llegado esta noche a la casa.

-¡Llegado esta noche! ¿Quién puede ser? Descorre las cortinas, Gerard y tú, Clara, abre esta carta y léeme su contenido.

Las dos órdenes fueron ejecutadas al mismo tiempo.

Cuando la Gerard hubo dejado entrar la luz, Clara, que había abierto la carta, pasó por ella los ojos.

-Es del señor de Mausabré -exclamó.

-¡El señor de Mausabré! -repitió Lucía tan asombrada como su hermana, pero más conmovida. -¡ El en Turín! ¡Se ha decidido al fin a emigrar!

-Probablemente. Escucha lo que te escribe.

Y la joven leyó en alta voz:

«Ninart de Mausabré acaba de saber con tanto placer como sorpresa la presencia de la señora condesa de Entremont en la casa Gavotti, donde él ha tomado domicilio por ¡Mausabré, el abuelo de Roberto de Dalassene! ¡Cuántos recuerdos evocaba aquel nombre en la memoria de Lucía!

¡Cuántos testimonios de cariño había recibido de aquel amable anciano cuando era la prometida de Roberto y qué dispuesta se sentía ella entonces a quererle! Rotos sus esponsales, la joven había dejado de verle; pero, de repente, su memoria le recordaba sus bondades, su benevolencia y la sonrisa paternal que se dibujaba al verla, en aquella cara venerable en que se revelaba la serenidad de una conciencia pura y leal.

Todavía en aquel instante su carta despertaba en el alma de Lucía una emoción de la que la joven no trataba de defenderse y que tenía origen en la gratitud que conservaba al abuelo de Roberto. Tan viva era esa gratitud, que le hacía olvidar el rigor con que había tratado a su nieto y despreciado su conducta. Si Roberto no se había casado con su prometida, a pesar de los sentimientos que habían concebido el uno por el otro, era tanto por la voluntad de su abuelo como por la del marqués de Palarin. Ambos habían estado de acuerdo para decidir que la traición de aquel desgraciado, le hacía indigno de aliarse con una casa en la que la fidelidad a Dios y al rey no se habían jamás desmentido. Aunque su decisión hubiera desgarrado el corazón de Lucía, ésta sabía que se habían inspirado en el cuidado de su felicidad más aún que en su legitimo resentimiento, y deplorando que se hubiesabré no podía disgustarla. Lucía sería feliz de volverle a ver, y más aún si por él recibía noticias de Roberto.

-Tengo que responder a esta carta -dijo muy pronto.

Y mirando a la Gerard como para pedirle su opinión, continuó:

-Voy a escribir al señor de Mausabré que será bien venido a cualquier hora que se presente. No creo que mi marido encuentre mal que lo haya recibido.

-¿Cómo podría encontrarlo mal el señor Conde? -dijo la Gerard. -¿Qué mal hay en recibir a un noble tan respetable corno el señor de Mausabré?

-Olvidas, Gerard, que es el abuelo del señor de Dalassene.

-Está regañado con su nieto, no lo ve ya y no es aparentemente para hablarle a usted de él para lo que quiere verla.

Además, ha sido amigo de su padre de usted y no puede hacerle esa afrenta.

-Es lo que yo pienso. Voy, pues, a escribirle que venga; su presencia traerá un poco de distracción a nuestra triste vida.

-La verdad es que nada tiene de alegre observó el ama de gobierno. -El señor Conde no es razonable. Estamos aquí como presas.

-¡Oh! yo, mientras esté a tu lado, no me quejaré -respondió la joven. -No pido, más que no dejarte nunca aunque tenga que seguirte al fin del mundo. Con esa condición, me estimaré siempre dichosa. Pero, puesto que vas a escribir al señor de Mausabré, ¿por qué no le invitas a cenar?

Así le tendremos al lado más tiempo.

Clara estaba al lado de la cama de su hermana, y ésta la atrajo hacia ella con ademán afectuoso y sonriente y dijo besándola:

-No tienes más que buenas ideas, Clarita. Sí, voy a rogar a ese venerable amigo que venga a cenar con nosotras. Así hablaremos del pasado. Ahora déjame vestirme; tengo prisa de escribirle y de recibir su respuesta.

La de Entremont se quedó sola y, mientras se entregaba a los cuidados de su atavío, se abandonó a los ensueños que acababa de reanimar en ella el anuncio de la visita de Mausabré.

En aquel mismo día, al anochecer, el portero de la casa Gavotti iba a cerrar, como todas las tardes, la verja del jardín, cuando fue bruscamente interpelado por un hombre que acababa de surgir delante de él.

-Una palabra, amigo. ¿No es aquí donde habita la señora condesa de Entremont?

Esto fue dicho en italiano, un italiano muy puro, aunque caracterizado por un poco de acento extranjero, y con una acababa de interrogarle. Bajo las anchas alas de un sombrero verde, de fieltro flexible, muy semejante a los que usan los aldeanos del Tirol, el portero vio, a pesar de las sombras que producían aquellas alas y el crepúsculo naciente, una cara joven de líneas muy puras y de expresión benévola a pesar de su gravedad, y dos ojos negros de singular vivacidad, unos ojos a los que la cólera debía de poner terribles, aunque en reposo, como estaban entonces, tuvieran la dulzura de una caricia.

El porte de aquel hombre era un término medio entre el de un artesano y el de un burgués de condición modesta, pero al portero le chocó el visible contraste que ofrecía con la elegancia natural y la actitud altiva del personaje cuya silueta dibujaba.

-¿Qué quiere usted a la señora Condesa? preguntó en tono de desconfianza.

-¿Me permitirá usted que se lo diga a ella misma? -dijo con acento burlón el desconocido.

Y se sacó del bolsillo del chaleco un escudo de plata, que puso en la mano del cerbero.

-La señora Condesa no le recibirá a usted -respondió éste con un poco más de amabilidad. -Cuando vino, hace tres meses, a instalarse en esta casa con su hermana, el ama de gobierno, la señora Gerard, me dio orden de rehusar la entrada a cualquiera que la pidiese.

bido por primera vez a un viajero llegado anoche, un anciano, amigo suyo a lo que parece. Le han convidado a cenar, y están en la mesa en este momento; puede usted pensar cómo me acogerían si faltase a la consigna.

-Esté usted seguro de que será levantada para mí en cuanto me anuncie, porque yo también soy un amigo como ese anciano.

-¡Oh! no, no como él; es un viejo cuya visita no puede alarmar al señor Conde.

-¿Está en Turín el señor de Entremont? preguntó vivamente el desconocido.

-Hace mucho tiempo que se volvió a su regimiento.

-¿Y cree usted que mi visita le alarmaría?

-Se dice que es terriblemente celoso.

Dalassene, pues nuestros lectores le habrán reconocido bajo el disfraz con que se había disimulado, no hizo caso de esta última frase. El joven se estaba preguntando por qué medio vencería la resistencia que se le oponía. Gracias a la misión que desempeñaba en Saboya con otros miembros de la Convención, había sabido por informes de la policía que la de Entremont se había refugiado en Turín. Resuelto a intentar verla, había maniobrado hábilmente para ser nombrado por sus colegas a fin de ir a reanimar en el Piamonte el celo de los partidarios de la República y a excitarles a la rebelión contra su rey. Salido en secreto de Chambery, había podido pretexto la política, pero cuyos peligros le hacía afrontar solamente el amor; peligros formidables, estando el Piamonte en guerra con Francia. Después de haberse ilusionado con la idea de ver a Lucía, no quería marcharse sin verla, así es que, lejos de dejarse convencer por los argumentos del portero, trató de refutarlos.

-Le repito a usted, amigo, que la señora de Entremont me recibirá como ha recibido a ese anciano que está cenando con ella.

El portero no parecía dispuesto a creerle, y el joven añadió fingiendo no notarlo:

-¿Conoce usted a ese invitado?

-No le he visto nunca; pero su nombre figura en la lista de nuestros huéspedes. Si quiere usted verla...

-Voy a hacerlo -respondió Dalassene sin dejarle acabar.

Pasó la verja delante del portero y llegó antes que él a un pabelloncito que había en la entrada del jardín. Como la noche iba cerrando, el cerbero encendió una candela y levantándola hasta el cuadro colgado en la pared, puso el dedo en el último de los nombres que había allí escritos.

-¿Puede usted leer?-dijo.

Los ojos de Dalassene siguieron la dirección del dedo, y, de repente, expresaron una estupefacción que tradujo al mismo tiempo el grito que le arrancaba el nombre que estaba leyendo y que era el de Ninart de Mausabré.

había querido emigrar, le creía en París o en sus tierras de Normandía? ¿Era una circunstancia fortuita la que lo había reunido con Lucía o no había hecho ese viaje más que para verla?

¡Verla! ¿Para qué? Sin duda, durante el período de los esponsales, cuando iba a ser su nieta, el anciano se había mostrado tiernamente afectuoso con ella, había apreciado sus méritos y manifestándole su confianza en las formas más delicadas. Pero no habiéndose verificado el casamiento que él deseaba tan vivamente y habiéndose convertido Lucía en mujer del conde de Entremont, no podía ser más que una extraña para Mausabré.

Su encuentro no se explicaba más que como debido al azar y al azar, en efecto, le atribuía Dalassene. Pero esta suposición no podía disipar la turbación que le había producido el temor de encontrarse en presencia de su abuelo y de oír de nuevo sus acusaciones y su maldición. Dominado por ese temor, hubiera renunciado a ver a Lucía en aquel momento y aplazado su visita para el día siguiente, si no hubiera tenido que salir de Turín aquella tarde. Por otra parte, ¿se habría marchado su abuelo al día siguiente?

Y si no se había marchado, ¿no corría también el riesgo de encontrarle?

Por otra parte, el joven no se disimulaba los peligros que corría prolongando su estancia en Turín. Esta ciudad estaba gobierno piamontés y arrestado. ¡Qué orgullo fundaría sobre su prisión este gobierno! ¡Con qué gozo sabrían la noticia los realistas! ¡Cómo se reirían los hermanos y amigos de París y de qué burlas harían objeto al miembro de la Convención que se hubiera dejado coger tontamente por los satélites del tirano sardo!

Esta consideración pudo más que todas las otras y le convenció de la necesidad de ver inmediatamente a Lucía, so pena de dejar Turín sin haber podido cambiar una palabra con ella. No necesitó mucho tiempo para llegar a esta conclusión, pues las reflexiones que acababan de ser analizadas se habían sucedido en su mente con la rapidez que supone la inminencia de un peligro. Sin embargo, su turbación era demasiado manifiesta para que el joven pudiera disimularla. El portero le había observado y su actitud demostraba que no le engañaban los esfuerzos que hacía Dalassene para ocultársela.

En tono casi burlón, le preguntó:

-¿Sigue usted queriendo que vaya a anunciarle a la señora Condesa?

-Quiero más que nunca -respondió Dalassene a quien esta pregunta devolvió todo su aplomo.

-Déme usted, entonces, su nombre.

-Es inútil. Anuncie usted un mensajero que llega de Francia para un asunto urgente. Trate tan sólo de no hablar apoyada por una promesa. El hombre a quien se dirigía se apresuró a

obedecer. Y en pie, en el umbral del pabellón, en torno del cual se hacían más densas las sombras de la noche, Dalassene le siguió con la vista por la calle de árboles que conducía a la casa, cuyas ventanas empezaban a iluminarse.

Cuando le vio desaparecer, se entró en el pabellón, muy conmovido y con el corazón angustiado, preguntándose si su antigua prometida consentiría en recibirle y si evitaría el encontrarse con su abuelo.

ba acabando la cena; todos se habían levantado de la mesa y los tres comensales, mientras se servía el café, estaban hablando de las cosas del día, de las familias emigradas, de las que se habían quedado en Francia y de los trágicos acontecimientos que en ella se sucedían desde que los revolucionarios ocupaban el poder.

Mausabré contaba con emoción estos terribles dramas, de los que había sido testigo, y aunque hasta entonces él hubiera evitado los peligros, no por eso estaba menos compadecido por la suerte de los infortunados que, menos dichosos que él, habían sido víctimas. El nombre de Dalassene no había sido pronunciado, ni Lucía quería que lo fuese mientras su hermana tomase parte en la conversación.

En las palabras de Mausabré y en sus reticencias había adivinado igual preocupación; era visible que el anciano esperaba, para hablar a Lucía del pasado, que se hubiese alejado Clara, así es que aquélla tenía prisa por encontrarse a solas con él.

-Voy a dejaros -respondieron los ojos de Clara.

Pero, en este momento, apareció en la puerta del salón la señora Gerard, que se esforzaba por huir de las miradas del convidado.

Lucía se acercó a ella y la interrogó en voz baja.

-¿Tienes que hablarme, Gerard?

-Es que hay un hombre que pide ver a usted. Está esperando en la portería.

-¿Cómo se llama?

-No ha querido decir su nombre. Dice que viene de Francia y que tiene que hacer a usted una comunicación, pero yo tengo la idea de que es un emigrado necesitado, un mendigo.

-O un espía enviado de Chambery. Seamos prudentes, Gerard. Haz que le digan que vuelva mañana temprano; hoy tenemos gente.

-Así se lo ha dicho el portero; pero él insiste.

-Entonces, querida, ve tú misma y trata de saber quién es y lo que quiere.

Durante este coloquio, Clara se había quedado con Mausabré, y Lucía se reunió con ellos disimulando la preocupación que le causaba la presencia de un desconocido en su puerta. Su hermana fue a sentarse al piano colocado en el fondo del salón y se puso a tocar muy bajito.

-Deseo que sea más feliz de lo que yo he sido y soy respondió Lucía.

Y como para prevenir la reflexión con que Mausabré iba a responder a su queja, siguió diciendo:

-En la carta que me ha escrito usted esta mañana me decía que no va a estar en Turín más que unos días. ¿A dónde irá usted después?

-Me volveré a Francia, querida niña.

-¡A Francia, a pesar de las leyes promulgadas contra los emigrados!

-Yo no lo soy -dijo el anciano en tono de protesta. Yo no he querido emigrar e incurrir así en la falta cometida por tantos otros que han huido. Huyendo, han entregado el rey a la muerte, y

acaso a la reina. Los que han matado al marido piden la cabeza de la viuda, y no sé si lograremos salvarla.

Además, ¿cómo había yo de imitar a esos fugitivos, a esos desertores, cuando mi hermano, Ninart de Lavoix, ha querido quedarse en Francia? No, yo he salido de mi país con la cabeza alta, con un pasaporte en regla autorizándome para viajar por Italia para mis negocios.

-¡Ha logrado usted que le dieran un pasaporte! -exclamó Lucía con sorpresa.

-Sí, gracias a mi amigo el abogado Berryer, qué está en buenas relaciones con un miembro de la Junta de Salvación pública, al que hizo favores en otro tiempo. Su intervención -¿Una misión? -dijo Lucía no atreviéndose a formular la pregunta que le quemaba los labios.

-Puedo muy bien decir a usted cuál era, prosiguió Mausabré; usted no me hará traición. Mi hermano, el arrendador general, en su cualidad de banquero de la corte, era depositario de sumas importantes pertenecientes a familias nobles, y estaba alarmado sabiendo que esas cantidades estaban a merced de un golpe de mano de las turbas. No atreviéndose a ausentarse de París, por miedo de infundir sospechas, y deseando, sin embargo, hacer pasar esos depósitos al extranjero, me ha confiado ese cuidado.

-A riesgo de comprometer a usted.

-He vivido poco en París y soy menos conocido y, por consecuencia, menos vigilado que él. Lo que él no podía hacer, podíalo yo sin correr los mismos riesgos. Lo he logrado; los depósitos están en seguridad en casas de banca de Turín y me vuelvo a Francia, dichoso de haber dado este testimonio de adhesión a un hermano a quien quiero y que es el mayor y el jefe de nuestra casa.

La joven Condesa escuchaba con admiración al valeroso anciano que hablaba tan sencillamente del acto heroico que acababa de realizar, como si no se hubiera expuesto a pagarle con la vida.

-Pero si alguna vez se descubriese que ha disimulado usted el objeto de su viaje -dijo Lucía... Hay en Francia leyes No pudo continuar; Mausabré se había erguido y en su cara, rodeada de largos cabellos blancos, una máscara de odio y de cólera velaba repentinamente la expresión de bondad que era en ella habitual.

-No me hable usted de ese renegado, querida Lucía. No le debo nada ni quiero deberle. Se ha puesto al lado de los enemigos de su Dios y de su rey, y creería deshonrarme si alguna vez recurriera a él.

Esta frase vehemente, lejos de imponer silencio a Lucía, le sugirió un violento deseo de defender al hombre a quien amaba.

-Es muy culpable, -confesó, -pero ¿es el único culpable?

-¿Quién puede haber merecido ser acusado de sus crímenes?

-Los que me han separado de él en vísperas de nuestro matrimonio -respondió atrevidamente la de Entremont, -mi padre y usted. La falta de Roberto, por grave que fuese, podía ser reparada, pero fueron ustedes implacables con él. Por mucho que yo supliqué a mi padre declarándole que aquel rompimiento haría la desgracia de toda mi vida, no contento con hacerse sordo a mis súplicas, me obligó a casarme con la persona cuyo nombre llevo.

-No procuraba más que su felicidad de usted, Lucía.

¿Podía creer que no sería usted dichosa con un valiente noble, que es el honor mismo?

Entremont como una esclava; yo no me di; él me tomó sabiendo que otro había recibido mis juramentos. ¿Cómo había de amarle? No le amo ni le amaré jamás. Si hubiera usted vivido con nosotros desde que soy su mujer, hubiera comprendido cuán poco estábamos hechos el uno para el otro.

No he tenido más que compararle con su nieto de usted para medir todo lo que he perdido no casándome con el hombre que había elegido mi corazón.

Al presentarse en las habitaciones de la de Entremont, Mausabré estaba tan lejos de sospechar el estado de su alma que se quedó como agobiado por las recriminaciones y los reproches que acababa de oir y presa al mismo tiempo de asombro y de lástima al ver que el amor de la joven por Roberto era más ardiente que nunca. La cólera que hacía un momento no había podido contener, se apaciguó y el anciano no pensó más que en tratar de curar a Lucía probándole que su nieto no merecía que ella vertiese por él tantas lágrimas.

Con un lenguaje tranquilo y lleno de dulzura, el anciano recordó los incidentes escandalosos de la conducta pública de Roberto, sus discursos, sus violencias y sus amores.

Para coronar esta acusación, dijo:

-Ha recogido sus amigos y sus amadas en la podredumbre de los tristes tiempos que alcanzamos, en una sociedad de verdugos, de agiotistas y de perdidas.

-Si yo hubiera sido su mujer, le hubiera detenido en la vía que tomaba, le hubiera traído al bien e impedido cometer nuevas faltas. La influencia de una mujer amada es todopoderosa con aquel a quien ama, y la mía se hubiera ejercido sobre él.

Mausabré sonreía con expresión de duda.

-O la suya sobre usted -dijo.

Esta objeción, que le sugería su experiencia de la vida, chocó a su interlocutora.

-¡La suya sobre mí!... Es posible, después de todo -concedió. -¿Pero qué importaba si seguía queriéndome?

Nosotras las mujeres, cuando amamos, solamente no podemos perdonar los ultrajes de amor.

-¿No ha ultrajado mi nieto el de usted arrastrándose en todas las abyecciones de la galantería vulgar?

-Estoy segura de que lo ha hecho impulsado por el despecho de verme perdida para él.

-Si la hubiera amado a usted, se hubiera guardado de tales excesos.

-¿Por qué? ¿Qué podía esperar siéndome fiel? Yo estaba casada y él libre.

-¡De modo que usted le defiende! -dijo Mausabré en tono de dulce reproche.

-Si es defenderle el atribuir sus faltas al rigor de que fue objeto, sí, le defiendo.

conducido al abismo. Acaso también temía irritar a Lucía mostrándose implacable con Roberto. Puesto que la joven amaba aún a aquel desgraciado, no lograría convencerla de su indignidad. Más valía no hablar de él y así iba a decírselo, cuando se abrió la puerta del salón y apareció la Gerard.

-Permítame usted dar una orden, señor de Mausabré -dijo Lucía levantándose.

Y se acercó al ama de gobierno con una pregunta en la mirada.

-¡Ah! señora... ¡Qué aventura! -le dijo la Gerard en voz baja. -Es el señor de Dalassene.

Lucía se sintió desfallecer.

-¡Roberto! Se ha atrevido...

Lucía hubiera querido mostrarse ofendida por tanta audacia, pero no le era posible. Se estaba apoderando de su corazón una inmensa alegría que se esforzaba en vano por disimular.

-No le recibiré; no le veré -dijo.

Aunque así lo afirmaba Lucía con sinceridad, sus ojos desmentían su afirmación y revelaban el violento combate que se verificaba en ella. Ardía en deseos de recibir a Roberto y así lo hubiera

hecho si hubiera podido esperar que su marido ignoraría esta visita. Pero si la sabía y quería saber su objeto, ¿con qué razones, con qué pretexto podría ella justitencia para resolverlas le hizo repetir que no vería al viajero.

-Entonces, no sé cómo vamos a desembarazarnos de él -objetó la Gerard. He querido despedirle y le he reprochado su imprudencia y el riesgo que le hace a usted correr exponiéndola a las sospechas del señor Conde, pero todo ha sido inútil; quiere hablar con usted y no desistirá.

-¿Le has dicho que está aquí su abuelo?

-Lo sabía, pero no se preocupa por ello; espera no encontrarle.

-¡Lo sabía! -exclamó la joven; pero, entonces...

Lucía se sintió dominada por una idea repentina; había encontrado el pretexto que estaba buscando.

-Oye, amiga mía -continuó, -consiento en oírle, pero en presencia del señor de Mausabré. Quiero reservarme la posibilidad de probar a mi marido que Dalassene ha venido a Turín, donde no pensaba encontrarme, con el objeto de ver a su abuelo y de reconciliarse con él. Dile que le suplico que se preste a esta estratagema. Si no, que se vaya y que renuncie a verme.

Mientras Lucía daba febrilmente esta orden, Clara, llena de curiosidad por la vivacidad de aquella corta conversación, cuyo objeto no adivinaba, dejó el piano y se acercó a su hermana..

Ve con Gerard, querida, y une tu ruego al suyo.

-¿Qué ruego? -preguntó Clara que no comprendía.

a sentarse, excusándose, al lado de Mausabré. Pero su palidez y el temblor de su voz denunciaban su turbación con demasiada evidencia para que él no lo echase de ver.

-¿Qué le sucede a usted, hija mía? -preguntó con solicitud. ¿Es alguna mala noticia?

-No, señor, no -balbució Lucía.

Y espantada de haber tomado la responsabilidad de poner en presencia al nieto sublevado y al abuelo cuyo implacable resentimiento le había revelado hacía un momento su lenguaje, se quedó delante de él silenciosa, confusa, no sabiendo por dónde comenzar a prepararle a la entrevista que acababa de provocar.

-En vano lo niega usted, Lucía -dijo el anciano; tiene usted un motivo de alarma y hace mal en ocultármelo, a mí, el antiguo amigo de su padre.

El reproche la conmovió y, bien porque no le fuera posible guardar más el secreto, bien porque hubiera concebido la secreta esperanza de reconciliar a aquellos dos enemigos, se decidió a confesar la causa de su turbación.

-¿No perdonará usted jamás a Roberto, señor de Mausabré? -preguntó.

-¡Perdonarle! -exclamó con asombro el anciano. ¿A propósito de qué me lo pregunta usted? Sería preciso que él implorase su perdón. ¿Le ha encargado a usted de solicitarlo?

-Para hablarme así, hija mía, es preciso que sepa usted algo de ese hijo desnaturalizado. No hago a usted la injuria de creer que está en relación con él ni que lo ha visto. Acaso, sin embargo, él ha escrito a usted.

-No le he vuelto a ver desde el rompimiento de nuestros esponsales y nunca me ha escrito. Acabo de saber que está en la puerta de esta casa y debo creer que ha venido porque sabe que está usted aquí.

-¿Cómo lo sabe? -exclamó Mausabré.

-La República sostiene espías en el Piamonte -respondió Lucía.

-No tenía necesidad de venir aquí para encontrarme; podía verme en París.

-Habrá temido, acaso, comprometerse. He oído decir que los jacobinos se vigilan unos a otros, y, al acercarse a usted, hubiera corrido peligros...

-¿No los corre también en Turín? Si fuera conocido, le detendrían las autoridades piamontesas y, sin duda, no se sentaría tan pronto en los bancos de la Convención. Después, de todo -concluyó Mausabré, -sería de desear. Preso aquí, no podría hacer daño en otra parte.

-Es de esperar que habrá tomado sus medidas para no ser conocido -objetó Lucía. -En todo caso, cuanto mayores son los peligros a que se ha expuesto por ver a usted, mejor prueba que vale más de lo que usted piensa.

-dijo, -se hace usted ilusiones. Me cuesta trabajo creer que es por mí por quien ha venido a Turín, y hasta pienso que es por usted, por usted sola.

Lucía se ruborizó, avergonzada por no haber podido engañar al anciano. Pero había avanzado mucho para retroceder, y, jugando el todo por el todo, siguió diciendo:

-Entonces, señor de Mausabré, puesto que Roberto está ahí, lo que hay que hacer es preguntarle a él mismo qué motivos le han decidido a este peligroso viaje.

-Y bien, llámele usted; lo oiré, y si está arrepentido... ¿Pero es aún libre de arrepentirse?

Lucía no escuchó más y se precipitó a llamar a Roberto.

Saliendo a su encuentro podría sin duda decirle unas palabras y renovar el ruego que había encargado de hacerle a la Gerard y a Clara. Pero en la puerta del salón se encontró de repente en su presencia y no pudo por consecuencia hablarle sin que lo oyese Mausabré. Lo que pudo únicamente fue hacerle seña de que entrase y apartarse para dejarle pasar, respondiendo fríamente a su saludo.

exigía Lucía. Puesto que quería verla, sufriría las condiciones que se le imponían y fingiría no haber ido a la casa Gavotti más que para encontrar a su abuelo. Pero no tenía confianza alguna en los resultados de aquella comedia. El abuelo no se engañaría y estaría convencido de que su nieto, que como él no podía creer en la posibilidad de una reconciliación, no había tratado más que de aproximarse a Lucía. Era, pues, preciso que Roberto diera una razón mejor para justificar su tentativa. El joven había buscado y hallado esta razón, y, aunque emocionado por la presencia de su abuelo, compareció ante él con la seguridad de un hombre que ha previsto todas las preguntas y está preparado a responder a ellas.

-¡Usted en Turín, abuelo! -dijo al entrar yendo hacia él como para abrazarle.

Mausabré le apartó con un ademán desdeñoso y replicó:

-¿Le asombra a usted el encontrarme aquí?

Aunque Dalassene debía esperar aquella acogida, se ofendió por ella y su respuesta se resintió de esa impresión.

gesto de cólera, -ni pienso emigrar. Estoy de paso en Turín y dentro de tres días estaré de vuelta en Francia. Si lo duda usted, puede, como miembro dela Convención, enterarse de mi pasaporte, y así verá que estoy en regla.

El anciano sacó del bolsillo una cartera y de ésta un gran papel con las armas de la República, que presentó a Dalassene.

-Guarde usted eso, abuelo. No hay aquí comisario de la Convención; no hay más que su nieto de usted, tiernamente respetuoso como siempre.

Dalassene hablaba con dulzura esforzándose por conservar la calma.

Mausabré continuó con dureza:

-Pero usted, ¿qué causa le ha traído a Turín? No querrá usted hacerme creer que es a buscarme a lo que ha venido. La señora de Entremont ha querido hace un instante persuadirme de ello, a su instigación de usted probablemente, pero le prevengo a usted que no soy tan crédulo como ella.

-No ha sido él quien me ha sugerido la idea de esa pequeña mentira -dijo Lucía a la que asustaba el sesgo que iba tomando la entrevista. -He recurrido a ella cuando se me ha anunciado al señor de Dalassene, con la esperanza de disponer a usted a devolverle su cariño.

El acento de Mausabré se iba haciendo cada vez más agresivo y más acerbo. Lucía comprendió entonces que no se podía evitar una explicación entre el abuelo y el nieto y que esa explicación amenazaba ser dramática. Desolada de haberla provocado, pensó que era necesario que no tuviera testigos. Clara y la Gerard, que habían entrado detrás de Roberto, estaban en la puerta del salón. Lucía les hizo una seña y las dos mujeres desaparecieron. Si la puerta se hubiera abierto de nuevo, Lucía hubiera visto a su hermana escuchando, pálida y temblorosa, la continuación de aquel doloroso debate. Pero la joven no pensó más en mirar hacia aquel lado.

Su atención estaba absorbida por el abuelo y el nieto, enfrente el uno del otro, como enemigos, el abuelo envolviendo al nieto en una mirada de enfado y éste en una actitud que revelaba la violencia que se estaba haciendo para no faltar al respeto a que le obligaba el cabello blanco de su contradictor.

-No he de desmentir la afirmación de la señora de Entremont -dijo a Mausabré. -No he autorizado a nadie a afirmar que presentándome aquí pensaba encontrarle a usted. Si estoy en Turín, a despecho de los más graves peligros, si no he vacilado en afrontarlos, es que era necesario mostrar a una mujer a quien amo tanto como estimo el peligro que la amenaza y que no puede conjurar más que volviendo a Saboya.

-No solamente se lo aconsejo, sino que le suplico que lo haga. Se lo aconsejo por su interés. Si no lo hace, adiós su fortuna.

-Explíquese usted, caballero, no comprendo -murmuró Lucía.

-La Convención -continuó Dalassene, -ha tomado respecto de los emigrados saboyanos las mismas medidas que respecto de los emigrados franceses. Sus comisarios en Saboya han invitado a los fugitivos a volver a Chambery en un plazo de dos meses, so pena de que sus bienes sean confiscados y vendidos en provecho de la nación. Ese plazo expira dentro de tres días y los señores de Entremont están inscriptos en la lista de emigrados. Si no vuelven el uno o el otro, ningún poder humano podrá conjurar la ruina de que están amenazados. He aquí lo que es útil hacerles conocer y para este efecto estoy aquí.

Aunque el hecho revelado por Dalassene fuese exacto, el joven exageraba voluntariamente sus consecuencias omitiendo añadir que su protección hubiera podido ejercerse en provecho de los Entremont y que de él dependía, sino volvían inmediatamente, obtener para ellos una prórroga del plazo fijado por la Convención. Pero al encontrar a Lucía más bella que en otro tiempo, había sentido reanimarse los ardores de una pasión de la que no había podido curarse, y se había prometido llevarse a su antigua prometida a Chambery, partido cuando se puso en camino para Turín. Al mismo tiempo, daba satisfacción a Mausabré justificando su viaje con una razón plausible, de la que hasta podía enorgullecerse.

El silencio que guardó su abuelo después de haberle oído le hizo creer al principio en el éxito de su estratagema.

Pero pronto tuvo que desengañarse. Lucía se volvió hacia Mausabré y le preguntó:

-¿Cuál es su opinión de usted?

-Debe usted consultar a su marido.

-¡Mi marido! ¿Dónde está? ¿Se ocupa de mí? Apenas me escribe. No sé dónde se encuentra y por eso solicito la opinión de usted.

-¿La seguirá usted? -preguntó Mausabré con expresión de duda. -Está en contradicción formal con la del ciudadano Dalassene. No debe usted volver a Chambery mientras él esté allí, y estoy seguro de que la conciencia se lo dice a usted como yo.

-Pero ya lo ha oído usted... No obedecer el decreto de los comisarios de la Convención es sacrificar mi fortuna y la de mi marido; es consumar nuestra ruina... y acaso él me acusaría...

-Su marido de usted, señora, no la acusaría por haber creído que valía más ser arruinada que comprometida. Y lo sería usted fatalmente si se fuera a Chambery en seguimiento usted aun? Viéndole todos los días no tendría usted fuerza contra sus empresas y perdería prontamente su reputación.

Por muy bajo que fueran pronunciadas estas palabras, llegaron al oído de Dalassene, que se irguió ante el ultraje.

-¿Me toma usted por un malvado? -dijo con arrogancia.

Mausabré se volvió bruscamente y no pudiendo dominar su exasperación, se expreso en términos patéticos.

-¿Qué otro nombre dar a usted que sea más merecido?

Hace cuatro años rueda usted de crimen en crimen y no ha habido uno ante el cual haya usted retrocedido. Hasta ha votado usted la muerte de nuestro amado Rey. Sí, usted, cuyos padres fueron colmados de beneficios por los suyos, ha contribuído a su martirio y no ha temido hacerse su verdugo.

Estaba usted en Colmar y el proceso se desarrollaba en su ausencia; no estaba usted entre sus jueces y les escribió, sin embargo, para asociarse a ellos. Su carta de usted es abominable. La he leído en los papeles y he guardado la copia. Aquí está -gritó Mausabré golpeándose el pecho. -La llevo siempre conmigo para recordar, si alguna vez estuviese tentado de perdonarle, que le maldije después de haberla leído.

Se calló, falto de fuerzas y vacilante, sin poder apenas tenerse, y se dirigió a la puerta apoyándose en el brazo de Lucía.

Cuando abrió la puerta, vio a Clara y le confió al infortunado.

-Siga usted a mi hermana, caballero -dijo. –Ella le ayudará a reponerse. Yo iré a buscarle dentro de un momento, en cuanto su nieto se haya marchado.

Pero el anciano no cedió en el acto. En el momento de salir se detuvo en el umbral del salón para hacer una nueva advertencia a la de Entremont.

-Diga lo que quiera, no le escuche usted -murmuró designando a Roberto que, lívido y silencioso, con los brazos cruzados, parecía fijado en la inmovilidad de estatua que había guardado mientras hablaba su abuelo. No se fíe usted de él; hace la desgracia de todo lo que toca. Si yo supusiera que era usted bastante débil para seguir sus consejos, iría a denunciarle a la policía de Turín, y así le pondrían en la imposibilidad de hacer daño a usted y a los demás.

-¡Oh! señor, entregar a su nieto... -dijo Clara en tono de protesta. -Dentro de pocos instantes estará lejos de aquí y no le volveré a ver más.

Ayudada por la Gerard, Clara se llevó a Mausabré, y Lucía se quedó sola con Dalassene.

1789. Al separarse en la tarde de aquel día, en el que se había fijado la fecha de su matrimonio, los dos jóvenes se creían unidos por toda la vida. Estaba convenido entro ellos que Roberto volvería al día siguiente, pero en el día siguiente, estalló la Revolución, el pueblo tomó e incendió la Bastilla, y el papel del joven noble en aquella jornada que los suyos juzgaban criminal, hizo que le arrojasen de casa de su novia como de la de su abuelo.

¡Cuántas lágrimas vertió Lucía aquel día y los siguientes!

¡Qué crueles fueron las pruebas a que la sometió el inexorable rigor de su padre, la severidad de aquel marido por el que no sentía más que aversión y la imposibilidad de volver a ver al ausente cuya imagen permanecía grabada en su corazón!

¡Con cuántos sufrimientos había pagado su obediencia, su resignación y su fidelidad al deber! El alma de la joven estaba de ello dolorida, pues conservaba toda su fuerza aquel amor del que ella se empeñaba en no curarse.

conseguiría olvidarle. Convencida de su impotencia para no revelar delante de él el estado de su alma, dichosa de volverle a ver y temiendo las consecuencias del encuentro, estaba Lucía violentamente emocionada. Roberto lo estaba tanto como ella. La alegría de poder hablar libremente le transfiguraba; la llama de sus ojos iluminaba y daba expresión de gozo a aquella cara poco antes impasible y sombría. Roberto avanzó con los brazos abiertos murmurando.

-¡Lucía! ¡Mi querida Lucía!

La joven se sintió vencida al encontrar en el acento de Roberto la apasionada ternura de los tiempos pasados, pero tuvo bastante valor para esquivar el abrazo y bastante presencia de ánimo para prevenir las palabras que ella esperaba y temía.

-Deploro vivamente lo que acaba de pasar, Roberto -dijo. -Había esperado que su abuelo de usted se prestaría a la reconciliación.

Detenido en su ímpetu, Dalassene logró disimular su decepción y sin recriminar, sin quejarse, siguió a Lucía al terreno en que ella ponía la conferencia.

-Mi abuelo es como la mayor parte de los realistas -respondió con una especie de impertinencia irónica. -Esa gente no comprende nada de nuestra situación, y usted misma acaso...

Lucía le interrumpió:

sus opiniones si hubiera sido su mujer y usted me hubiera amado como yo le amaba!

Dalassene comprendió por estas palabras que aquel débil corazón le seguía perteneciendo.

-Hubiera amado a usted hasta el fin de mi vida como la amo todavía -dijo Roberto enternecido.

No tenía necesidad de afirmarlo para convencer a Lucía, que nunca había dudado do él. Pero al oírle protestar de su amor quedóse la joven tan turbada que tuvo necesidad de un enérgico esfuerzo de voluntad para contenerse.

-No hay más que un punto en el que doy la razón al señor de Mausabré -dijo Lucía. Pienso como él que no debo volver a Chambery mientras usted esté allí.

-¡Tiene usted miedo de mí!

-De usted, puede ser; pero tengo más de mí misma -confesó la joven.

-¡Eso quiere decir que me ama usted todavía! ¡Oh! bien lo sabía yo -exclamó Roberto con exaltación; -sabía muy bien que no podía usted haberme olvidado, que no me había usted quitado el corazón que una vez me dio.

Más fuerte que ella esta vez, la atrajo hacia él y le estrechó las manos con efusión mientras ella suspiraba:

-Mi corazón es de usted; lo será siempre.

De repente, como llena de terror, Lucía se apartó del joven.

-Váyase usted, amigo mío -dijo en tono de súplica; -déjeme. Su abuelo puede volver y ya le ha oído usted amenazarle, hace un momento, con ir a denunciarle a la policía piamontesa. Si le encuentra a usted aquí, realizará su amenaza.

-No me asusta -dijo Dalassene sonriendo. -Si el rey del Piamonte se atreviera a ponerme la mano encima, la Convención, que le tiene aún consideraciones, enviaría un ejército para

libertarme y para vengar la afrenta que se le habría hecho en mi persona. Su reino sería conquistado tan rápidamente como lo ha sido el de Saboya, y no querrá correr ese riesgo.

-Entonces -insistió Lucía, -si el cuidado de su seguridad no es bastante poderoso para hacerle salir de aquí, inspírese usted en el de mi reposo y mi honor. He sido culpable recibiéndole a usted; lo soy más escuchándole. Le conjuro a usted que se vaya.

-Sea, pues, pero partamos juntos.

Sin dejar a la joven tiempo para responderle, Roberto ahogó bajo un lenguaje más tierno, más persuasivo y más apasionado, la protesta que adivinaba en su mirada.

-Escúcheme usted, querida Lucía; desde que fuimos separados el uno del otro, no ha habido día en que no haya adorado a usted más ardientemente que el anterior. He queusted. La he llorado, la he llamado, y cuanto más lejos estaba usted, más se excitaban mis deseos, mis esperanzas, mi voluntad de recobrarla.

-¿Para qué hablarme así? -imploró Lucía. -¡Me desgarra usted el alma! No puedo hacer nada para consolarle.

Pero Roberto no la oía, arrebatado por la pasión, y siguieron cayendo de su boca palabras de fuego.

-Un día, no pudiendo ya resistir, he resuelto ver a usted a toda costa y me he hecho designar por la Convención como comisario en Saboya. Creí que estaba usted en Chambery, supe allí que estaba usted en Turín, y aquí me tiene. Al llegar, no pensaba en llevar a usted a Francia conmigo; sólo quería asegurarme de sus sentimientos, estrechar a usted contra mi corazón, si me amaba todavía, y marcharme en seguida. Pero la he visto más hermosa qua en aquel tiempo, enamorada como siempre del que recibió el primero sus juramentos, y he comprendido que sólo dependía de nosotros el reconstituir nuestra dicha destruida. Si consiente usted en seguirme, juro consagrarla toda mi vida.

-¡Ah! la mía no es libre -gimió Lucía. Estoy casada; tengo un dueño.

-Pronto podrá usted sacudir su yugo. Dentro de poco tiempo, figurará el divorcio en las leyes de la República y podrá usted romper las cadenas que la unen al conde de Entremont. Entonces será usted mi mujer y mientras tanto vivirá a ama usted a su marido, ¿qué es lo que puede retenerla?

-Tengo a mi hermana -respondió débilmente Lucía, a la que embriagaba este lenguaje. -Clara no tiene a nadie más que a mí.

-Clara podrá reunirse con usted, y, más adelante le encontraremos un marido. No se niegue usted, Lucía -añadió Dalassene, que no suplicaba ya y parecía ordenar. -Mi vida es horrible y usted sola puede transformarla y detenerme en la vía en que estoy empeñado. ¿A dónde me conducirá si usted me abandona? Seré como Robespierre, como Saint-Just, como Fouché, como Carrier y todos esos derramadores de sangre. Cuidado, soy capaz de todo, si usted se niega a seguirme.

El joven decía aquello con violencia y toda su persona, su voz temblorosa, su mirada encendida de un fuego sombrío, daban a su lenguaje una significación siniestra. Lucía estaba asustada, viendo una profecía cuya realización habría de apresurar una negativa de su parte, mientras que la impediría su consentimiento. La esperanza de ejercer una influencia dichosa en aquel hombre que, hacía un momento, cuando suplicaba, se había mostrado dulce como un niño y al que ahora el temor de ser rechazado ponía terrible como un león desencadenado, acabó de desarmarla.

-¡Seguirle a usted! -repitió. -¿Qué razón podré dar?

¿Qué pretexto?

volviendo a Chambery.

-Pues bien -dijo la joven falta ya de fuerzas, -váyase usted en seguida. Me reuniré con usted después, mañana.

El león se transparentó de nuevo a través del amante.

-Ni después, ni mañana; en seguida. Si dejase a usted detrás de mí, se arrepentiría. La tengo a usted, mi adorada, y la guardo. Mis medidas están tomadas para marcharme esta noche; se vendrá usted conmigo.

Lucía estaba ya muy debilitada por la perspectiva embriagadora que Roberto acababa de pintarle, y la mirada con que él acompañaba sus palabras y con que las confirmaba, dándoles más fuerza, acabó con lo que quedaba de voluntad a la joven, que, hipnotizada, no fue ya entre las manos de su dueño más que una criatura inerte, bruscamente sometida a la obediencia y a la que bastaba ordenar, en nombre del amor, para que se sometiese por completo. De lejos, hubiera podido resistirle; de cerca, no podía, y por eso quería Roberto llevársela con él sin darle tiempo para reflexionar y detenerse antes de quedar irreparablemente comprometida.

La joven, sin embargo, como si midiese la profundidad del abismo en que iba a precipitarse, luchaba aun, pero con un acento que ya confesaba la derrota.

-¡No exija usted eso de mí, Roberto! -suspiró. -Si le escuchase, estaría perdida.

La entrada repentina de Clara, seguida de la Gerard, detuvo las palabras en sus labios. La joven llegaba corriendo, presa de una violenta agitación y con los ojos llenos de espanto. En vez de dirigirse a su hermana, interpeló a Dalassene.

-No está usted aquí en seguridad, caballero. Su abuelo acaba de salir para ir a denunciarle a la policía. En vano hemos querido detenerle la Gerard y yo; no ha consentido oír nada, y se ha marchado como un loco.

Lucía se lanzó hacia Roberto.

-Ya ve usted que tenía yo razón -lo dijo aterrada. -Váyase usted, amigo mío; váyase, en nombre del cielo.

-Es preciso, caballero -añadió la Gerard, interviniendo con la autoridad que le daban su edad y la confianza del conde de Entremont. Piense usted en el escándalo que resultaría si fuese preso en casa de mis señoras.

-Sí, Roberto, piense usted en eso -dijo Lucía, a cada momento más apurada; piense usted también que yo sería la víctima de su obstinación. Mi marido, si supiera que le he recibido a usted, no me lo perdonaría y se vengaría en mí.

Dalassene, dueño de sí mismo, había opuesto una tranquilidad imperturbable a las súplicas de Clara y la Gerard. Las de Lucía le hicieron más efecto, pues se acercó a ella y le dijo en voz baja:

en el mismo tono. -Tengo que tomar disposiciones; debo al menos preparar a mi hermana a mi partida y darle los medios de reunirse conmigo en Chambery.

-No hace falta mucho tiempo para eso respondió Dalassene. Mi resolución es irrevocable; no saldré de Turín sin usted; consiento, sin embargo, marcharme de aquí el primero, pero con la condición de que se comprometa usted a ir a buscarme dentro de una hora a la plaza de San Carlos, donde la esperaré. La noche está obscura y protegerá nuestra fuga.

Además, tengo amigos en Turín, amigos de la República, que me sirven de guardia, y, gracias a ellos, partiremos sin correr ningún peligro. ¿Consiente usted en lo que le propongo?

-Consiento -murmuró Lucía desfallecida. Pero, por Dios, déjenos.

-Y sobre todo -continuó Dalassene, -no vaya usted a cambiar de opinión. Si falta usted a la cita, me verá reaparecer. Vendré a buscarla, y si soy preso, usted será la que me habrá entregado.

Bajo la influencia de aquella voz alternativamente ruda y cariñosa, se operaba una metamorfosis en el alma de Lucía.

Lejos de ofenderse por las exigencias de Roberto, las interpretaba como una prueba de amor, las sufría con embriaguez y, después de haber vacilado tanto, se decidía.

Lucía se irguió y fijando los ojos en los del amante a que se entregaba, dijo con firmeza:

Gerard empezaban a alarmarse por su corto diálogo con Lucía, que ellas no habían podido oír, les anunció que cedía a sus ruegos.

-No tome usted el camino por el que ha venido, caballero -le recomendó la Gerard. -Es inútil exponerse a encontrar a su abuelo y a la gente de la policía. El jardín tiene dos salidas; voy a conducir a usted a una de ellas, en la que puede estar seguro de no encontrar a nadie.

-El portero me ha visto entrar. ¿ No vale más que me vea salir? -objetó Dalassene. –Si me cree en la casa y así se lo dice a los esbirros, querrán registrarlo todo.

-Mejor -dijo vivamente Lucía. -Mientras lo buscan a usted aquí, no le buscarán en otra parte y tendrá tiempo para huir.

El peligro que corría Dalassene no permitía largas despedidas, por lo que fueron breves e impregnadas de cierta frialdad por parte de Clara y de la Gerard, que no dejaban de guardar rencor al viajero inoportuno que había turbado su apacible existencia. Pero Roberto fue indemnizado por la última mirada de Lucía, en la que leyó la formal confirmación de la promesa que había logrado arrancarle.

quedaron un momento en silencio, como si sólo guardándole pudieran reponerse de sus emociones. Acaso también, Clara esperaba confidencias que no se atrevía a solicitar de su hermana, y ésta, obligada a hacérselas, buscaba cómo podría anunciarle su resolución de ir a Chambery y demostrarle la necesidad de ese viaje.

-¿No te parece, querida mía -dijo Lucía por fin, -que Mausabré ha estado muy cruel con Roberto? No haberse contentado con llenarle de reproches y haber querido aún hacerle prender, es horrible.

-Sí, es horrible -respondió Clara. -Pero él ha sufrido mucho por su nieto y, al encontrarle aquí, ha debido de sentir más vivamente su sufrimiento. Sea lo que haya dicho y hecho, es más de compadecer que de vituperar. Además, el señor de Dalassene ha sido muy imprudente tratando de verte.

-Su imprudencia es una prueba de su solicitud para conmigo. ¿Se le puede acusar por el paso que ha dado, cuando ha tenido por objeto conjurar nuestra ruina? Si él no me Además, la advertencia de Dalassene resultará inútil y no impedirá la confiscación de vuestros bienes.

-A no ser que me vuelva a Chambery.

-¿Piensas en tal viaje, Lucía, cuando el populacho reina en nuestro país? Ir a Chambery es entregarnos a él.

-Tú te quedarás en Turín con la Gerard. En cuanto a mí, protegida por Roberto, no tendré nada que temer.

-¿Te vas a confiar a él?

-Estoy decidida -declaró Lucía, aprovechando la ocasión que se le ofrecía de revelar su proyecto. - odo está convenido con él; nos vamos juntos esta noche.

Un raudal de lágrimas brotó de los ojos de Clara, que estupefacta y aterrada, juntó las manos y no pudo menos de suspirar:

-¡Oh! ¡Lucía! ¡Lucía!

Pero Lucía se irguió para no dejarse enternecer.

-Lo que hago, debo hacerlo -dijo. -Mi marido me guardaría un eterno rencor si pudiendo evitar su ruina y la mía, vacilase un solo instante.

-Yo no tengo experiencia -confesó Clara,- y sé que mi opinión no tiene gran valor. Pero sé también que yo, en el caso del señor de Entremont, te tendría más rencor por haber partido con un hombre con el que estuviste para casarte, que te ama aun, como prueba su presencia en Turín, y al que acaso tú amas también.

pronto dominó su confusión.

-Mi marido ignorará que Roberto ha sido mi compañero de viaje. ¿Quién ha de decírselo? En cambio, cuando sepa que gracias a mi resolución, le han sido conservados sus bienes, no podrá menos que aprobarme. En todo caso me hará la justicia de creer que he hecho lo que he creído mejor.

En la boca de Clara estuvo a punto de brotar una objeción, pero la joven no la formuló. ¿Para qué, en vista de la resolución de su hermana, que parecía ser tan definitiva?

-De modo que te marchas, -dijo sin dejar de llorar.

-Dentro de unos instantes. Roberto me espera y no quisiera que Mausabré me encontrase aquí.

-¿Y qué va a ser de mí? -preguntó Clara.

-Ya te lo he dicho, querida mía; te quedarás aquí con la Gerard hasta nueva orden. Cuando veas a mi marido, le explicarás mi determinación. Por lo demás, yo le escribiré desde Chambery, a donde espero llamarte muy pronto.

Mientras Lucía hablaba, la cara de su hermana se iba transformando, y no expresaba ya solamente el dolor, sino la energía de una voluntad que ella tradujo con un acento firme y grave.

-No me toca juzgar tu conducta, Lucía. Siempre he aprobado lo que has hecho y aprobaré lo mismo lo que hagas, con tal de que no nos separemos. Estoy sola en el mundo y desde la muerte de nuestro padre he alimentado la -¡Qué alegría me das manifestándome así tu ternura, niña querida! ¿Cómo negarte lo que pides, puesto que esa negativa sería en mí un acto de ingratitud? Quieres seguirme y compartir mi suerte; consiento en ello. Pero comprende que podemos, marchándonos las dos esta noche, parecer unas fugitivas. Además, hay una infinidad de cosas que arreglar antes de dejar este país; los baúles que hacer, mil objetos que llevar. Esos preparativos exigirán unos días, al cabo de los cuales podrás ponerte en camino con la Gerard. Ahí la tienes; ella te dirá que el partido que te aconsejo es el más prudente.

La Gerard volvía, en efecto, después de haber hecho salir secretamente a Roberto. Clara corrió a ella y le dijo:

-Lucía nos deja esta noche para irse a Chambery, y tú y yo no tardaremos en reunirnos con ella.

El ama de gobierno recibió esta noticia sin sorpresa ni emoción.

-Lo sospechaba -respondió. -En los cortos instantes que acabo de pasar con el señor de Dalassene, éste me ha dicho bastante para hacerme comprender que sus consejos han prevalecido aquí.

-Me acusas, Gerard? -preguntó Lucía.

-No, señora querida, no acuso a usted por querer salvar su fortuna ni por ir a Chambery a salvarla. ¿Quién podría acusar a usted? Lo que encuentro lamentable es que se vaya en compañía de ese joven, que es un compañero muy comaceptado.

La Gerard acompañó estas palabras con un ademán amenazador para los malandrines que pudieran encontrarse en su camino, ademán que puso en evidencia su alta y robusta talla, sus vigorosos brazos y sus manos callosas y huesudas. Sí, ella era capaz de defender a las viajeras de todos los peligros del camino y la opinión que formulaba estaba inspirada en la prudencia. Pero Lucía, recordaba la promesa hecha a Roberto y temía verle reaparecer si no la cumplía.

Este temor, y, sin duda, más aún la perspectiva de un viaje delicioso, hízola rebelde a los buenos consejos.

-Olvidas, Gerard, que es urgente que se me vea en Chambery. El tiempo apremia y sería doloroso llegar tarde.

Había que renunciar a toda discusión, y así lo hizo la Gerard. Su autoridad tenía límites; era enteramente moral y no podía nada contra la voluntad de Lucía. Solamente un suspiro dio testimonio del pesar que experimentaba por no poder hacer aceptar sus consejos.

-Pero, para marcharse -dijo, hace falta un coche. ¿Cómo procurárnoslo esta noche? Hay además que preparar el equipaje; nada está preparado.

-No necesito coche; Roberto tiene el suyo -respondió Lucía. -En cuanto a mi equipaje, vosotras me lo llevaréis cuando vayáis a buscarme. No me hace falta nada para el camino, puesto que debo viajar día y noche, y una maleta de tenemos tiempo que perder.

Lucía se fue a su cuarto y Clara y la Gerard la siguieron.

La joven enamorada se puso a arrojar con prisa febril en un saco de cuero sus alhajas y un poco de dinero, se envolvió en un manto y, sin parecer sensible al llanto de su hermana y del ama de gobierno, les dio las últimas instrucciones para su partida, que debía verificarse a los pocos días. Clara lloraba, pero estaba callada. La Gerard expresaba sus sentimientos en frases regañonas y bruscas.

-¿Qué va a decir el señor Conde? Se va a poner furioso y con razón. ¿Quién hubiera esperado esto? Me parece que estoy soñando.

No soñaba, por desgracia. Era muy real aquella partida precipitada cuyos preparativos se hacían a toda prisa, y muy real también la pena que causaba a Clara la resolución tomada por su hermana bajo la influencia de Dalassene.

-Nuestra separación no es más que momentánea -le decía ésta para consolarla. -Dentro de unos días estaremos reunidas de nuevo.

Pero Clara movía tristemente la cabeza, dominada por tristes presentimientos, asustada más que entristecida por la arriesgada aventura en que se metía su hermana tan resueltamente. Hubiérase dicho que preveía el porvenir.

Silenciosa y triste, siguió a la fugitiva hasta el umbral de su casa, y en la puertecilla del jardín por la que Dalassene hade Lucía y la Gerard, que había querido acompañar a su señora hasta la plaza de San Carlos. Nadie las vio alejarse, y pocos instantes después recorrían con seguro paso la vía dell' Ospedale por la que circulaban numerosos transeúntes, para los cuales las dos mujeres eran desconocidas y que no se fijaron en ellas.

Después de haberlas visto desaparecer, Clara volvió al salón, y la Gerard la encontró allí una hora más tarde, al volver a la casa. La joven estaba rezando arrodillada y llorosa.

-Se han marchado -dijo el ama de gobierno entrando sofocada.

Y al ver que Clara abría la boca para pedir detalles, añadió en voz baja:

-Ni una palabra, señorita. Creo que la policía viene siguiéndome con el abuelo.

En el mismo momento se oyeron golpes en la puerta de la casa. La Gerard salió a abrir y se encontró con el señor de Mausabré y dos hombres vestidos de negro.

El viejo pasó delante de ella como si no advirtiese su presencia y entró en el salón gritando:

-Aquí le he dejado y debe de estar aun, Clara se levantó y dijo recobrando todo su aplomo.

-¿A quién busca usted, caballero?

-Al ciudadano Dalassene -respondió Mausabré registrando con los ojos alrededor de ella.

-Supongo que se habrá ido a su posada. Nos ha anunciado que no se iría hasta mañana.

-¿Cuál es esa posada?

-No nos lo ha dicho; no ha tenido tiempo. Ha tenido que retirarse, por orden de mi hermana, en cuanto se quedó solo con nosotras.

Clara mentía, pero su mentira se inspiraba en la necesidad de engañar a la policía y dejar a los fugitivos adelantarse, antes de que corrieran detrás de ellos. Por lo demás, esa mentira no fue sospechada, tan bien fingió la joven la sinceridad con su mirada y con su acento.

-Siento haber molestado a ustedes para nada, señores -dijo a sus compañeros Mausabré, cuya cara denunciaba un gran despecho. Hemos llegado tarde; es un asunto fracasado.

-Todavía no -dijo el hombre negro. -Puesto que ese maldito convencional no ha salido de Turín, le encontraremos.

Y salió con su compañero después de haber saludado a Clara. Mausabré los acompañó hasta la escalera. Cuando volvió dijo a Clara:

-Debo excusarme con los habitantes de esta casa por haber introducido en ella la policía. Ustedes me perdonarán pensando que la captura de ese miserable hubiera prestado un servicio a los hombres de bien y a él mismo. Pero no veo a la señora de Entremont. ¿No podría expresarle mi pesar?

esta noche... Se ha refugiado en su cuarto y, sin duda; está durmiendo.

-Tendré el honor de volver mañana a ofrecerle mis homenajes y mis excusas. Servidor de usted, señorita.

Mausabré saludó respetuosamente a Clara y se retiró.

Cuando la joven cerró la puerta, preguntó como hablando consigo misma:

-¿Hemos hecho bien en mentir esta noche? ¿No habrá que confesar mañana la verdad?

La Gerard protestó:

-¡Confesar la verdad esta noche! ¿Cómo piensa usted eso, señorita? Hubiera sido entregar al señor de Dalassene y revelar a toda la tierra que su hermana de usted se ha marchado con él. Hemos tomado el mejor partido, créame usted.

-Puede que tengas razón -dijo Clara.

La joven bajó la cabeza, muy pensativa, siguiendo con la imaginación a los dos fugitivos por el camino de Chambery y todas sus etapas: Avigliano, Susa, la meseta del monte Cenis, Lanslebourg, Moldane, Saint-Jean-de-Maurienne, Aiguebelle, Maltavern, pero muy lejos de adivinar, en su inocencia y su ingenuidad, que aquel camino sería para Lucía una ruta de perdición y de desgracia.

Sena, no lejos de Triel, se levantaba, en la época en que se desarrollaron los acontecimientos que estamos narrando, un castillo que llevaba el mismo nombre que la aldea de Chanteloup extendida a sus pies.

¿Era del pueblo del que el castillo había tomado este nombre, que es el de otro dominio situado en Turena y famoso por haber vivido en él durante su destierro el ministro Choiseul y por el fausto que allí desplegó? ¿ Era, por el contrario, el castillo el que había dado su nombre a la aldea? No podríamos decirlo, y la cosa, por otra parte, importa poco. Lo más cierto es que la tierra de Chanteloup, adonde conducimos a nuestros lectores, constituía una residencia encantadora, gracias a sus arboledas seculares, a sus paseos, a la elegancia arquitectónica de sus edificios y, sobre todo, a su situación en la ladera de una colina desde la cual la mirada abarcaba el más risueño paisaje.

Ese castillo era propiedad de Dalassene, que le había recibido de sus antepasados. Estos lo habían transformado en varias ocasiones, demoliendo ciertas partes del castillo y retorres, vestigio elocuente de los tiempos feudales y entre las cuales se desarrollaba una fachada de frontón y de columnas que alegraba con la elegante esbeltez de su balaustrada de piedra el terrado a la italiana que coronaba la cubierta.

El interior de aquella cómoda morada cumplía las promesas del exterior. Todo en ella revelaba el bienestar y el gusto de las generaciones que, una tras otra, habían dejado allí su huella, y ofrecía a Dalassene la preciosa ventaja de estar cerca de París y bastante lejos, sin embargo, para que pudiese, si le parecía bien, ocultar allí su vida o recibir a sus compañeros de placeres.

Gustaba a Dalassene residir allí todo el verano y hasta el fin del otoño. Muchas veces, al salir de las sesiones de la Convención, en lugar de meterse en su casa de Paris, se marchaba a Chanteloup, adonde le llevaba su coche en dos horas. Muchas veces también, cuando los cuidados de la política le dejaban tiempo, se complacía en prolongar allí su estancia, y más aún desde que había instalado en el castillo a Lucía y a su hermana.

Al volver a Francia con él, después de una estancia bastante prolongada en Saboya, durante la cual se reunieron con ellos Clara y la Gerard, Lucía no había permanecido en París más que el tiempo necesario para preparar su instancia de divorcio. La ausencia de su marido, cuyo nombre seguía figurando en la lista de emigrados, de la que se había borrado el voluntad recíproca tan sólidamente como si la ley hubiera consagrado su unión. Gracias a las precauciones que habían tomado para rodear de misterio su amor, Clara no sospechaba la caída final de su hermana y la creía resuelta a divorciarse para ser la mujer legítima de Dalassene. Pero, pensase lo que quisiera de este designio, y no atreviéndose a vituperarlo ya que no lo podía impedir, no veía aún en el futuro marido de Lucía más que un protector y un amigo.

Debe suponerse que la Gerard veía más claro y sabía a qué atenerse sobre el verdadero carácter de la aventura a que la asociaba su adhesión; pero no tenía que dar consejos, que, por otra parte, hubieran sido tardíos. Había visto lo que pasaba en el momento en que su ama salía de Turín, y, puesto que no había podido detenerla, estaba ya condenada al silencio. La Gerard fingía no ver nada, se callaba y permanecía en su puesto no escuchando más que a su antiguo cariño y con la esperanza de ser útil a las jóvenes a quienes se había consagrado.

Tal era la situación a principios de agosto, pocos meses después del fatal o irreparable acto de Lucía. Aquella mañana, a eso de las diez, estaban sentados cuatro personajes, bajo un grupo de tilos que protegía del sol el terrado de Chanteloup, alrededor de una mesa en la que uno de ellos había colocado chando con una inmovilidad de estatua, y sirviendo de modelo a un joven que enfrente de él, estaba haciendo su retrato al lápiz en una hoja de álbum.

La actitud del artista indicaba el respeto que le inspiraba su modelo y el temor que lo causaba la atención con que seguía su lápiz un cuarto personaje sentado detrás de él y que no le perdía de vista, sin dejar de prestar atención a la lectura.

-Un poco más de sombra a la derecha de la frente, Esteban -díjole éste de modo que nadie lo oyese más que él.

-Está bien, maestro -respondió el dibujante en el mismo tono.

Y siguió dócilmente el consejo, sin tratar de discutirle.

¿Cómo se hubiera atrevido a hacerlo cuando el que se lo daba no era otro que el famoso Belliere, del que tenía a honor recibir lecciones?

De edad entonces de cuarenta y cinco años, Belliere se sentaba en la Convención en los mismos bancos que Dalassene. Pero mientras Roberto era considerado hasta entonces como de los más poderosos y, a riesgo de incurrir en la enemistad de éstos, no temía afrontarlos para sostener sus opiniones y sus palabras, Belliere se mostraba más prudente y más hábil, y ahora que se hacían más acerbas entre las fracciones la rivalidad que iba a enviar a los girondinos al cadalso y

después de ellos a otros vencidos, él se esforzaba por prever quiénes serían los más fuertes, a fin de declararse por ellos en tiempo oportuno.

do terrorista y hacerse elegir miembro de la Junta de Seguridad general al mismo tiempo que Dalassene.

Allí era donde habían hecho amistad. Dalassene amaba el arte y admiraba el talento de Belliere. El pintor, por su parte, cifraba cierto orgullo en haber conquistado las simpatías de aquel brillante colega, que se distinguía de la mayor parte de ellos por la cultura de su espíritu, por su elegancia y por la altiva impertinencia con que renegaba de su pasado y defendía la causa que había adoptado.

Belliere había estado en Chanteloup en dos o tres ocasiones. Aquel día, había salido de París antes de la salida del sol, para evitar el calor y había llevado a Esteban Jerold, su discípulo preferido. Era su primera visita después de la vuelta de Dalassene a Francia, viniendo de su misión en Saboya.

Cuando el pintor se apeó del coche, Dalassene, sin dejarle respirar, le ofreció comunicarle el proyecto de Constitución que debía ser presentado a los pocos días a la Asamblea.

Este proyecto, redactado por él y por algunos colegas convocados a Chanteloup para ese efecto, iba a ser enviado a París después de haber recibido su forma definitiva. Otro convencional, Herault de Sechelles, también pasado de la nobleza a las filas de la Revolución, debía presentarle a la Convención en calidad de ponente.

-Es un honor que me haces y que te agradezco respondió Belliere. -Mientras te oigo añadió presentando a Esteban Jerold, -servirás de modelo a este joven, mi discípulo. Arde en deseos de dibujar tu cara y me he permitido traértele.

La lectura se estaba acabando y pronto se dejó de oir la voz monótona de Formanoir.

-Y bien, Belliere, ¿qué te parece? -preguntó Dalassene levantándose sin notar la mirada desolada del joven artista a que estaba sirviendo de modelo.

-Me parece que esta Constitución es una obra maestra.

Funda la República una e indivisible, y hace imperecedero el recuerdo del año noventa y tres que la va a ver nacer. Es un hermoso resultado después de la muerte de Capeto. Mi enhorabuena, querido colega.

Dalassane protestaba, hacía remilgos y fingía modestia.

-El honor corresponde sobre todo a Herault, que es el principal autor. Es verdad que Danton y yo le hemos ayudado mucho. Durante diez días, encerrados día y noche en el pabellón que tú conoces, allá, en el extremo del parque, hemos confeccionado nuestra obra, únicamente inspirados en el amor de la patria y de la libertad.

Por las facciones de Belliere pasó una sonrisa de incredulidad.

-Danton trajo la suya -confesó Dalassene, -y Sechelles una tierna amiga. Trabajábamos de día y nos recreábamos de noche.

-Sí, comprendo, cada cual su mitad. Pero, ¿y tú? Enfadado con la Villars, has debido de echarla de menos, a no ser que la hayas reemplazado, como se cuenta.

Los ojos de Dalassene respondieron afirmativamente.

-¿Es cierto? -dijo Belliere.

Y añadió más bajo:

-¿Quién es esa nueva beldad?

-Hablaremos después, cuando estemos solos -respondió su colega mostrándole a Esteban Jerold y a Formanoir.

Su secretario estaba arreglando las cuartillas del manuscrito, mientras el artista, lápiz en mano, estaba desesperado por las idas y venidas de su modelo, esperando que volviera a serlo.

Belliere se acercó a él.

-El ciudadano Dalassene te concederá otro día una sesión -le dijo. -Dale las gracias por haberse prestado a tu deseo con tanta amabilidad, y déjanos.

Dalassene intervino benévolo -Anda a pasearte por mi parque, joven. Si te gustan los bellos paisajes, disfrutarás de sorpresas, pues tendrás a tus pies toda la vega del Sena.

-Gracias, ciudadano -dijo Esteban cerrando el álbum con sonrisa de pesar.E R N E S T O D A U D E T la que se leían la energía y la rectitud, y se alejó cojeando ligeramente. Belliere vio perderse en las arboledas su fina silueta muy elegante, a pesar de su imperfección apenas visible.

-¡Qué lástima que las balas prusianas no hayan respetado a este buen mozo!; hubiera hecho una carrera brillante en los ejércitos de la República -dijo el pintor a Dalassene. -Por fortuna, el hierro enemigo no le ha herido las manos, y puede tener pincel.

-Para su gloria y la tuya, si se muestra digno de su maestro.

Y volviéndose hacia el secretario, que estaba esperando sus órdenes, Dalassene, se las dio:

-Vas a marcharte, Formanoir; mi coche está enganchado.

En cuanto llegues a París, irás a entregar este proyecto de Constitución a Sechelles, que le está esperando para hacer su informe. Te pondrás a sus órdenes si te necesita. Hecho el informe como está convenido, le llevarás con el proyecto a casa del impresor y le prevendrás que la distribución a los representantes debe estar hecha dentro de tres días.

-El plazo es, acaso, un poco corto, ciudadano -objetó Formanoir.

-Que el impresor se arregle como pueda; no le concedo ni una hora más. La República está impaciente por entrar en posesión de su ley fundamental. -Anda, mi fiel compañero, y despáchate.

Pronto a la obediencia, Formanoir saludó y salió rápidamente para montar en el coche que lo esperaba en el patio chas de oro que imprimía en él el sol a través de los árboles.

El pintor invitó con un gesto a Dalassene a que se sentase a su lado.

Quería repetir la pregunta que le había hecho hacía un momento, pero se lo impidió Dalassene interrumpiéndole:

-Espero, colega, que no has venido por unas horas sino por unos días.

-Sí, si mi presencia no te molesta -respondió el pintor.

-¿Cuándo te vuelves a París?

-Si tú quieres, volveremos juntos dentro de tres días.

¿Está convenido?

-Lo está y te doy las gracias, pues te deberé el respirar un aire más puro que el de la atmósfera abrasada en que vivimos en esa Convención donde, no podemos estrechar una mano sin preguntarnos si firmará nuestra sentencia de muerte; mientras la guillotina funciona sin descanso, se hacen visitas domiciliarias y está el Terror a la orden del día.

-Lo que quiere decir que esto es un infierno.

-Desgraciadamente necesario para el castigo de los conspiradores, y de los traidores -añadió Belliere como para excusarse de haber dejado escapar una queja.

-Lo que no deja de asombrarme, es verte allí; tú, un artista, un gran pintor -observó Dalassene.

-También estás tú un ex noble.

-Tú no tenías necesidad de hacerlo, teniendo tu arte.

Belliere se levantó, dio unos paseos en silencio, como absorto en sus pensamientos, y después, cediendo a su violencia, rompió a hablar de un modo al que su acento y su fisonomía daban el carácter de una confesión.

-He sufrido como tantos otros el contagio revolucionario, una atracción fatal o irresistible, y ha llegado una hora en que, ante los acontecimientos que revolvían la patria, no me bastó el arte y quise añadir al renombre que le debía la popularidad del tribuno. Hay pendientes en las que no es posible detenerse una vez lanzado. Al principio no creí llegar adonde hoy me encuentro, pero el temor de ser acusado de moderantismo...

-Sí eso es, el miedo; al miedo obedecemos todos -murmuró Dalassene. -Temblamos todos del espanto que nos causamos los unos a los otros. Votamos bajo la amenaza del puñal.

Se calló y paseó la mirada a su alrededor como si temiera que se le hubiese oído. Belliere le imitó, poseído del mismo temor, pero, ya tranquilo, siguió diciendo:

-He cedido también al orgullo de ser con David, el artista de la República y el organizador de sus fiestas populares.

Dalassene aprovechó esta confesión para hablar de cosas menos candentes.

creador.

El pintor oyó sin pestañear aquel elogio hiperbólico que halagaba su vanidad y que consideraba legítimo, y respondió con énfasis:

-He pensado ya en esa solemnidad y estoy soñando con algo muy grande. En la plaza de la Bastilla se erigirá una estatua monumental de la Naturaleza, a la que el pueblo y sus representantes irán a rendir homenaje. A sus pies, sobre una hoguera, se verán los atributos regios. De los senos de la estatua brotará un agua simbólica. El presidente de la Convención se acercará a esa fuente sagrada con una copa en la mano, y teniendo abrazado al más anciano de nuestros colegas llenará la copa y beberán en ella los dos al ruido de los cánticos, de las músicas y de las aclamaciones, acompañadas de cañonazos, y al fulgor de las llamas que subirán de la hoguera.

Dalassene sonreía con expresión de burla.

-El presidente y el colega que le asista, resultarán ridículos.

Belliere, picado en lo vivo, respondió con voz irritada:

-Ciudadano, no se es jamás ridículo cuando para impedir las burlas y para castigarlas, está el tribunal revolucionario y la guillotina. Puedes estar seguro de que nadie se reirá más de lo que se haya reído en otras solemnidades.

-Se hubiera podido hacerlas menos teatrales.

de tu pasado aristocrático. Si Robespierre te hubiera oído, temblaría por ti.

Dalassene se encogió de hombros.

-No es muy temible, y, por otra parte, no nos oye.

-No hay que desafiar al rayo.

Belliere dijo estas palabras como una amenaza, y, para acentuar su significación, las repitió:

-No, no hay que, desafiar al rayo, aunque se sienta uno libre de sus golpes. Lo digo por ti, Dalassene. Tus palabras son muchas veces arriesgadas y tu conducta imprudente, y de ello se aprovechan tus enemigos para acusarte.

-No ignoro sus calumnias, pero como no tengo nada de qué acusarme, las desdeño.

-¡Nada de qué acusarte! -exclamó Belliere. -Hace un momento, cuando te he preguntado el nombre de tu amada, no me has respondido.

-A causa de tu discípulo y de mi secretario. Su presencia me estorbaba.

-No me hacía falta tu respuesta para saber a qué atenerme, y mi pregunta no era más que el prólogo de los consejos que tengo que darte. Sabía, y no es un secreto para nadie, que después de haber roto con la Villars, has contraído otros lazos. Se cuenta por todas partes que has traído de Saboya una joven, una emigrada, que está en Chanteloup con su hermana, y que vives con ella. ¡Emigradas en tu casa!

Entremont y su hermana, la joven ciudadana Clara Palarin, son buenas patriotas. Establecidas en Saboya cuando nosotros llegamos, tuvieron que huir arrastradas por el marido de la mayor, oficial al servicio del déspota que reina en el Piamonte. Pero han vuelto a Chambery obedeciendo la orden dada a los emigrados de ese país y han brillado después por su civismo. La ex Condesa se ha sometido con mucho gusto a las leyes de la República y, para probar su celo, va a recurrir a aquella de estas leyes con que hemos proclamado la emancipación de la mujer. Va a divorciarse y pronto llevará mi nombre. Quienquiera que la acuse es un fabricante de mentiras. Los amigos que la han tratado aquí, Danton y Sechelles, te lo dirán como yo.

-¿Por qué no se lo han dicho a tus acusadores?

-La ciudadana de Entremont les ha rogado que no hablen de ella. Quiere esperar para dejarse ver a que estemos casados.

Belliere se sonrió y, en su sonrisa, se vio desdén y lástima.

-¿Y eres tú -dijo en tono de reproche,- tú, el guapo Dalassene, el escéptico, el verdugo de los corazones, tan variable, tan volandero, el que se ha enligado de ese modo?

-Lucía me ha transformado, y lo comprenderás cuando la veas, porque la verás. ¿Pero quién te ha instruído de su -¡ La Villars! ¡Es ella la que murmura contra mí!

-Se venga de tu abandono y de lo que ella llama tu traición.

Dalassene estaba asombrado.

-¡Mi traición! Pues qué ¿no le advertí cuando salí para Saboya, que nuestra separación era definitiva? ¿No me he mostrado con ella locamente generoso? ¿No la he colmado de favores? ¿No le he hecho obtener una administración de loterías? Esto era claramente una despedida, y aunque no se lo hubiera dicho no hubiera debido engañarse.

-Ha fingido que se engañaba. En tu ausencia, afectaba vivir esperándote, como Ariadna a Aquiles y Penélope a Ulises.

-Y se consolaba con Fabre d' Eglantine, con Quinette, con Sechelles, con...

Belliere se echó a reir.

-Renuncia a enumerarlos. No conoces a todos sus consoladores.

-Luego esa mujer no ignoraba mis intenciones.

-Lo que no impide que, al saber que no volvías solo de Saboya, haya jurado vengarse. No me lo ha ocultado. Ha estado en mi estudio con un pretexto, pero en realidad para saber si te había visto. Y me ha espantado el odio que se transparentaba en su lenguaje. Lo que a mí me dijo, se lo ha dicho a todos aquellos a quienes ofende tu popularidad. Ella una intriga con los realistas con el fin de destruir la República y poner en el trono al pequeño Capeto con su madre como regente.

Qué absurdos clamó Dalassene, que se paseaba de un lado a otro temblando de furiosa agitación. - Qué abominable criatura! -No tienes peor enemigo -dijo Belliere.

-No puede nada contra mí. Yo probaré que me calumnia.

-¿Lo probarás de todas sus acusaciones si las multiplica?

Cuando se ha vivido con una mujer, como tú has vivido con ella, cuando se le han hecho confidencias y ella las convierte en armas contra ti, ¿no es de temer esa mujer? Ten cuidado, Dalassene, la Villars es mujer de enviaros a la guillotina a tu ex Condesa, y a ti.

-Que cuide ella de no subir antes que nosotros -dijo en tono de amenaza Dalassene. Te doy las gracias por haberme advertido; has desgarrado el velo que obscurecía mis miradas.

Yo me explicaba la malevolencia que siento a mi alrededor desde mi vuelta y que he sorprendido en la sonrisa hipócrita de Robespierre, y en el aire solemne de Sain-Just, ni las intrigas tramadas para impedir que se me reelija miembro de la Junta de Seguridad general. ¡Los miserables! ¡Así pagan los servicios que he prestado a la libertad! Pero desgraciados de ellos si, no contentos con calumniarme, se atreven a tocar a la mujer divina que reina en mi corazón.

Ambos se quedaron suspensos contemplando a Lucía que salía del castillo. Bajo los vaporosos pliegues de su flotante bata de linón claro, se adivinaba en su porte la gracia de su persona. Las alas del sombrero de paja, colocado sobre el negro cabello, daban a su cara juvenil reflejos dorados como los de una hermosa fruta que han acariciado, sin madurarla, los fuegos del estío. Con la sombrilla en una mano y el abanico en la otra, y una escarapela tricolor en el pecho, se dirigía al parque atravesando el terrado, y no veía a sus dos admiradores escondidos en el grupo de tilos.

-¡Ah! cómo te comprendo -dijo Belliere. -¡ Jamás ha afirmado la potencia del Ser supremo una belleza tan pura y tan perfecta! Solamente él ha podido modelar semejante obra maestra.

-¿La juzgas digna de tu pincel? -preguntó Dalassene.

-¿Querrías darme el placer de hacer su retrato?

realiza el tipo que yo he soñado. Que consienta, e inmortalizaré sus facciones y pasará a la posteridad con mi obra. ¿Te encargarás de mi petición, colega?

-Más vale que la hagas tú mismo -respondió alegremente Dalassene.

Y levantando la voz llamó:

-¡Querida Lucía!

La joven se volvió y avanzó sonriente.

-No había visto a ustedes, ciudadanos -dijo. -Iba en busca de mi hermana, que debe de estarme esperando en el pabellón del parque.

-Belliere saludó, sombrero en mano, tan respetuosamente cómo lo hubiera hecho bajo el antiguo régimen, cuando las costumbres no se resentían aún de la fría rudeza de las formas republicanas.

Dalassene le presentó.

-Mi amigo el pintor Belliere, mi colega en la Convención. Viene a pasar unos días con nosotros.

-Con mucho gusto mío -respondió Lucía. –Conozco sus obras de usted, ciudadano, y las he admirado mucho para no estar orgullosa de conocer a su autor, una de las glorias de la República.

Mientras Belliere se ponía muy hueco con tales elogios, Dalassene dijo:

-Belliere tiene que hacer a usted un ruego, Lucía.

-He concebido la esperanza, ciudadana, de que quiera usted dejarme copiarla para la primera figura de mi cuadro.

Fue aquello dicho con humildad y en tono de deferencia, y si los que estaban acostumbrados a ver a aquel famoso convencional agitarse, violento y huraño, en los clubs y en los bancos de la

Convención, hubieran sido testigos de su humildad delante de una linda mujer, no le hubiesen conocido.

Antes de responderle, Lucía solicitó con los ojos el parecer de Dalassene, y, habiendo adivinado que era favorable al deseo de Belliere, prometió ir a ver al pintor a su estudio en cuanto estuviese de vuelta en París.

-¡Cuánto agradecimiento el mío, ciudadana!

-No es a mí a quien se lo debe usted, ciudadano, sino a su amigo. Una negativa de su parte, hubiera provocado la mía.

-¿Es usted, entonces, la esclava, bella ciudadana? -dijo Belliere fingiendo admiración.

-Sus deseos son órdenes para mí -confesó la joven. -Es verdad que él también me obedece. En Saboya, cuando he solicitado su intervención en favor de algunos desgraciados considerados como sospechosos, han sido objeto de su clemencia.

Belliere aguzaba el oído, y, sin que se pudiera saber si hablaba seriamente o en broma, exclamó:

cía.

-No porfíes con ella, Belliere -dijo Dalassene interviniendo. -Lucía ha dado demasiadas pruebas de su celo republicano para que pueda ser sospechosa de tibieza. Pero es mujer, no se puede exigir de ella que sea, insensible a la desgracia de tantos pobres diablos como estamos obligados a castigar y que no han cometido más culpa que ceder a las sugestiones del fanatismo. Aquellos cuya gracia he obtenido por sus ruegos, no eran peligrosos.

El Pintor recobró un aspecto benévolo y se inclinó ante Lucía.

-Reconozco, ciudadana, que la habían a usted calumniado.

-¿Quién? -preguntó Lucía. -No conozco a nadie en París.

Una voz clara y gozosa sirvió de eco a esta pregunta. Era Clara de Palarin que venía seguida de Esteban Jerold, con la mirada brillante, la cara un poco sofocada y radiante de juventud bajo su traje blanco. La joven dijo a su hermana:

-Me he cansado de esperarte y he vuelto.

Clara reía al hablar, pero la presencia de Belliere, que le presentó su hermana, la puso seria. Dalassene, encantado de que un incidente cortase la conversación comenzada entre su amada y su colega, interpeló a Esteban.

-¿Y habéis hecho conocimiento?

-Gracias a mí -respondió Clara, -pues él pasaba sin decirme palabra. Confiese usted, caballero -dijo a Esteban, -digo, no, ciudadano, que he sido yo la que ha hablado la primera.

-Es verdad, ciudadana, pero confiese usted también que en seguida le he hecho preguntas, muchas preguntas, demasiadas acaso.

Esta escena, a la que imprimían una fisonomía encantadora la juventud y la gracia de los actores, acabó de arrancar a Belliere de sus preocupaciones habituales, casi siempre sombrías y graves. Su cara expresaba la paz que sucedía en su mente a las febriles agitaciones de su vida pública. La alegría que reinaba a su alrededor le ganaba, y el pintor se entregó a ella.

-Reclamo toda su indulgencia para este mozo, joven Hebé -dijo a Clara. -Tiene el aire torpe y tímido, pero lo es solamente con el sexo bello, y no lo fue en Valmy frente a los prusianos. Allí se batió como un león y fue herido. Es justamente su herida lo que le ha traído a mi estudio. Si Belona hubiera tenido piedad de él, hubiera sido émulo de Marte; pero lo será de Zauxis, de Apeles y de Belliere. Le tengo por mi mejor discípulo y le quiero como a un hijo.

-Me colma usted de favores, maestro -murmuró Esteban.

ciudadano.

-¿Le ha contado a usted su vida?

-Y, acaso, también usted le ha contado la suya, Clara, -añadió Dalassene.

-Nos hemos dicho muchas cosas.

Dalassene, divertido por estas frases, se acercó a Lucía.

-No pierden el tiempo -dijo en confidencia. -Nuestro ejemplo es contagioso.

-¡Nuestro ejemplo! ¡Oh! no, Roberto, no hables así -suplicó Lucía.

Y se lo llevó aparte, hablándole pálida y febril.

-No siento nada de lo que he hecho, bien lo sabes, y sabes también que sobre mi felicidad se cierne una sombra, el temor de que Clara adivine la verdad. No ignora que te amo y que está decidido nuestro matrimonio; pero he necesitado milagros de habilidad y no sé cuántas mentiras para hacerle aceptar mi divorcio como el ejercicio de un derecho legítimo.

¡Si ahora fuese a sospechar el carácter de nuestras relaciones!

¡Pobre inocente! ¡Empañar su blancura de azucena! Sería para mí un remordimiento eterno.

Temblaba su voz, y Dalassene, entristecido al ver que las lágrimas obscurecían sus ojos, se esforzó por consolarla.

-Somos prudentes y tu hermana no sabe ni sabrá nada.

En cuanto a ese joven que parece que le agrada, si alguna vez le amase podría casarse con él en la seguridad de ser dichosa.

riosidad de Belliere, que no los perdía de vista mientras hablaba con Clara y con Esteban. Pero cuando se acercaba al grupo, se quedó admirado al ver aparecer a su secretario.

-¡Tú, Formanoir! Yo te creía ya lejos.

Formanoir se lo llevó aparte y se apresuró a decirle las causas de su regreso.

Se había puesto en camino, cuando, al atravesar el pueblo, su coche fue detenido delante de la posada por dos viajeros a quienes el posadero había dicho que él era el secretario del ciudadano Dalassene. Aquellos hombres querían ver al convencional para un asunto urgente y llegaban para eso de París.

-Me han preguntado si estaba usted en el castillo y, al oir mi respuesta afirmativa, me han declarado que querían venir y he vuelto con ellos suponiendo que, después de su visita, tendría usted que darme alguna nueva comisión para París Están esperando en la galería.

-¿Te han dicho sus nombres?

-Los habían escrito de antemano en este papel que me han dado cerrado.

Dalassene tomó el pliego, desgarró el sobre, leyó y Formanoir le vio palidecer. La carta decía: «El ciudadano Berryer, abogado, acompañado del ciudadano Ninart Mausabré, solicita del ciudadano Dalassene un momento de conversación, -dijo Dalassene sobreponiéndose a su turbación, -porque me has puesto en la imposibilidad de no recibir a esa gente.

-Se los puede despedir -respondió Formanoir inclinando la cabeza ante aquella reprimenda.

-Los recibiré. Tú márchate en seguida, y, sobre todo, no hables a nadie de esta visita.

Formanoir desapareció y Dalassene se quedó unos minutos pensativo y con los ojos fijos en la carta, preguntándose por qué motivo habían ido a Chanteloup su abuelo y Berryer.

Antes de ir a buscarlos, tenía que desembarazarse de Belliere. Se acercó al grupo en el que el pintor estaba prodigando su ingenio para Lucía y su hermana, y se excusó por estar obligado a dejarle un momento a fin de recibir a unas personas venidas de París.

-Vete a tus asuntos -respondió Belliere, - y no te excuses.

Me dejas en muy buena compañía para que pueda quejarme.

-Las ciudadanas van a acompañarte al pabellón y yo iré a buscaros dentro de un momento.

Belliere se alejó hablando con Clara y con Esteban. En cuanto a Lucía, después de haber fingido seguirlos, se volvió hacia atrás y detuvo con una palabra a Dalassene que se dirigía al castillo. Lucía estaba alarmada por aquella visita.

¿Quiénes eran los visitantes? Roberto se los nombró.

Lucía dio un grito de espanto.

-¡ Separarnos, querida amiga! ¿Qué potencia en el mundo sería capaz de ello? La muerte acaso, y aún ella no haría más que reunirnos.

Y, para tranquilizarla, la atrajo a sus brazos y le dijo tiernas palabras, como cuando estaban solos y libres de prodigarse su amor.

-Y, ahora, déjame -dijo Roberto rechazándola con ademán afectuoso. -Vete a buscar a Belliere y retenle allí hasta que se haya marchado mi abuelo.

Dalassene la dejó creyéndola dispuesta a obedecerle, pero ella le siguió con los ojos hasta la puerta del castillo y se fue tras él, dispuesta a escuchar lo que iba a decirse.

Antes de entrar en la galería en que lo esperaban los viajeros, Dalassene se miró en un espejo y se vio pálido y tembloroso.

-Parezco un moribundo o un criminal -pensó. -Y, sin embargo, he afrontado situaciones más difíciles. ¿No seré ya dueño de mí?

Era preciso dominar aquella emoción demasiado visible, y lo logró. Su mirada se aclaró, su fisonomía se puso sonriente y cuando empujó la puerta de la galería, parecía un hombre sin temores ni remordimientos.

rryer sentado y con el sombrero a su lado en una mesa. Le conocía por haberle encontrado en los pasillos de la Convención. Era un hombre joven, listo y vigoroso, en posesión entonces de una gran notoriedad, a la que debía sobrepujar más adelante la de su hijo, uno de los más ilustres oradores de nuestros días. Al entrar Dalassene, Berryer se levantó para saludarle y el convencional vio entonces al anciano Mausabré, que estaba paseándose con las manos cruzadas en la espalda y que se detuvo bruscamente al ver a su nieto.

-¿A qué debo el honor de esta visita, abuelo? -le preguntó Roberto con expresión deferente y familiar al mismo tiempo. -¿Viene usted a devolverme su corazón? ¿Me trae usted su perdón?

Las dos últimas preguntas eran imprudentes, y Dalassene no lo comprendió hasta después de haberlas hecho. Mausabré hubiera respondido a la primera explicándose. Las otras dos encendieron la pólvora, le irritaron y su nieto le vio tan implacable como en Turín.

más atroz aún arrancando una mujer a su marido y no temiendo arrastrar a su hermana a esta vergüenza, porque están aquí, lo sé.

-Han venido de buen grado -respondió Dalassene, irritado por aquel comienzo de conversación que no esperaba.

-Están aquí libres y si permanecen es porque quieren.

-Eso quiere decir que las ha pervertido usted.

-No, es porque Lucía debe ser mi mujer en cuanto se haya pronunciado su divorcio.

-¡ Su divorcio! -exclamó Mausabré. ¡A eso ha conducido usted a esa desgraciada!

-Casada por fuerza con un hombre a quien no amaba, tiene derecho a romper sus hierros.

Y como Roberto sostenía la mirada de su abuelo sin bajar la suya, cayó sobre él una acusación todavía más injuriosa que la precedente.

-Lo que comprendo, caballero, es que es usted indigno para siempre de la estimación de las personas honradas y del cariño de sus parientes.

-¡Y ha venido usted para hablarme así! -exclamó Dalassene.

Berryer trató de cortar aquel debate patético.

-Ciudadano Ninart, me había prometido usted no dirigir reproches a su nieto.E R N E S T O D A U D E T sene; -le he oído otros muchos.

-Mausabré ya no se contenía y, amenazador, con el brazo levantado como para pegarle, hubiera dejado caer la mano en la mejilla de su nieto si Berryer no se hubiera precipitado para retenerle.

-¡Oh! mi anciano amigo, por favor, recuerde usted con qué objeto estamos aquí.

Aquella advertencia clavó en su sitio a Mausabré.

-Tiene usted razón, Berryer -balbució.

El anciano se pasó las temblorosas manos por la cara contraída por la cólera. Ahogábanle los sollozos que sacudían su pecho. Se dejó caer en el sillón y dijo con voz alterada dirigiéndose a Dalassene:

-Tiene razón; habiendo venido como solicitante, he hecho mal de ver siempre en usted el hijo de mi hija y de no olvidar los vínculos de sangre que le unen a mí. Pero lo olvido y le ruego que no vea en mí más que un desgraciado digno de piedad. Si no se ha extinguido en usted todo sentimiento humano, me ayudará a disputar al verdugo una cabeza querida.

-¡Una cabeza querida! -repitió Dalassene estupefacto y compadecido. -Explíquese usted, abuelo.

Mausabré quiso proseguir, pero lo faltaron las fuerzas.

-Háble me usted, Berryer. Yo no puedo.

Berryer tomó la palabra:

-¡El hermano de mi abuelo!

-Desde ayer, está preso por mandato de la Junta de Seguridad general. Me ha escogido por defensor y yo he aconsejado a su hermano el paso que hoy damos viniendo a verte.

-¿De qué se le acusa?

-Del registro verificado en su casa, resulta la prueba de que ha enviado fondos a Turín.

-¡La prueba! Luego es verdad... -dijo Dalassene.

-Yo fui quien los transportó -confesó Mausabré.

-Es inútil decirlo, abuelo. Esa confesión le haría a usted cómplice de su hermano y no le salvaría.

Y Dalassene dijo suspirando:

-Está perdido.

-A no ser que tú intervengas en su favor, ciudadano -respondió Berreyer.

Mausabré se irguió interpelando a su nieto.

-No irá usted a negarle su protección..

Dalassene hizo un gesto de piedad y, aunque avergonzado de la respuesta que estaba obligado a dar, la formuló de este modo:

-No puedo hacer nada por él... Nada, nada. Se me cree poderoso y debiera serlo después de tantos servicios prestados a la patria. He abrazado la causa de la libertad; me he sacrificado por ella; he fundado la República en Saboya y he formado parte de la Junta de Seguridad general. He aquí le ofende mi Popularidad y me guarda rencor por mi amistad con Danton; Saint-Just afecta escandalizarse por mi lujo y por un vida de placeres; Bourdon (del Oise) no me perdona el ser procedente de una casta privilegiada, aunque haya salido de ella ruidosamente; Billaud Varenne, que es un traidor y teme que yo le denuncie, trata de hacer pesar sobre mí la responsabilidad de sus infamias imputándome ser realista.. Estoy vigilado como un sospechoso y acechado por odios sin merced. Se afecta no tenerme en cuenta y la prisión de mi tío es un golpe dirigido a mí, esperando que querré defenderle y que, al hacerlo, me comprometeré.

Roberto dejó de hablar, agotado por estas quejas de punzante amargura.

-Ya lo está usted oyendo, Berryer -dijo Mausabré con sarcasmo.

-¡Oh! no me agobie usted, abuelo; no digo más que la verdad. Para salvar a su hermano, daría toda mi sangre si así pudiera impedir que corriese la suya. Pero sería inútil que la diera. Lo repito, no puedo hacer nada.

-¡Cómo, ciudadano! ¿Ni siquiera dos palabras para el miembro de la Junta que debe interrogar mañana al acusado?

-dijo, Berryer.

-¿Quién es?

-El ciudadano Jagot.

Acercóse rápidamente a la mesa y trazó unas líneas que leyó en seguida en alta voz: «Ciudadano colega, reclamo tu benevolencia para el ciudadano Berryer, abogado y buen patriota. Tiene que presentarte una demanda y deseo que tengas a bien acceder a ella.» Firmó esta esquela, la dobló, puso la dirección y se la dio al abogado.

Pero fue Mausabré quien se apoderó de ella, la desgarró y arrojó los pedazos al suelo.

-No quiero que Berryer sea víctima de su valor y que sea incriminado por llevar esta recomendación, que usted mismo declara inútil.

-La he escrito para probar mi buena voluntad -dijo Dalassene. -Pero he creído deber advertir que no sería eficaz y podía ser peligrosa.

La cara del anciano respiró de nuevo cólera y desprecio, y sus reproches volvieron a empezar.

-¿Y para llegar a esta declaración de impotencia ha acumulado usted faltas sobre faltas? ¿Ha sido para ver a sus cómplices convertirse en enemigos y aplastarle a usted por medio de las tradiciones que ha renegado, negándose a creer en la sinceridad de su apostasía? Le compadecería a usted si fuese su víctima, pero saludaría en esa suerte la manifestación de la justicia de Dios. ¡Le pido que sea clemente para usted!

en su favor la misericordia divina.

Dalassene estaba resuelto a no responder más pero viendo a Mausabré dirigirse a la puerta: tuvo un impulso hacia él.

No se vaya usted así, abuelo. Espere a estar más tranquilo y a haber descansado y tomado algún alimento.

Mausabré pareció no haberle oído y no se volvió más que para decir a su abogado:

-Venga usted, Berryer, tengo prisa por estar fuera de aquí.

Y ambos salieron sin que Dalassene tratase ya de detenerlos.

Aquella escena le había conmovido, y Roberto quería echar fuera sus impresiones irritantes y dolorosas, reponerse y apaciguarse, antes de ir a reunirse con Belliere. Necesitaba un

aislamiento de unos instantes, pero no tuvo tiempo de procurárselo, pues cuando se felicitaba por estar solo, un ruido de pasos le advirtió que se felicitaba en vano. Era Lucía, no menos agitada que él.

-He estado ahí y no he perdido nada de esta conversación. ¿Son verdad, Roberto, esos odios de que hablabas?

¿Por qué me los has ocultado?

Dalassene fingió una sorpresa y una afectuosa piedad.

-Tú las temes, sin embargo. No se lo has disimulado a tu abuelo.

-¡Bah! he exagerado mucho para desembarazarme de él.

Por muy tiernamente que esto fuese dicho y aunque Roberto daba a su mentira el acento de la verdad, Lucía, permaneció incrédula.

-No mientas, Roberto; no lograrás engañarme. Eres generoso, y si pudieras salvar al desgraciado en cuyo favor se te imploraba, lo harías. Si le rehusas tu apoyo es porque son reales esos peligros que ahora niegas después de haberte servido de pretexto. Existen, estoy segura, y recordando lo que Belliere, decía hace un momento de las calumnias dirigidas contra mí y que le has impedido revelar, tengo que creer que mi presencia a tu lado las agrava.

-Es una locura creer eso, Lucía mía -protestó Dalassene.

Vanas negaciones que no impidieron a Lucía insistir.

-¿Por qué me ocultas la verdad?

Y acercándose a Roberto, le dijo mirándole a los ojos:

-Escucha, amado mío, no puedo creer en tu amor y no arrepentirme de la falta que me ha hecho cometer, más que si me consideras desde ahora como tu esposa, como tu mujer de los buenos y de los malos días, la compañera para la cual no se tienen secretos... ¿ Comprendes?

-Pues bien, lo sabrás todo, puesto que quieres saberlo, puesto que invocas tu derecho de no ignorar nada de lo que me concierne. Es exacto que en este momento estoy obligado más que nunca a no hacer nada que pueda ser interpretado contra mí por los que me envidian. Soy objeto de sus calumnias, atizadas a placer por una criatura pérfida y cobarde.

-Una mujer -exclamó Lucía.

-Aquella Villars de la que te he hablado y de la que me avergüenzo de hablarte otra vez. La conocí después del rompimiento de nuestros esponsales, quise olvidarte y fui bastante loco para hacerle creer que la amaba. Después de unas relaciones demasiado largas, puesto que eran degradantes, aproveché la ocasión de librarme de ella...

-No ignoraba esa historia -objetó Lucía; -me la habías confesado.

-Pero lo que no te he dicho es que la miserable ha querido volver a apoderarse de mí. No pudiendo lograrlo y convencida de que si resisto es por tu instigación, se venga excitando a mis enemigos y dándoles armas para perdernos a ti y a mí.

-Eso es lo que me ocultabas. De modo que si te ocurriera una desgracia, sería por mi culpa.

Dalassene protestó.

-No puede ocurrirme desgracia alguna. Yo aplastaré a esa víbora.

deje.

¿Hablaba con sinceridad o sólo trataba de provocar ana protesta de su amante? Roberto no se lo preguntó y su actitud, su lenguaje, convencieron una vez más a la joven de que Dalassene preferiría morir defendiendo su amor antes que renunciar a él.

-¡Dejarme, cuando tocamos a la felicidad! No lo consentiré jamás, Lucía -declaró Roberto. -Serás mi mujer. Ahuyenta esos vanos temores; unidos como estamos, descubriremos todos los lazos y conjuraremos todos los peligros. Y si debiera sucumbir, no sería, al menos, sin haber agotado todas las delicias de la ardiente ternura que nos ha unido el uno al otro.

Lucía se estrechaba más y más contra él.

-¡Qué tuya me has hecho, Roberto! Lo más cuerdo sería separarnos; pero lo veo, lo siento, no tengo valor para quererlo.

-Aunque lo tuvieras, yo tendría el de retenerte -respondió Roberto.

Se separaron vivamente.

Se oían pasos en la pieza próxima. Lucía fue a abrir la puerta, y vio a su hermana que llegaba corriendo.

-¿Qué me quieres, querida? -preguntó sobreponiéndose a su turbación.

plazar a usted a su lado, ó, mejor dicho, a procurar que tengan paciencia esperando a usted y a su hermana.

Y salió tan tranquilo en apariencia que Clara no adivinó que su llegada había interrumpido una conversación candente que hubiera podido enseñarle lo que ella debía ignorar.

Así lo temió al pronto su hermana y su temor no se había aún disipado, pues percibía en aquella deliciosa cara, señales de una agitación que no se explicaba. Lucía, pues, quiso saber a qué atenerse.

-Me parece que estás muy agitada, Clara...

Y añadió fingiendo un tono de broma:

-¿Es tu encuentro con ese joven lo que te ha puesto en tal estado?

-¡Oh! Lucía, qué idea...

-No te alarmes, querida sensitiva. Si te ha dicho que te encuentra bonita, no serás muy culpable por haberle escuchado con complacencia. Todas somos así, y el primero que nos lo dice nos conmueve siempre un poco.

-El señor Jerold no me ha dicho semejante cosa; es demasiado respetuoso para eso. Pero yo he creído comprender que no le disgusto. Puede ser que me haya engañado.

-¿Querrías haberte engañado? -dijo Lucía divertida por aquellas confesiones.

-Me preguntas demasiado, -respondió Clara. -Nos conocemos aún tan poco el señor Jerold y yo... Pero si he de juzprecio. Además, tiene entusiasmos iguales a los míos; admira lo que yo, la naturaleza, las hermosas obras, el desinterés, el valor. Tiene talento y confianza en su porvenir de artista. Venera a su maestro Belliere, pero está desolado al verle figurar entre los terroristas, y, como nosotras, deplora también el ver entre ellos a Roberto. En fin, no hay una opinión suya en la que no encuentre un reflejo de las mías.

-Pero eso es un panegírico -dijo riendo Lucía. -No hablarías de otro modo si quisieras casarte con él.

-Peor podría escoger.

Lucía se volvió a poner seria.

-Guárdate de abandonarte a tal pensamiento, querida.

Nuestra familia es ilustre y el señor Jerold es de raza muy obscura. Los malos días pasarán, la nobleza recobrará sus privilegios y acaso entonces deplores tu elección...

-No se trata por hoy de elegir -interrumpió Clara, -y, por otra parte, no sé si el señor Jerold me querría. Pero si estuviéramos de acuerdo para unirnos, no sentiría jamás el haberme casado con él, así como tú no sentirías haberte divorciado para casarte con el señor de Dalassene.

-No es lo mismo; Roberto es noble.

-Bien lo ha olvidado -no pudo menos de replicar Clara, -y acaso vale más no serlo que olvidar que se es. Por lo demás -añadió tomando el brazo de su hermana para llevarla bajo aquella tranquilidad aparente! Las alusiones de Belliere a las calumnias de que ella era objeto por parte de los enemigos de Dalassene, las declaraciones de éste, la visita del abuelo, sus predicciones amenazadoras y, en fin, la certeza adquirida de que era objeto de un odio de mujer, eran otros tantos hechos demasiado significativos para que la joven pudiera dudar de la realidad de los peligros que hacía correr a su futuro esposo su presencia a su lado y a los que ella misma estaba expuesta.

Lucía hubiera desdeñado esos peligros si no hubieran amenazado más que a ella. Por desgracia, amenazaban a Roberto. La joven concebía una especie de espanto y se preguntaba si debía desaparecer de su vida. ¿Pero no sería ya tarde? ¿Su desaparición bastaría ya para desarmar las enemistades que temía menos por ella que por él. Y después, abandonarle al precio de una inmolación tan cruel, ¿no sería privarle de un apoyo benéfico y de una asistencia consoladora? Las circunstancias que atravesaría, ¿no le harían ese apoyo más necesario que nunca?

Estos pensamientos la preocuparon hasta el fin de aquel día. Venida la noche y sola con Roberto, se los dijo de nuevo. Lucía no le hubiera guardado rencor por dejarse convencer de la necesidad de una separación; hubiérase sacrificado sin quejarse si él hubiera parecido resignado a dejarla marcharse. Pero él estaba muy lejos de querer resignarse.

como estaba ya más sujeta al yugo de su amor, no encontraba en ella la fuerza necesaria para substraerse a él y huir.

bía prolongado hasta el fin de octubre o, para hablar según el calendario republicano, que, desde el 22 de septiembre, reemplazaba al calendario gregoriano, hasta el comienzo del mes de brumario del año dos de la República. En esta fecha, en que anochece temprano y en que la naturaleza empieza a vestirse, como dice el poeta, con su manto de viento, de frío y de lluvia, el campo parecía a la joven menos provisto de encantos que durante el verano.

Hubiera sido feliz, sin embargo, de poder seguir viviendo en él si Dalassene hubiera podido quedarse con ella más tiempo que el que pensaba. Pero los dramas que se desarrollaban en la Convención, las rivalidades que habían surgido entre la Junta de Seguridad general, de la que el formaba parte, y la Junta de Salvación pública, y, en fin, las ardientes luchas de las facciones que se disputaban el poder, exigían ahora su presencia continua en París.

El Terror desencadenado hacía la situación todavía más espantosa. La guillotina funcionaba con rabia y, después del André Chenier, habían perecido, como tantos otros más obscuros. El siniestro instrumento no descansaba, exigente, insaciable, esperando siempre nuevas víctimas. Robespierre y Saint-Just se las prometían incesantemente; los hebertistas, los dantonistas, todos los que en la Convención o fuera, hacían sombra a los triunviros, eran dedicados a la muerte y ocho mil sospechosos llenaban las cárceles de París.

El ejemplo de los hechos sangrientos llevados a cabo en la capital encontraba imitadores en gran número de ciudades, en Lyon, en Nantes, en Marsella, en Burdeos y en otras partes. Por doquiera, el moderantismo era ahogado en sangre; establecíase en todas partes el culto de la Razón y en todas también, excepto en la Bretaña y en la Vandéc, donde la rebelión hacía frente a los ejércitos de la República, las poblaciones, aterrorizadas, inclinaban la cabeza ante las leyes que la energía de unos cuantos arrancaba a la debilidad y al espanto de la Convención.

No estaba ya en la mano de Dalassene el alejarse del teatro en que se sucedían con vertiginosa rapidez esos acontecimientos trágicos. El cuidado de su seguridad personal le obligaba a

seguirlos de cerca, a no dejar ya los bancos de la Asamblea y, en fin, a estar siempre a punto de responder a los ataques de sus adversarios.

Su presencia no era menos necesaria en la Junta de Seguridad general, condenada más que nunca a defenderse de las tientes desertar, siendo, sobre todo, su vida misma lo que amenazaba el Terror, y tan directamente como si ellos hubieran sido los principales promovedores de todos aquellos hechos llevados a cabo en nombre de la libertad.

Dalassene iba, pues, cada vez menos a Chanteloup y sus apariciones eran allí tan breves como raras. Esto entristecía a Lucía. Saber que estaba expuesto en París a peligros que, aún siendo formidables, resultaban aún exagerados por su imaginación, sobre todo desde que sabía que Ninart de Mausabré había sido preso como cómplice de su hermano, la tenía en estado de constante alarma y siempre alterada.

-No vivo cuando estás lejos de mí -decía a su amante.

No le decía más que la verdad, y los días que transcurrían estando él ausente, eran días de llanto y de duelo. Esto sugirió a Lucía la idea de ir a vivir en París y la decidió a decírselo a Roberto un día en que fue a pasar unas horas en Chanteloup.

Dalassene trató al principio de hacerle desistir de ese proyecto. París era un infierno. La vida social estaba allí interrumpida. La calle pertenecía a una plebe brutal y fanática.

¿Para qué ir a arrojarse en ese foco de muerte? Por otra parte, el hotel Palarin, donde nació Lucía, había sido confiscado como propiedad de emigrado y la joven hubiera tenido que buscar otro domicilio. Era, pues, más prudente estarse en Chanteloup. Pero Roberto no logró convencerla. Cuanto citud amorosa llevada hasta el paroxismo.

En París, vivía Dalassene en un segundo piso de la calle del Mont-Blanc. Encima de su cuarto había uno desalquilado, y lo alquiló para las ciudadanas Palarin, le amuebló en pocos días y, en la primera década de brumario, Lucía se instaló allí con Clara y la Gerard.

Apenas llegada, ocupóse Lucía en hacer pronunciar su divorcio, no porque estuviese resuelta a casarse con Dalassene en cuanto hubiera sido resuelto, pues por mucho que fuese su deseo de ser su mujer y salir así de la situación irregular a que su amor la había sometido, temía atraerle nuevos peligros poniéndolo más en evidencia. Temía sobre todo, excitar la cólera de aquella Villars cuyo resentimiento le había revelado Roberto y en la que ella veía una enemiga implacable.

Quería esperar para casarse a que los acontecimientos hubieran desarmado a aquella despreciable y perversa criatura, o que el crédito comprometido de Dalassene se hubiera afirmado bastante para vencer todos los odios desencadenados contra él.

En cambio estaba impaciente por romper el vínculo que la unía al conde de Entremont y recobrar su libertad. Ese sería un paso decisivo en la vía que estaba recorriendo desde su fuga de Turín. El matrimonio vendría después, y aunque Dalassene tuviera prisa por contraerle, había logrado convencerle de la necesidad de aplazar su celebración hasta un molos esperar la hora en que podrían hacerla definitiva?

Dalassene estaba en aquel momento más engolfado que nunca en la tormenta que pasaba por Francia, tormenta fecunda en múltiples exigencias que resultaban del estado interior del país y de la obligación de defender sus fronteras contra los ejércitos extranjeros. Su vida pública absorbía casi todos sus instantes y no le dejaba la facultad de consagrarse enteramente a Lucía. Roberto aceptó, pues, su opinión y ambos convinieron en esperar mejores días para casarse, o, al menos, que se produjese una clara en el cielo tempestuoso bajo el que vivían. Pero esta resolución no retardó el divorcio que deseaba Lucía.

Obteníase entonces sin dificultades, sobre todo cuando el esposo contra el cual se pedía estaba inscripto en la lista de emigrados. Bastaba que el esposo reclamante se presentase a la municipalidad de París con un acta de notoriedad haciendo constar la ausencia de su conjunto,

para que se accediese a su demanda. En estas condiciones fue anulado el matrimonio del ex conde de Entremont con la ex Condesa. Lucía estaba en adelante libre según la ley.

Lo estaba sin que lo supiera su marido. Desde que se volvió a Saboya, no le había escrito ni le había dado noticias suyas. Las cartas que él debió de dirigirle a Turín, se habían quedado sin duda en la casa Gavotti, y la joven no hubiera podido reclamarlas y hacérselas enviar a Francia sin incurrir yugal estaba roto, se veía obligada a renunciar a hacérselo saber. Lucía se resignó, cesó de pensar en él y sólo se ocupó en acomodarse a su nueva vida.

Aunque el Terror reinaba en París en el momento en que acababa el año 1793 y se abría aquel terrible invierno del año II, al que iban a suceder una primavera y un verano no menos siniestros, para ir a parar en la jornada libertadora del 27 de julio, conocida en la historia con el nombre de Nuevo Termidor, la capital conservaba por ciertas partes su aspecto de animación de otro tiempo. El lujo, ciertamente, parecía desterrado de ella; las tiendas de brillantes escaparates habían desaparecido; por calles y plazas no circulaban ya suntuosos carruajes, y las personas, inspirándose en su atavío en lo que se llamaba la austeridad republicana, habían renunciado a los trajes brillantes que en otro tiempo atestiguaban la elegancia y el buen gusto de los parisienses.

Pero habíalos aún que, a pesar del rigor de los tiempos, llevaban una vida de placeres: representantes del pueblo que trataban de distraerse o de enriquecerse, especuladores que los frecuentaban a fin de asegurarse el apoyo de influencias siempre en venta, mujeres de costumbres fáciles más o menos relacionadas con personajes notorios, compañeras de sus disipaciones y cuyos trajes chillones se destacaban sobre el aspecto más modesto de las burguesas y sobre los harapos del populacho.

La puerta Maillot, donde, se pedía comer y cenar, era también un punto de cita para ellos. Se los encontraba también por las noches en los teatros, donde se representaban piezas de circunstancias, y si se consideraba París a través de la agitación con frecuencia turbulenta de aquella gente dudosa, no se hubiera podido creer que la gran ciudad sufría el yugo del Terror más atroz que jamás ha reinado en un país.

Aquel espectáculo atraía a Lucia y, sin embargo, no se atrevía a tomar parte en él. Solamente Dalassene hubiera podido llevarla, nombrarle los actores y servirle, en una palabra, de protector y de guía. Pero la joven temía comprometerle presentándose con él, y como, por otra parte, se hubiera ruborizado de llevar a su hermana a semejantes saturnales, vivía en su casa de la calle del Mont- lanc casi tan retirada como cuando habitaba en Turín. Algunas raras salidas, por la noche, con Dalassene, cuando éste podía disponer de un momento, y algún paseo de día con su hermana y Esteban Jerold por sitios poco frecuentados, constituían su única distracción.

El joven discípulo de Belliere se había hecho visitante asiduo de la casa, en la que gustaba a todo el mundo, hasta a la Gerard, cuya solicitud siempre despierta se había propuesto por fin guardar a sus amas sin pedirles, en cambio, más que un poco de cariño. Interiormente, se desolaba por lo que veía de culpable en la conducta de Lucía. Pero, impoMientras tanto, secundaba a Lucía en sus esfuerzos para impedir que Clara descubriese la verdad.

En aquel momento, Clara, dedicada por entero a los tiernos sentimientos que le inspilaba Esteban Jerold, se abandonaba a las radiantes esperanzas que despierta el amor en un joven corazón. Clara estaba resuelta a casarse con aquel joven si él pedía su mano. Esteban no se había declarado todavía, pero ella sabía que la amaba y como le veía todos los días, pues había imaginado, para acercarle a ella que le diese lecciones de dibujo, esperaba sin impaciencia que se declarase.

Su respuesta estaba preparada y se la había dejado adivinar su hermana, que había renunciado a hacerle presente lo anormal que era que una muchacha noble se casase con un plebeyo. ¿Qué valor hubieran tenido esas razones a los ojos de Clara, cuando en la sociedad francesa estaba todo tan cambiado? En una Francia convertida en presa de las turbas fanáticas por las ideas nuevas, cuando la nobleza había emigrado y las mujeres de más alto nacimiento estaban

obligadas a trabajar para comer en el destierro; cuando la Revolución había abolido el pasado y una condesa de Entremont no había vacilado en recurrir a las leyes nuevas para conquistar su libertad, ¿qué importancia podían tener los usos, las costumbres y los prejuicios que Lucía invocase para combatir la resolución de su hermana?E R N E S T O D A U D E T la ruta trágica por la que seguía a Dalassene, decidida a afrontar con él los peligros y temblando sin cesar ante el pensamiento de que si ella perecía se quedaría Clara en el mundo sin afección y sin recursos, Esteban le parecía destinado a ser para la joven el protector más fiel y más seguro. Así llegó a convencerse de que el casamiento deseado por su hermana sería el mejor medio para preservar a ésta en el porvenir de los terribles acontecimientos que los tiempos en que vivían permitían suponer.

Este era también el parecer de Dalassene y la Gerard no le contradecía. Todo en la casa contribuía a la dicha de Clara y a hacer agradable y halagüeña la acogida que recibía Esteban Jerold.

Pasaban los días sin que ocurriesen incidentes en la vida de las Palarin. Solamente los acontecimientos que se desarrollaban fuera turbaban el curso monótono y apacible de su existencia. Es verdad que esos acontecimientos eran terribles y podían justificar las mortales alarmas que producían en el alma de Lucía los peligros que corría Dalassene. Las juntas rivales venían a las manos, los dantonistas de una parte, Robespierre y sus partidarios de la otra, y, entre esos dos partidos, combatiéndolos a ambos, la facción hebertista. La Convención presentaba el aspecto de una jaula de fieras tratando de devorarse unas a otras.

En este conflicto, Dalassene, sin declararse violentamente en favor de Danton, había parecido dispuesto a colocarse a su lado, y esto fue bastante para hacerle objeto del poderosa que la Junta de Seguridad general.

Al crear esas dos juntas, la Convención había querido confiar a la primera la dirección de los asuntos diplomáticos y militares, la vigilancia y el nombramiento de los generales en jefe, la conducción de los ejércitos y la designación de los representantes que a ellos se enviaban; a la segunda la policía interior de la República, las medidas contra los sospechosos y la dirección de la opinión. La Junta de Salvación pública trataba de despojar a su rival de estas atribuciones, a instigación de los triunviros que proseguían su plan de dominación. Esta crisis, al prolongarse, debía hacer perecer sucesivamente a la mayor parte de los personajes que en ella tomaban parte y poner fin al Terror enviando a la guillotina a los hombres que habían sido sus más ardientes propulsores.

Dalassene, ardientemente interrogado por Lucía, durante los momentos que podía pasar a su lado, le hablaba de las circunstancias y de los héroes de estos combates trágicos, que no habían sido al principio más que combates de palabras y que tendían más y más a transformarse en una guerra a puñaladas en la que los adversarios no retrocederían ante la emboscada y la violencia brutal. La joven deploraba verle en aquella pelea sangrienta y hasta concibió la esperanza de arrancarle de ella. Una noche le suplicó que partiesen juntos a ocultarse en cualquier parte hasta el día en que pudieran reajoven no se atrevió a repetir su tentativa; y resuelta a compartir la suerte con Roberto, cualquiera que fuese, se abandonó al torrente que los arrastraba a los dos.

estudio en los sobrados del Louvre, y debía este favor, que le había concedido la Convención, menos a su talento que a su renombre y a la violencia de sus opiniones. Aquellos de quienes se había hecho sicario y cómplice no podían rehusarle nada.

Belliere, pues, se había instalado lo mejor que había podido, en aquella vasta sala iluminada por grandes ventanas abiertas en el techo. A la izquierda de la entrada abríase una puerta que daba entrada al gabinete en que se desnudaban y se vestían los modelos. Colgaban de las paredes restos de tapices, croquis, bocetos, escudos romanos, espadas y cascos.

En caballetes repartidos por todos lados, exhibíanse copias y bocetos de algunos de los cuadros que habían hecho la reputación del pintor, y en fin, diversos retratos en ejecución, que él guardaba aun, bien que acabados, para hacer algún retoque. Trajes antiguos, túnicas y peplumas

destinadas a los modelos, coturnos y cintas que debían adornar sus cabelleras, rodaban por todas partes en pintoresco desorden y daban al sus cuadros más famosos, Telémaco en casa de Calipso, y aunque esta obra no debía ver la luz hasta unos años después, ya el pintor se ocupaba de ella. Después de haber destruido dos o tres bocetos de los que no estaba satisfecho, había emprendido uno nuevo, para el cual, como hemos visto, había rogado a Lucía que le sirviese de modelo. Hemos visto también que la joven se había comprometido a complacerle, y en este momento estaba cumpliendo su promesa. Vestida con una túnica griega y medio inclinada a unos pasos del artista, en la actitud que éste ha dado en su cuadro a la ninfa que quiere impedir a su joven amante escuchar los consejos del prudente Mentor, Lucía parecía fijada en aquella incómoda postura. El óvalo armonioso de su cara, bajo la pesada masa de sus cabellos, había revestido una expresión suplicante que el pintor se aplicaba a copiar. Belliere trabajaba en silencio y, a ejemplo suyo, la modelo también estaba callada.

En el otro extremo del estudio estaba Clara dibujando al lápiz un busto romano, bajo la dirección de Esteban Jerold, que hablaba con ella en voz baja yendo y viniendo a su alrededor.

-Hemos acabado -dijo de repente Belliere alejándose del cuadro para apreciar mejor su conjunto. - ispense usted, bella ciudadana, que la haya condenado tanto tiempo a ese suplicio. Pero, como he dicho, me han avisado que unos sobre los hombros para arreglárselo encima de la cabeza:

-No se excuse usted, -ciudadano; ¡cuánto hubieran hecho otros para tener el honor de figurar en su lienzo!

Púsose a su lado para mirar también, y murmuró con acento convencido:

-Una obra maestra.

El pintor sonrió visiblemente halagado por el elogio y no menos visiblemente convencido de que le merecía.

-Creo que va a salir bien -dijo, -pero es a usted, ciudadana, a quien se lo deberé.

-Se lo deberá usted a su genio -respondió Lucía, -que transfigura todo lo que toca.

Y al mismo tiempo, llamó a su hermana y a Esteban.

-Clara, Esteban, vengan ustedes a ver qué hermoso es este cuadro.

Turbados en su conversación, los dos jóvenes acudieron y se quedaron extasiados.

-Por mucho que yo trabaje y me aplique suspiró Clara, -no llegaré nunca a ese grado de perfección.

-No se le pide a usted tanto -dijo Esteban sonriendo.

Belliere intervino en tono familiar, amable, casi paternal.

-¿Hace progresos tu discípula? -preguntó a Esteban.

-Los hace sorprendentes.

Clara, protestó.

-No lo crea usted, ciudadano; lo dice para adularme.

Más adelante juzgarán ustedes. Vamos a trabajar, ciudadana Clara.

La Joven le siguió alegre y animada.

-Es deliciosa su hermana de usted -dijo entonces Belliere volviéndose hacia su cuadro y poniéndose a obscurecer o a avivar los colores de una pincelada -¿ Quiere usted concederme aún unos momentos, querida ciudadana? -añadió el pintor.

-Con mucho gusto.

-Es solamente para el cabello.

Belliere puso en él la mano, lo arregló a su gusto y empezó a pintar.

-Me habla usted de mi hermana -dijo Lucía. -¿ Verdad que es una niña encantadora?

-Cuanto más se le ve, más se la quiere. No soy yo solo quien lo dice.

-¿Quién lo dice además?

-Todos los que la conocen. Esteban, por ejemplo.

La mirada de Lucía se iluminó con una sonrisa benévola.

-¡Oh! Esteban está enamorado. Lo ha echado usted de ver?

-¿Podía no verlo cuando desde hace cuatro meses, desde que le conocemos, no se han desmentido sus atenciones y su solicitud? ¿No le debemos el no haber sufrido demasiado en la soledad en que Dalassene se ve con frecuencia obligado a ñarnos; nos quedamos en casa, y nos trae noticias, de modo que sabemos por él muchas cosas que no me dice Roberto por no asustarme. Por el ciudadano Jerold supe, cuando la última ausencia de Dalassene, lo que se tramaba contra él en la Junta de Salvación pública, y pude advertirle apresurar su regreso y ponerle en condiciones de burlar las intrigas de sus enemigos. Si apareció de improviso en la tribuna y pudo oponer a sus denuncias protestas indignadas, que fueron victoriosas, a Esteban se lo debemos, y a usted, ciudadano -añadió Lucía, -puesto que por usted fue informado Esteban.

-Es verdad -respondió Belliere. -Las circunstancias me han hecho tener entre mis amistades a la mayor parte de los enemigos de Dalassene. No hubiera podido, sin comprometerme, descubrir directamente sus proyectos, que yo conocía gracias a la confianza que me conceden; pero sabía que advertir a Jerold era como advertirlo a él mismo.

-No se engañaba usted; Esteban cumplió su cometido con tanta habilidad como abnegación. No podía yo creer que fuese por amor a mí, puesto que me voy a casar con Roberto; era, pues, lógico deducir de su conducta que estaba inspirada por su amor a Clara.

-Es la verdad; me ha hecho confidencias, está ardientemente enamorado y no aspira más que a obtener el consentimiento de usted. Cree estar seguro del de Clara. ¿ No le ha dicho a usted ella nada?

-Haré lo que ella quiera -confesó Lucía. Con su nombre y su fortuna, encontraría fácilmente un marido entre la nobleza emigrada. Pero no quiere dejar la Francia, por estar yo en ella, y, además, la conozco, no se casará sino según su corazón, cualquiera que sea el nacimiento del hombre que haya escogido. Si ama a Esteban jamás tendrá otro esposo, y tengo yo demasiada prisa, por saber que tiene un protector para oponerme a su matrimonio. ¿Qué sería de ella si yo le faltase?

Belliere, fijó los ojos en la joven y ésta pudo leer en ellos la sorpresa.

-¿Por qué ha de faltarle usted? -preguntó.

-He dicho a Roberto que quiero mi parte en los peligros a que está expuesto -respondió resueltamente Lucía.

-Los vencerá, esté usted segura.

-Lo dice usted sin convicción, ciudadano; sabe usted muy bien lo que cuesta el incurrir en el odio de Robespierre, para negar la existencia de esos peligros. En cuanto a mí, me sentiré más fuerte para ayudar a Roberto a conjurarlos cuando, habiendo, entregado a Clara a un hombre honrado, deje de alarmarme su porvenir.

-Entonces -prosiguió Belliere dejando los pinceles y la paleta, -voy a decir a usted la verdad. Esteban me ha rogado que solicite su consentimiento de usted para su matrimonio con esta amada Clara. Diga usted una palabra, haga una seña, y le pedirá su mano.

estos muchachos?

-No hay ninguna razón para retardarla -declaró Belliere.

Sin añadir nada, el pintor se fue al fondo del estudio donde, a la luz que caía del techo, seguía Clara trabajando al lado de Esteban. Lucía siguió a Belliere y ambos llegaron así detrás del grupo formado por la joven y su amigo. Pero los enamorados, absortos acaso menos por la tarea a que se entregaban que por la conversación que parecía interesarlos más aun, no adivinaron que no estaban ya solos.

Lucía y Belliere se quedaron un momento contemplándolos, como si no hubiesen querido turbar una conferencia, cuyo asunto era fácil de adivinar. ¿ De qué pueden hablar dos seres jóvenes y bellos, cuando se aman, sino de su amor y de los proyectos de un porvenir embellecido por su unión?

De su amor hablaban Clara y Esteban, y así fue visible cuando habiéndose vuelto al llamarlos Lucía, mostraron una cara en la que se revelaba el ardor de las frases que estaban cambiando cuando los sorprendieron.

-¿Es verdad que quieres casarte, querida, Clara? -dijo Lucía con bondad a su hermana. -¿Es cierto que has elegido un esposo y que le has autorizado a pedirme tu mano?

-¿Eso te sorprende? -respondió Clara, que no interpretaba mal este lenguaje y adivinaba una indulgencia fraternal y un consentimiento bajo la gravedad intencionada de Lucía.

nombre del ciudadano Jerold.

-Te he hecho todas las confidencias que podía hacerte exclamó Clara, -No te he dejado ignorar las disposiciones de mi razón. Todo lo que me correspondía decirte, te lo he dicho. Por lo demás, tocaba hablar a Esteban.

-Lo reconozco y no me enfado, aunque me cause algún asombro lo imprevisto de la petición. Solamente, antes de responder, tenía necesidad de cerciorarme de que tú la habías autorizado.

Esteban se levantó, a ejemplo de Clara, y mientras la joven, por toda respuesta, se estrechaba contra su hermana, Jerold declaró que no se hubiera permitido solicitar su mano sin obtener previamente su permiso.

-Puesto que estáis de acuerdo, no tengo más que consentir -dijo Lucía. -Es un tesoro muy precioso el que le confío a usted, Esteban.

-Conozco su precio, ciudadana, y tengo el orgullo de creer que su hermana de usted no deplorará nunca el haber tenido confianza en mí.

-Tómela usted, pues, y sean ustedes felices, queridos niños.

Con un ademán afectuoso, Lucía empujó a Clara a los brazos de Esteban y los prometidos se besaron ante su vista, uniendo así sus destinos.

impresionaba. tan vivamente la linda novela de amor que iba a coronar el matrimonio, rugía tan a menudo con los tigres y aplaudía su crueldad.

-¿Cuándo es la boda? -dijo de repente.

-Tengo que consultar ante todo a Roberto -respondió Lucía.

-Puesto que también vais a casaros, sería encantador que nos casásemos en el mismo día, -insinuó Clara.

-Sería encantador, en efecto. Ya hablaremos de ello.

Lucía se interrumpió al ver que entraba precipitadamente un hombre, pálido, las facciones alteradas y la alarma pintada en la cara. Todos lo conocieron; era Formanoir, el secretario de Dalassene. Formanoir venía a buscarle, a casa del Belliere, con la esperanza de encontrarle allí, no habiéndole hallado en la Convención. Sus frases breves y nerviosas denotaban una emoción que él se esforzaba en vano por ocultar.

-Me ha prometido venir a buscarme aquí dijo Lucía, -y seguramente vendrá. Espérele usted.

Formanoir hizo un gesto de desesperación, y después, respondiendo a las preguntas apremiantes que su actitud provocaba, el joven se explicó. Desde por la mañana andaban rondando la casa de Dalassene, en la que él también habitaba, unos agentes de la Junta de Salvación pública. Había sabido por el portero que era a él a quien buscaban y que eran portadores de una orden de prisión. Advertido a tiemcon desconfianza.

-¿No tienes nada de que acusarte? -le preguntó duramente el pintor. -¿Está tranquila tu conciencia? ¿No has infringido las leyes de la República?

-No he cesado jamás de respetarlas ni de observarlas -respondió Formanoir. -Soy buen patriota, y lo que lo prueba es que estoy en posesión de la confianza del ciudadano Dalassene.

-Tranquilízate entonces. No tienes nada que temer. La justicia revolucionaria es una para todos y no es implacable más que para los conspiradores, los traidores y los cómplices del extranjero.

Esto fue dicho pomposamente, con una voz y unos ademanes que denotaban el tribuno.

Pero ese lenguaje no tranquilizó a Formanoir y Lucía, a su vez, hizo notar que aquello debía de ser un golpe preparado contra Dalassene, por los enemigos que tenía en la Junta de Salvación pública.

En este momento llamaron a la puerta y Belliere corrió hacia ella, pero antes de que llegase, la puerta se abrió y dio paso a dos hombres.

-Los agentes de la Junta -suspiró Formanoir al oído de Lucía echándose hacia atrás para esconderse.

-¿Qué me queréis?-les preguntó Belliere.

sufren tardanza. Belliere cambió de color. Su actitud, altanera hacía un instante, hízose obsequiosa. Una sonrisa forzada atestiguó el miedo que le causaba aquella visita inesperada, así como la cobardía que de repente iba a ponerle complaciente y servil ante los agentes del poder terrible que ejercía entonces en toda la Francia la Junta de Salvación pública.

-No os será difícil, ciudadanos -respondió, -ejecutar aquí las órdenes de que estáis encargados. Decidme en qué consisten.

-En apoderarnos de la persona del ciudadano Formanoir y conducirle a la sección de la calle de Lepelletier para ser interrogado. Se le ha visto entrar aquí.

Sin dar tiempo a Belliere para designarle, Formanoir se adelantó:

-¿De qué se me acusa?

El agente respondió: -La orden dice: acusado de emigración.

-Pero eso es una locura -exclamó el inculpado.

-¡Emigrado yo! Hace dos años, era comisario de los víveres en el ejército del Rhin donde soy conocido por mi civismo y donde tuve la suerte de ganar la confianza del ciudadano Dalassene. Cuando después me encontró en Saboya estando cumpliendo allí una misión, me hizo su secretario, y no le he dejado desde entonces. ¿Cómo, pues, hubiera podido emide su veracidad.

-El error es manifiesto -dijo, -pero tienes que ir a la sección puesto que eres llamado. Hasta debes tener prisa por justificarte. Ve sin temor; tus servicios declararán por ti.

Formanoir no parecía tan convencido como Belliere, pero tenía que poner contra mala fortuna, buena cara, y disimulando su ansiedad bajo un gesto de bravata, se puso a las órdenes de los agentes y salió con ellos.

Aquella escena había impresionado vivamente a Lucía.

Estaba impaciente por advertir a Dalassene de la prisión de su secretario, y puesto que no venía, iba a esforzarse por encontrarle. Pero tenía, ante todo, que quitarse el traje que se había puesto para servir de modelo a Belliere. Para hacerlo así pasó al gabinete reservado a los modelos y su hermana la siguió.

Esteban Jerold se quedó solo con su maestro y ebrio de alegría pensando en su próximo casamiento, olvidó el incidente de que acababa de ser testigo. Pero no sucedió lo mismo a Belliere, y el joven lo vio bien, cuando abandonándose delante de él a las esperanzas que le sugería su felicidad, le oyó poner en duda su realización, tratar de apartarle de los proyectos que hasta entonces había animado, y aconsejarle ser prudente y reflexionar bien antes de decidir, como si esos proyectos no acabasen de hacerse definitivos por el consentimiento de Clara.

ciones y de sus palabras en su vida de hombre público.

-Si te casas con esa muchacha -dijo, -te convertirás en pariente de Dalassene, puesto que él va a casarse con la ex condesa de Entremont. ¿Es este el momento de emparentar con él, cuando está tan comprometido y tan amenazado y cuando las persecuciones de que es objeto su secretario, prueban hasta la evidencia que los dueños de la República han resuelto su pérdida? Si debe perecer, es de temer que perezcan con él todos los que le son adictos. Ten cuidado, Esteban, no te dejes cegar por tu corazón hasta no ver los peligros a que te expones.

El joven no volvía de su asombro, y si lograba contener su indignación era recordando los beneficios que debía a Belliere. Pero no vaciló en decirle que ningún acontecimiento le haría cambiar sus resoluciones. Su amor por Clara no podía menos de aumentar en fuerza ante los peligros que amenazaban a los seres que ella amaba, como ante los que pudiera correr ella misma.

-No la abandonaré suceda lo que quiera -afirmó.-Será mi mujer; está jurado. No desespero, por otra parte, de ver al ciudadano Dalassene triunfar de sus enemigos. Tiene en su favor su elocuencia y su valor y no le faltan amigos en la Convención.

-Pero usted mismo, ciudadano, ¿no lo defendería si estuviese en peligro?.

El pintor se quedó callado, y Esteban, que no se equivocaba sobre lo que quería decir aquel silencio, bajó la cabeza, no atreviéndose a hacer ver al ilustre artista, cuyo talento admiraba y al que se honraba teniéndolo por maestro, que estaba avergonzado por él al verle dominado hasta ese punto por el temor de seguir a Dalassene a la guillotina si se mostraba abiertamente su amigo.

día le proporcionaba numerosos amigos, reclutados en el mundo dudoso que la Revolución había hecho surgir de entre las piedras de la calle y en el que las nuevas costumbres se manifestaban por el olvido de toda disciplina moral, por la grosería de los apetitos y por la rudeza de las frases, que no recordaban en nada las de la antigua sociedad francesa.

Eran, para decir verdad, un hatajo de tunantes, pescadores en agua revuelta, ávidos de goces y dispuestos a enriquecerse a toda costa. Vivían en los pasillos de la Convención y, gracias a la complicidad de diputados necesitados cuya influencia compraban, se enriquecían a costa de la República.

Los directores de la caudrilla, especuladores manifiestos, tenían casi todos un pasado vergonzoso; así Pereyra, vendedor de cigarros de la Habana, comercio lucrativo gracias a reprobadas combinaciones financieras; el austriaco Proly, que era en realidad un espía; el abate d' Espagnac proveedor de los ejércitos, que prestaba con gran interés dinero al Estado cuando las cajas públicas estaban vacías; los de Frey, cuñados calamitosos.

Unas cuantas mujeres más o menos comprables, lindas y fáciles, eran las diosas de aquel antro de perdición, y entre las mas reputadas, brillaba en primer término la que se designaba con el nombre de Susana Villars, puesta en evidencia por sus relaciones con Dalassene y que no le perdonaba el haberla abandonado por el amor de Lucía.

Estos diversos personajes se encontraban con frecuencia en casa de Belliere, del que eran familiares. Aquel día los había invitado a ir a su estudio para hacer honor a Robespierre y a Saint- ust y otros miembros de la Convención que debían ir a ver su nuevo cuadro.

A eso de las tres, y antes de que Lucía hubiese salido del gabinete en que estaba cambiando su traje de ninfa por el de calle, empezaron a llegar los invitados. Todos, al llegar, iban a admirar la obra del maestro, y éste, complacientemente, les explicaba la escena y los actores, recordándoles el antiguo episodio en que se había inspirado. Se le escuchaba con recogimiento, se le colmaba de elogios y los grupos formados delante de su cuadro se dispersaban para ceder el puesto a los recién llegados y se diseminaban por el vasto estudio para emprender conversaciones en voz baja.

Algunos miembros de la Convención, que habían llegado temprano, eran objeto de bajas adulaciones, que ellos reras se transformaban y las actitudes se hacían humildes; era que se trataba de un hombre de dinero, acaso de un espía, y tenían que solicitar de él algún servicio.

Entonces se celebraban conferencias en los rincones de modo que nadie las oyese. Billaud-Varenne estaba hablando misteriosamente con un agente extranjero y entregándole sin duda alguna decisión secreta de la Junta de Salvación pública, de la que formaba parte, y que el personaje tenía interés en conocer. Probablemente también, en cambio de esta prueba de confianza, el agente prometía un buen regalo contante y sonante. Es posible suponerlo, puesto que, en esta época, se sospechaba que Billaud-Varenne hacía traición.

Algo análogo debía de pasar entre un joven de aspecto presuntuoso que se veía un poco más allá, y el abate d' Espagnac, cincuentón de cara rechoncha y llena. El joven era el convencional Fabre, d'Eglantine, que iba a ser muy pronto convencido de haber cobrado por votar la ley que suprimía la Compañía de Indias.

Pero el objeto de estas conversaciones criminales se disimulaba bajo el alegre tumulto y la turbulenta agitación que imprimían a la recepción las mujeres presentes. Su charla versaba sobre asuntos sin gravedad, chismes, intriguillas, revelación espontánea de alguna aventura todavía ignorada, y cuyo héroe era alguno de los hombres del día.

vestidos de una ex marquesa que acababa de ser enviada a la guillotina y cuyos bienes habían sido confiscados en provecho de la Nación.

Otra expresaba con señales de susto y monadas burlonas la emoción que había sentido el día antes, en el tribunal revolucionario, oyendo condenar a una joven y a un viejo, padre e hija.

-He ido a verles meter la cabeza en el agujero, y me he alterado mucho, querida.

Unas cuantas exclamaciones, risas y gritos de horror la respondieron.

De repente, la atención del grupo en medio del cual estaba perorando se apartó de ella para fijarse en una joven que entraba y a cuyo encuentro salía Belliere saludándola con la mano.

-La Villars -se murmuró en todos los grupos.

-Viene a ver si está aquí Dalassene -dijo alguien irónicamente.

-Es dudoso -respondió otra voz. -Ha vociferado mucho contra él para desear encontrárselo.

Desdeñando la curiosidad que despertaba su presencia, la antigua amante de Dalassene se puso al lado de Belliere.

-Venus volando en los brazos de Marte no era más bella, dijo el pintor.

-Es una obra digna de tus manos y que te valdrá nueva gloria, querido Belliere -dijo por fin.

-Todo el mundo me lo afirma -respondió el pintor, -pero yo tengo en cuenta la benevolencia de todos.

-Los que te felicitan son sinceros, créelo, y en lo que me concierne, no puedes dudar de mi sinceridad.

Al formular este elogio, la Villars se inclinó para ver más de cerca el cuadro, y designando con el dedo a Calipso añadió:

-Aquí tienes una cara adorable. ¿La ha creado tu imaginación? -Es la de un modelo que he tenido la fortuna de encontrar.

Y dijo más bajo:

-Tu rival. Más vale que lo sepas por mí que por otros, y por eso te lo digo.

Por la mirada de la Villars atravesó un relámpago de cólera y odio, pero dominándose murmuró:

-A pesar de su belleza, no merecía que Dalassene la prefiriese a mí.

-Tienes que conformarte, hermosa. Dalassene la adora, es amado tanto como él ama y lo mejor que puedes hacer es olvidar y perdonar.

-No perdonaré jamás -afirmó.

La Villars se irguió.

Y al ver que él sonreía incrédulo, la joven añadió:

en que Dalassene la había dejado.

Pero Belliere ya no la escuchaba. Al volverse, acababa de ver en el umbral de la puerta a Robospierre y a Saint-Just, y se precipitó a su encuentro con demostraciones y gestos que revelaban a la vez el temor de desagradarles por demasiada familiaridad, el deseo de parecer su igual y la satisfacción que le causaba su visita.

Robespierre iba vestido con la afectada elegancia que la distinguía de la mayor parte de sus colegas de la Convención; cabello empolvado y reunido en la nuca en una coleta encerrada en una cinta negra; casaca verde manzana adornada de botones de metal y abierta sobre un chaleco de seda verde y rayas de color de rosa; calzón del mismo color de la casaca, ajustado sobre la rodilla, y medias grises que dibujaban unas pantorrillas delgadas pero bien hechas.

Una casaca de paño azul obscuro, de faldones cortos y casi sin cuello, de las llamadas carmañolas en aquel tiempo, daba a la fisonomía de Saint-Just un aspecto más severo que el de su colega, pero esta diferencia de traje dejaba de percibirse cuando se les miraba a la cara. La expresión de ambos era igualmente de desafío y de desconfianza; veíase en ella una amenaza permanente, como si el uno y el otro hubieran estado animados en el mismo grado del deseo de que todo temblase a su alrededor.

a Belliere, algunas personas se atrevieron a acercarse, los saludaron con obsequiosidad y los más atrevidos se aventuraron a dirigirles la palabra.

Los dos acogieron estas insinuaciones con sonrisa glacial y, exceptuado Billaud-Varenne, con el que afectaron la misma amabilidad que con Belliere, los miembros de la Convención que allí se encontraban no fueron mejor tratados que si no hubieran sido también ellos representantes del pueblo.

Sin embargo, después de haber rendido estos homenajes al terrible poder que se encarnaba en sus personas, todos se retiraron, formáronse de nuevo los grupos y se oyó de nuevo en el estudio el murmullo de las voces más o menos contenidas.

Belliere, al que se había acercado Esteban Jerold, se encontró de nuevo a solas con sus dos terribles visitantes, y estaba hablando con ellos de cosas insignificantes cuando sorprendió la mirada de Esteban fija en él, leyó en ella una súplica y la comprendió. Esteban le suplicaba que abogase con Robespierre y Saint-Just por el desgraciado Formanoir detenido allí pocos momentos antes y cuya captura no podía ser más que un error, a no ser, y había que asegurarse, un golpe vengativo dirigido contra Dalassene.

No era Belliere hombre de audaces empresas cuándo podían hacerlo correr un peligro. Pero en aquellas circunstancias, el cariño que le inspiraba su discípulo y acaso tamEl pintor contó el

incidente que acababa de ocurrir y del que era víctima Formanoir; se extrañó de esta prisión, se atrevió a decir que el error cometido debía ser reparado y acabó insinuando que el secretario de Dalassene no podía ser sospechoso.

Robespierre estúvose callado, pero Saint-Just respondió:

-¿Por qué ese Formanoir no ha de ser sospechoso, puesto que lo empieza a ser Dalassene su principal? -Si Dalassene ha conspirado, como hay quien le acusa, ¿no se puede creer que su secretario ha sido su cómplice?

-Es muy improbable que Dalassene conspire -dijo Belliere con un acento que revelaba el temor que empezaba a inspirarle su audacia.

-El misterio de que se rodeó el año pasado al ir a Turín no se ha puesto en claro -exclamó Saint-ust, -y autoriza todas las suposiciones, sobre todo cuando se recuerda que Dalassene es noble.

Esto fue dicho en un tono tan agrio y tan duro, que a Belliere le abandonó todo su valor. Intimidado, deplorando sus palabras y ya mirando a otra parte, no se atrevió a replicar.

Pero Esteban no se dio por vencido.

-Le Pelletier Saint-Fargeau era noble también -dijo, -y sin embargo ha merecido el Panteón.

-El ciudadano Esteban Jerold, mi más querido discípulo -se apresuró a explicar Belliere. -El hombre de que hablas -respondió Saint-Just gravemente, -está, en efecto, en el Panteón, joven. Pero ha pagado con la vida el honor de dormir allí el sueño eterno. Si viviera, sería sospechoso. Todos los nobles lo son. Dalassene ha revelado su bajeza amenazándonos con tomar el partido de Danton. Todos los que sostienen a Danton perecerán con él; todos, hasta Camilo Desmoulins. ¿No ha escrito ese aborto que yo llevo la cabeza como un santo sacramento? ¡Yo le haré llevar la suya como san Dionisio!

Saint-Just volvió la espalda dejando a Esteban aterrado.

Belliere estaba, arrepentido de haber intentado defender al secretario do Dalassene, y su arrepentimiento se transformó en espanto cuando Robespierre se acercó a él y le dijo estas palabras al oído:

-He creído en ti hasta ahora, Belliere. Fuiste amigo de Marat, te has sentado siempre en la cima de la montaña y jamás he dudado de tu civismo. No me pongas en el caso de dudar defendiendo a los traidores y teme más bien compartir su suerte.

Belliere levantó la cabeza para no dejar que sus invitados sorprendiesen la emoción que despertaba en él esta advertencia. Hasta se esforzó por sonreir, como si las palabras de su interlocutor hubieran sido amables y halagüeñas.

la vista al hombre cuyas amenazas le hacían temblar.

Robespierre se reunió con Saint-Just y ambos se mezclaron con los grupos de invitados, algunos de los cuales iban a ellos, mientras otros contenidos por el respeto, solicitaban con la vista una mirada de los dos tribunos. Varenne se encontró en su camino y se detuvieron un instante a hablar con él. Cuando le dejaban, se les puso delante tina mujer. Era la Villars, que no había perdido ninguna de sus idas y venidas y esperaba la ocasión de hablarlos.

La Villars se dirigió a Robespierre.

-Me he tomado la libertad, ciudadano representante, de dirigirte una carta. ¿La has recibido?

-¿Quién eres, ciudadana?

-Susana Villars.

-¡Ah! ¿Eres tú la que me has escrito acerca de Dalassene?... ¿Es tu amante?

-Lo fué, pero hacía traición y le dejé.

Saint-Just había oído y aguzaba la oreja. Después dijo mezclándose en la conversación:

-¿ Tienes pruebas de su traición?

Pruebas positivas, no -respondió la Villars, -pero sí hechos fáciles de comprobar y que las harán descubrir.

-¿Qué hechos?

Iba a continuar, pero Robespierre la detuvo con un ademán, viendo que a dos pasos estaba escuchando Esteban Jerold- El tribuno, dijo más bajo:

-Irás esta noche a la Junta de Salvación pública, que recibirá tu declaración.

Y dirigiéndose a Saint-Just, añadió:

-Allí deliberaremos.

-La Junta de Seguridad general se quejará -objetó Saint-Just. -Esa junta está encargada de la policía de la República y dirá de nuevo que invadimos sus atribuciones.

-Prevendremos esa queja invitándola a deliberar con nosotros -dijo Robespierre. -Convocándola para esta noche.

No hubo más, y entre las personas que siguieron de lejos aquel coloquio misterioso, Esteban fue el único que comprendió que amenazaba a Dalassene un peligro nuevo e inminente.

Era urgente advertírselo o por lo menos a Lucía. La joven no había salido aún del gabinete en que la había visto entrar, y Esteban se dirigió hacia aquel lado para esperarla.

De pronto la vio en la puerta, con su hermana, muy sorprendidas al ver tanta gente y dudando si avanzar.

Esteban fue hacia ellas sin notar que la entrada de aquellas dos mujeres elegantes y lindas hacía sensación y todos los ojos se dirigían a la puerta del gabinete.

-La una me ha servido de modelo para mi cuadro; la otra es su hermana menor.

-La pequeña es encantadora, pero la mayor es más hermosa. ¿Casada?

La Villars respondió a esta pregunta.

-Divorciada.

La Villars no se había encontrado nunca con Lucía, pero aquella deliciosa cara recordaba de un modo tan completo la de la mujer que figuraba en el cuadro de Belliere, que adivinó que aquella era su rival. La Villars la envolvió en una mira da amenazadora, y, segura de no engañarse, dijo a Robespierre:

-Es la emigrada que Dalassene trajo de Turín y con la que vive. Se va a casar con ella.

-No es una emigrada -rectificó tímidamente Belliere.

-Fue sin embargo en el Piamonte donde la encontró Belliere -replicó la Villars.

Saint-Just intervino en el debate:

-Es inútil discutir aquí; la cuestión será puesta en claro esta noche. ¿Vienes, Robespierre?

Ambos se dirigieron a la puerta, conducidos por Belliere y seguidos por la mayor parte de los invitados, que también se retiraban, mientras la Villars, que tenía menos prisa por marcharse, se dejaba llevar a un rincón por Billaud-Varenne y, para reponerse de la emoción que acababa de sufrir, escuquién era aquella mujer a la que nunca había visto, que no conocía y que estaba hablando hacía un momento con Robespierre y fijando en ella miradas cargadas de amenazas.

-Debe usted temerlo todo de ella -respondió Esteban.

-¿Pero es la que quiere quitarme el corazón de Roberto?

-La misma por desgracia.

-Ha estado hablando con Robespierre designándome.

¿Me ha acusado? ¿De qué?

Clara se unió con su hermana para apremiar a Esteban a preguntas.

-Usted estaba allí y los ha oído. ¿ Qué se decían?

-Les denunciaba a ustedes como emigradas y acusaba a Dalassene de traición.

-¡Ha jurado entonces, nuestra pérdida! -exclamó Lucía.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, como los de Clara, y Esteban no pensó más que en tranquilizarlas.

-Haya jurado o no -dijo, -nosotros estorbaremos sus proyectos. ¿No es verdad maestro, que venceremos a los enemigos de Dalassene? -añadió dirigiéndose a Belliere que volvía después de despedir a sus invitados.

-El mejor medio de vencerlos –respondió el pintor, -es substraerse a sus persecuciones.

Y bajando la voz añadió:

-Un buen consejo, encantadora Lucía. Si tiene usted alguna influencia sobre su amigo, decídale a salir de París sin tardanza; esta noche mejor que mañana. No me pregunte usted más; que se vaya y usted con él.

-Sí, comprendo -gimió Lucía, -los tigres se preparan a devorarle.

Belliere respondió con un gesto de protesta. Temiendo haber sido oído, paseó a su alrededor una mirada de terror.

Yo no he dicho eso; no sé nada; no he dicho nada.

Sus temores se disiparon. Nadie había podido oirle; el estudio estaba casi vacío y los últimos invitados acababan de desaparecer. No quedaban más que la Villars y Billaud-Varenne diciéndole piropos. Estaban sentados en un rincón y medio escondidos entre los tapices, él muy rojo y muy excitado, como un seductor de oficio que está echando mano de todos sus recursos con la mujer que ambiciona; ella al mismo tiempo coqueta y desdeñosa, y ambos tan absortos en su conversación que parecían indiferentes a lo que se decía y a lo que pasaba a su alrededor.

Dalassene del peligro que le amenazaba.

-Vámonos -dijo a su hermana; -no descansaré hasta que haya visto a Roberto. -Acompañaré a ustedes si me lo permiten -dijo Esteban.

Belliere los acompañó hasta la puerta pero allí se encontraron con Dalassene que entraba excusándose por la tardanza.

-Me han detenido en la Convención unos pretendientes -explicó a Lucía. -Belliere sabe que no se desembaraza uno fácilmente da esos pajarracos. Vamos a admirar la obra maestra, -añadió alegremente.

Lucía le contuvo cogiéndole del brazo.

-La admirará usted después, amigo mío -le dijo.-Ahora solicitan su atención cuidados más graves. Acaban de prender a Formanoir.

Antes de que Dalassene hubiese vuelto de su sorpresa, Lucía le contó el acontecimiento que la había alarmado. Rohombre que me toca tan de cerca, a un patriota íntegro?

Belliere se defendió.

-Los agentes traían una orden de la Junta de Salvación pública. ¿Quién hubiera sido bastante temerario para resistir?

-¿Y quién mete en este asunto a la Junta de Salvación pública? La policía del interior corresponde a la Junta de Seguridad general, de la que formas parte como yo. Tenías derecho a apoderarte de este asunto a fin de someterlo a nuestra Junta. La Convención nos ha colocado en ella y tu resistencia hubiera sido legítima. Si yo hubiera estado aquí, no se hubieran llevado a Formanior.

-¿A pesar de la orden de Robespierre y de Saint-Just?

¿Cómo piensas tal cosa?

-No son más que nuestros iguales.

-Ilusión, Dalassene, pura ilusión. Tienen en sus manos a la Convención y, por ella, a las juntas. Tan verdad es esto, que no has podido impedir la captura de tu abuelo Ninart de Mausabré y de su hermano Ninart de Lavoix.

-Tenía mis razones para no intervenir en su favor -objetó Dalassene. -Su vida no estaba inmediatamente amenazada y me he dedicado a hacerlos olvidar.

-Lo que has hecho por ellos, puedes hacerlo por Formanoir y salvarle sin dar la cara.

Dalassene movió la cabeza; esa solución no le satisfacía.

más cuerdo dejar que el interrogatorio demostrase su inocencia?

Dalassene se encogió de hombros y, mirando al pintor a los ojos, dijo:

-¿Te atreverás a afirmar que nunca se han condenado más que culpables?

Se calló bruscamente. Acababa de ver en el fondo del estudio a Billaud-Varenne y a la Villars.

-¡Esa mujer aquí! ¡Y ese traidor a su lado! Después de todo son dignos el uno del otro -añadió en tono de sarcasmo.-Pero tú, Belliere, ¿por qué los recibes?

El pintor se puso a balbucir vagas excusas.

-No la he invitado. Ha venido de improviso y no podía echarla.

-Bien la he echado yo de mi casa.

-Por eso te persigue con su venganza. No he querido hacerme de ella una enemiga.

-Podrás al menos aconsejarle que no se encuentre en mi camino.

El gesto de amenaza que acompañó a esta recomendación horrorizó a Lucía.

-No la desafíe usted, Roberto -suplicó.

-No me da miedo, y si no estuviera usted aquí, querida Lucía, tendría la prueba ahora mismo. Pero la tendrá más -¿Quieres dar nuevas armas a tus enemigos? ¿No sabes que la ley prohíbe comunicar con los detenidos so pena de ser tratados como ellos?

-Nadie conoce como yo esa ley puesto que fue a mi propuesta cuando fue votada. Esa ley no está hecha para los representantes del pueblo.

-La ley es igual para todos -respondió sentenciosamente Belliere.

Dalassene no escuchaba. En vano su colega se esforzaba por demostrarlo el peligro a que iba a exponerse; en vano le suplicaba Lucía que renunciase a un paso tan imprudente; Roberto resistía. Le parecía propicia la ocasión para desbaratar los proyectos de los enemigos implacables que se quitaban la máscara y no se tomaban siquiera el trabajo de disimular sus designios criminales. Quería, por un escándalo, obligar a la Convención a condenar los odiosos procedimientos que empleaban Robespierre, Saint-Just y sus partidarios contra los amigos más leales de la libertad.

Dalassene hablaba con vehemencia, con gran desesperación de Lucía, que comprendía que sería impotente para contenerle y se resignaba, mientras Belliere envolvía a su colega en una mirada

de lástima, considerándolo como hombre perdido y renunciando a predicarle la prudencia. Helados de espanto, Lucía, Clara y Esteban permanecían silenciosos.

Los que allí quedaban se miraron consternados.

-Va a la muerte -dijo Belliere a Esteban. -Si comunica con Formanoir, morirá si no ocurre un milagro, pues Saint-Just no dejará escapar esta ocasión de enviarle al tribunal.

-¿No hay, pues, ningún medio de salvarle? -gimió Lucía.

-He aconsejado a usted que le haga salir de París esta tarde, ciudadana, y se lo vuelvo a aconsejar. Es la única probabilidad de salvación que le queda.

-¿No cuenta usted para nada, maestro, con los amigos que tiene Dalassene en la Convención?

-Después de la locura que va a cometer, ni una voz se elevará para abogar por él.

Hubo un rato de, silencio determinado por las graves reflexiones a que se entregaban los actores de este debate.

Aunque había sido muy animado, Billaud-Varenne y la Villars no le habían oído. Habían visto entrar a Dalassene y salir en seguida, sin tratar de comprender las razones de su salida precipitada, tanto los cautivaba su misterioso coloquio.

Débese suponer, por lo demás, que la Villars no deseaba en aquel momento mostrarse a él y prefería evitarle. Cuando salió Roberto, ellos se levantaron. No tenían ya nada que decirse y Billaud-Varenne, después de saludar a la sirena que parecía haberle embrujado, se acercó a Belliere para despedirse de él.

Lucía la siguió con la vista, titubeando entre el deseo de escupirle su desprecio a la cara y el no menos ardiente de suplicarle que renunciase a su venganza, pero contenida por una repugnancia instintiva que le hacía considerar indignos de ella, lo mismo los insultos que los ruegos.

De repente sus ideas tomaron otro curso. La Villars estaba sola. ¿Por qué no aprovechar la ocasión para tratar de ablandarla y, si no lo lograba, para inmolarse a fin de salvar la vida de su amante?

Una inspiración súbita se apoderó violentamente de su pensamiento y la dispuso a intentar un esfuerzo supremo en favor de Dalassene, aunque tuviera que humillarse a los pies de aquella rival despreciable.

-Quiero hablar con ella -dijo a Clara.

Y sin dejar tiempo a su hermana de discutir su decisión, atravesó rápidamente el estudio y se precipitó en la pieza en que la Villars estaba esperando que ella se marchase para salir a su vez.

ver a Lucía, la Villars, sorprendida, hizo ademán de cederle el puesto.

-Quédese usted, señora, -dijo Lucía. -Perdón, ciudadana -añadió excusándose así de haber empleado una palabra cuyo uso estaba abolido por la República.

Una sonrisa burlona acentuó la habitual expresión de descaro que caracterizaba a la Villars.

Lucía desdeñó el hacer caso del tono agresivo de estas palabras y, como si no las hubiera oído, respondió:

-Es necesaria entre nosotras una explicación. Será breve, pues no tengo que decirle más que dos palabras. Usted quiere perder a Dalassene y yo quiero salvarle. ¿ Qué hay que hacer para desarmar a usted?

-¡Para desarmarme! -exclamó la Villars. -Pregunta tardía, bella señora. Fue hace seis meses cuando hubiera sido necesario hacérmela. Entonces era yo capaz de dejarme enternecer porque esperaba recobrar a ese ingrato y la esperanza de conseguirlo podía hacerme sensible a un ruego. Hoy mi corazón está cerrado. He sido abandonada. El desgraciado me ha arrojado de su casa cuando me presenté a suplicarle que volviese a mí. No he podido lograr que me escuchase

y he jurado vengarme. ¿Y en el momento que mi venganza va a dar sus frutos pide usted que me desarme? ¡Vamos allá!

-Podría usted responderme sin incomodarse -observó Lucía, que, a pesar de la violencia de aquel lenguaje, se esforzaba por conservar su calma; -no vengo como enemiga.

Lejos de apaciguarse, la Villars se irritó más aun.

-¿Se atreve usted a suponer que viene como amiga, cuando me ha quitado mi amante?

-Nos hemos amado antes de que la conociese a usted -respondió Lucía. -Debíamos casarnos y la fecha de nuestro matrimonio estaba ya fijada cuando nos separó un aconteciciones de usted con él cuando nos encontramos en Turín.

Seguíamos amándonos y no pude resistir a los ímpetus de su ternura. Entonces solamente me contó su pasado, y me reveló la amistad que había sostenido con usted durante nuestra separación. Pero, al mismo tiempo, me afirmaba que esas relaciones estaban rotas y que no eran más que un recuerdo.

No merezco, pues, la acusación de habérsele a usted quitado.

-¿Y qué importa que no la merezca usted? ¿No es usted cómplice de su traición, cómplice inconsciente al principio, quiero creerlo, pero voluntaria hoy puesto que quiere conservarle? Es usted el único obstáculo a su vuelta a mi lado; usted es quien se levanta entre los dos. Peor para usted si me la encuentro en mi camino. No es a usted a quien guardo rencor; es a él, y si los golpes que le asesto la alcanzan no puedo evitarlo.

-Supone usted que le ama y quiere herirle -suspiró Lucía.

-No sé si le amo todavía, pero le he amado, sí, le he amado como puede amar una mujer pomo yo, que sabe lo que valen los hombres, y se jacta de tratarlos sin circunloquios. Yo no pretendía como usted aconsejarle, guiarle, ser su reposo y su conciencia, como dicen ustedes las sentimentales para excusar sus debilidades y sus extravíos. Pero era su distracción, su diversión, su vicio, como él mismo lo proclamaba, y gustándole así, le hubiera prodigado mi abnegación.

truyeron en ella la esperanza que había concebido de ablandar con sus ruegos a aquella mujer implacable. No le quedaba ya más medio, para salvar a Dalassene que el de sacrificarse y desaparecer de su vida. Después de haber tratado en vano de evitarse ese sacrificio, se resignó a él y así lo declaró.

-¿Le odiaría usted aún si yo le dejase para que pudiese usted recobrarle? -preguntó.

La mirada de su rival cayó sobre ella, incrédula, desconfiada y, sobre todo, extraña.

-¿Haría usted eso? ¿Le dejaría usted?

-Sí, si a ese precio pudiera preservar su vida que quiero más que la mía.

La Villars no podía creer a sus oídos y en sus facciones, de las que se borraba la cólera, persistía la impresión de incredulidad. Pero Lucía quiso convencerla de la sinceridad de su sacrificio y de la lealtad de su proposición, y con voz quebrantada, confesó los móviles de su amor. Entregándose a Roberto, consintiendo en hacerle dichoso, consagrándole, en una palabra, toda su vida, no había pensado solamente en ella, sino, sobre todo, en él.

-En su dura existencia -dijo, -tenía necesidad de un socorro incesante, de un apoyo moral. Cuando fui suya, sólo quise asegurar su felicidad. Puesto que no puedo lograrlo, puesto que el cariño que le he consagrado atrae sobre él peliejercerá de nuevo sobre él.

La Villars iba de sorpresa en sorpresa. En la sociedad en que había vivido, en el choque de las pasiones que había desencadenado o sentido, jamás el amor se había ofrecido a ella tan noble, tan desinteresado, tan capaz de abnegación. En aquel instante, al recordar las agitaciones entre las cuales ella le había conocido y practicado, acaso admiró el heroísmo que mostraba la mujer en quien hacía un momento veía una enemiga.

La Villars no era naturalmente perversa ni incapaz de un movimiento generoso. Después de todo, como acababa de hacerlo comprender, no amaba ya a Dalassene. ¿Le había amado alguna vez? ¿Había amado en él otra cosa más que un amable compañero de placeres? Probablemente esa duda la transformó y favoreció en su corazón el despertar de nuevas resoluciones. No era ya la mujer de hacía un instante; a su furor sucedía la piedad.

-Para hablarme como usted lo hace, es preciso que no quiera a su amante.

Los ojos de Lucía protestaron vivamente, pero su boca lo hizo con debilidad.

-Le amo de otro modo que usted -se contentó con responder.

Las dos mujeres se quedaron silenciosas; la una, la que suplicaba, esperando con angustia una respuesta, la otra vaMientras se querellaban, había entrado Clara seguida por Esteban, habían oído una parte de aquella conmovedora conversación y la joven se había asociado a todas las emociones de su hermana.

Clara, se acercó a La Villars y, a su vez, hízole oir su ruego.

-Por piedad, señora, renuncie usted a satisfacer su odio.

Pronto vamos a casarnos -añadió designando a Esteban, -no ensombrezca usted nuestra dicha perseverando en unos designios de los que sería yo víctima tanto como mi hermana.

-Esta súplica en una boca inocente fue un golpe decisivo y destructor para el resentimiento de la Villars.

-Sentiría hacer llorar a tan bonitos ojos, señorita, -dijo en un tono mitad risueño, mitad serio, -y puesto que para evitar esas lágrimas debo desarmar, desarmo. Renuncio a disputar a su hermana de usted un hombre que me rechaza y renuncio igualmente a vengarme de él. Que se le guarde y se case con él si quiere: no oirán más hablar de mí.

Afectando ceder a las instancias de la hermana menor después de haber permanecido sorda a las de la mayor, la Villars se ahorraba la humillación de una derrota mortificante para su orgullo, si Lucía hubiera sido capaz de enorgullecerse por la victoria que acababa de obtener. Pero Lucía no era así; penetrada de agradecimiento, no pensó ni un momento en humillar a su rival. -No había en su corazón más que gratime ayuda usted a salvarle? No puedo hacer nada sola, pues soy sospechosa lo mismo que él. A usted toca defenderle, puesto que le ha acusado.

-Es verdad -confesó la Villars, -que le he hecho mucho daño acusándole. ¿Pero cómo puedo repararle?

-Desmintiendo sus calumnias.

-Mal medio. Aquellos ante los cuales le he acusado han fingido creerme cuando mentía y no me creerán o fingirán no creerme cuando diga la verdad; tienen mucho interés en desembarazarse de Dalassene. Y después, ¿cómo desmentirme a mí misma? Hace un momento lo he acusado ante Robespierre y Saint-Just, que me han invitado a ir esta noche a reproducir mis acusaciones ante la Junta de Salvación pública.

¿Cómo confesar que los he engañado por vengarme?

Estas palabras consternaban a Lucía y su abatimiento denunciaba su dolor.

-¿Pero no tiene usted amigos en esa junta?

-preguntó.-¿ No habrá alguno que pueda obtener que se renuncie a oírla?

La Villars estaba reflexionando.

-En los tiempos que corren -dijo, -no hay amigos con quienes se pueda contar.

-Hace un momento, estaba usted hablando con Billaud-Varenne -dijo Esteban, y parecía tratar de agradarla.

Acaso...

quiera ayudarme a defenderle.

-¿Las acusaciones de usted han sido precisas?

-No, no; rumores vagos, frases en el aire, insuficientes para justificar una orden de prisión. Pero se me ha convocado para esta noche y tendré que precisar.

-No comparezca usted, entonces -aconsejó Esteban. -La invitación ha sido verbal; busque usted un motivo para no acudir, y no se resolverá nada hasta mañana. Así podrá Dalassene denunciar a la Convención las bajas intrigas de sus enemigos.

-La verdad es que es una solución como otra cualquiera -declaró la Villars. -No iré a la Junta y voy a hacer de modo que sea Billaud-Varenne quien me impida que vaya.

Lucía no volvía de su asombro al oir a su enemiga de hacía un momento, prestarse así a las combinaciones imaginadas para salvar a Dalassene del peligro que le amenazaba.

La prometida de Roberto sintió un impulso hacia aquella mujer a la que tantas veces había maldecido y cuya conversión inesperada consideraba como un milagro del cielo.

-Permítame usted que la abrace; señora.

Belliere, que entraba en aquel momento, las sorprendió en un mutuo abrazo, pero por mucho que fuera su asombro, no pensó en pedir explicaciones, pues no estaba solo. Las dos mujeres se separaron bruscamente al ver detrás de él a hombre, designándola.

Y al ver que palidecía, añadió dirigiéndose a ella:

-Tranquilízate; no vienen a prenderte.

-Tengo, orden, ciudadana, de entregarte esta orden en propia mano.

La Villars, ansiosa, abrió el pliego y, con acento en que restaba algo del miedo que acababa de pasar, leyó en alta voz:

«Ciudadana: esta es una orden de comparecencia que te obliga a presentarte esta noche, a las diez, ante las Juntas de Salvación pública, y de Seguridad general reunidas, para oirte sobre los hechos de que nos has hablado hace un momento al ciudadano Robespierre y a mí. Este documento te servirá de pase para llegar al lugar de nuestras sesiones, en el ex hotel d' Elbeuf, cerca del Louvre. No dejes de ir. Las leyes castigan toda desobediencia a las órdenes de las Juntas. Salud y fraternidad. Saint-Just.» -Hace un momento era una invitación -murmuró la Villars; -ahora es una orden.

- ¡Todo está perdido! –exclamó Lucía.

-Todavía no. No se me hará decir lo que yo no quiera.

Lucía dirigió a aquella mujer una mirada de gratitud, pero se quedó entregada a terribles angustias. Pensaba que en aquel momento mismo, estaba Dalassene dando ejemplo de una violación de las leyes al esforzarse por comunicar con mía de otro tiempo y en el que quedaban trazas de la existencia lujosa de los grandes señores que le habían habitado, un hombre joven aún y cuyas opiniones y costumbres revelaba su traje a la moda del día, estaba sentado delante de una mesa y con una pluma en la mano.

Este personaje, llamado Heron, era el secretario de la Junta de Seguridad general y en este concepto debía asistir a la sesión que iban a celebrar las dos Juntas reunidas a petición de Robespierre y de Saint-Just.

Heron estaba tomando notas en un pliego de papel que tenía delante y escribiendo en él cifras con una atención que le absorbía, a juzgar por su actitud reflexiva. Cualquiera que se hubiese encontrado detrás de él e inclinado sobre su hombro para sorprender lo que trazaba su mano, hubiera leído lo que sigue:

»Del ex mariscal de Contades, por haberle concedido el estar detenido en su domicilio, bajo la vigilancia de un guardián, dos mil libras.

»De la ciudadana Beauharnais, presa en la Conserjería, por permiso de comunicar con el general Hoche, igualmente detenido, cuatrocientas libras.

»Del especiero Cortay, por haber retardado tres días su comparecencia ante el tribunal, mil cien libras.» cientes. Y como su memoria no le recordase otro alguno, sumó los que acababa de apuntar y vio que formaban un total de cinco mil seiscientas libras, que había recibido en asignados.

-Poco es para un mes -pensó. -El precedente me produjo más. Habrá que activar el celo de mis agentes.

Un ruido de pasos lo arrancó de sus reflexiones y le hizo levantar la cabeza. El alguacil encargado de guardar la sala de sesiones estaba delante de él.

-¿Qué quieres? -le preguntó.

-Ahí está una ciudadana citada a comparecer ante las Juntas.

le llamó.

-¿Cómo es esa ciudadana? ¿Es joven? ¿Es guapa?

-Sí, ciudadano. Y huele bien.

-¿Una aristócrata, entonces?

-Seguramente, no es una desarrapada.

-Hazla entrar. -Y hablando consigo mismo, el secretario de las Juntas añadió: -Necesito distraerme.

El alguacil volvió a la puerta, hizo una seña y la visitante entró, mientras Heron se levantaba.

-¡Pero si es la Villars! -exclamó.

-¿Me conoces? -preguntó la joven sorprendida por la familiaridad de esta acogida.

-¿Quién no te conoce, bella ninfa? Te he visto con frecuencia en el teatro, en las tribunas de la Convención y en otras partes. ¿Pero tú no me conoces?

-Me parece que te he visto. Lo que ignoro es tu nombre.

-¡Sea usted popular! -dijo alegremente el secretario y se presentó: -El ciudadano Heron, Heron, llamado el jefe, secretario de la Junta de Seguridad general, y, a veces, como esta noche, de las Juntas reunidas: el director de su policía y el ejecutor de sus órdenes.

Y al enumerar así sus funciones y sus títulos, se ponía cada vez más hueco.

-¡Ah! ¿Eres tú el ciudadano Heron? -dijo la Villars inclinándose.

ro no para las mujeres guapas cuando son amables y complacientes.

Para probárselo, se acercó a ella, la cogió por el talle y quiso darle un beso. Ella se desprendió con un movimiento brusco.

-¡Oh! ciudadano, no tan de prisa.

Asombrado por aquel intento de resistencia, Heron añadió:

-En cambio, cuando son crueles conmigo, tengo más de un medio para hacerlas arrepentirse. Las hay que valen tanto como tú -continuó en tono amenazador,- que han sentido amargamente haber perdido la ocasión de asegurarse mi apoyo. Soy un hombre terrible, tú lo has dicho, y por algo me han llamado el proveedor de la guillotina. Yo denuncio a los malos ciudadanos, a los moderados y a los aristócratas; yo reúno contra ellos los testimonios y las pruebas; yo los hago prender, y basta que yo los acuse para que sean condenados.

Así, deliciosa Villars, no tendría más que decir una palabra, que hacer una seña, para que tu encantadora cabeza rodase en el cesto.

-Pero yo soy buena patriota -respondió la Villars.

-No se es buena patriota cuando se me resiste. Tú estuviste arreglada con Dumouriez, ese malvado; con Biron, guillotinado después como traidor a la patria; con Sechelles, que pronto tendrá que responder de esos crímenes; con Dalassedicho bastante para hacerme comprender?

Creyendo haberla aterrado, la atrajo de nuevo hacia él, sin que esta vez la joven huyese. Pero lejos de parecer conmovida por sus amenazas encubiertas, se echó a reir, descarada y burlona.

-Lo que comprendo -dijo, -es que bajo tu exterior feroz se esconde un gran libertino.

Heron se echó a reir a su vez.

-Eres adorable.

-Ten cuidado -dijo la joven dejándose abrazar. Si entrase alguien...

-Tienes razón. ¿Nos veremos esta noche, en tu casa, después de la sesión de las Juntas?

-¡Ya! ¿No quieres tomarte tiempo para gustarme?

-¿Necesitas tantas horas? Tú me has gustado en un minuto.

-Bien lo veo, pero...

-He dicho que esta noche -interrumpió Heron en tono de déspota.

La Villars tenía demasiado interés en tenerlo contento para no fingir que se decidía a lo que no podía impedir.

Siempre risueña, hizo una reverencia y dijo:

-Soy tu humilde y obediente servidora, ciudadano Heron.

Juntas?

-Aquí tienes la citación que me ha hecho llegar hace poco el ciudadano Saint-Just.

-Soy yo quien te la ha enviado por orden suya, pero sin conocer su objeto. ¿De qué se trata?

-De hablar de mis relaciones con Dalassene.

-La verdad es que debes de saber muchas cosas de él. Si puedes ayudarnos a desembarazar a la República de ese traidor, habrás prestado un gran servicio.

-¡Bah! yo no sé gran cosa -confesó la Villars. -Cuando estábamos juntos no nos entreteníamos en hablar de los negocios públicos.

-Lo supongo -respondió Heron riendo groseramente; -hay algo mejor que hacer cuando se está a tu lado.

El secretario quiso abrazarla de nuevo, pero ella se le escapó, impaciente por sus atrevimientos. Sin embargo, temiendo ofenderle si se le hacía comprender, trató de cambiar el curso de sus ideas.

-De modo -dijo, -que aquí es donde se reunen esas juntas que hacen temblar al mundo.

-Aquí. Ese es el sitio de Carnot -dijo designando una mesita en la cual, entre varios legajos, se veían extendidos mapas y planos; -aquí es donde él organiza la victoria.

-Carnot, un gran ciudadano -repitió la Villars llena de respeto.

pre dispuesto a aflojar la guillotina. Por fortuna, si no aprueba nada, lo firma todo. Aquí tienes el puesto de Saint-Just, el de Robespierre, el de Couthon, el de Billaud-Varenne.

Heron paseó de este modo a la Villars en torno de la sala, con el evidente propósito de agradarla interesándola. Al llegar a la mesa del centro, la de las deliberaciones, su fisonomía púsose más grave y respetuosa.

-Cuando están reunidos aquí -continuó, forman el más poderoso tribunal de la República. Todo tiembla ante él. He visto comparecer aquí a los generales más famosos, Pichegru, Hoche, Kellermann, y parecían unos chiquillos. Aquí se han firmado las sentencias que han entregado al verdugo las más altivas cabezas. Desgraciado del que viene aquí si no tiene limpia la conciencia.

-El antro de la muerte -dijo temerosamente la Villars; -esto da calofríos.

-Todo obedece a las Juntas, -siguió diciendo Heron, -la Convención, el municipio, las secciones de París, los directores de los departamentos, los jefes de los ejércitos.

-¿No hay, pues, poder superior al que aquí se ejerce?

-En apariencia, no. En realidad hay el club de los Jacobinos, y como yo voy a presidirle muy pronto, puedes comprender que antes de poco seré yo el gran director de la maquinaria.

oído y saltó fuera de aquel puesto glorioso.

Un minuto más, y hubiera sido sorprendido en él por Billaud-Varenne, al que el alguacil acababa de abrir la puerta y que entraba con la actitud desdeñosa que le era habitual.

-Heron se tranquilizó viendo que el convencional no le había pillado en el sillón. Sin embargo, salió a su encuentro con una obsequiosidad que no permitía adivinar en él al futuro director de la maquinaria, y la Villars pudo convencerse de que si para imponerle su voluntad había agrandado su papel, no dejaba por eso de ser muy humilde con los poderosos a quienes hacía un momento parecía desdeñar.

Sin fijarse en él, Billaud-Varenne se acercó a la Villars, la saludó y elogió su celo en acatar las órdenes de la Junta. Heron, deseoso de probar que el suyo no era menor, quiso explicar que se había esforzado por hacer tener paciencia a la ciudadana, pero el convencional le respondió tan desdeñosamente, que no se atrevió a insistir y fue a sentarse a su mesa, donde, sin perder de vista a los dos interlocutores, aunque no podía oir lo que decían, pareció absorberse en su trabajo, después de haber tenido buen cuidado de romper el papel en que había sumado sus beneficios del mes.

La Villars estaba contando a Billaud-Varenne lo que había pasado entre ella y el secretario de las juntas.

-Escucha -le dijo; -hace un momento, en casa de Belliere, me has dicho que te gusto.

-Así será, con dos condiciones; oye la primera. Ese hombre ha exigido que le reciba esta noche al salir de la sesión. Aléjale, impídele que vaya, y es a ti a quien recibiré.

-¿Lo juras?

-Lo juro.

-¿Y la segunda de tus condiciones?

-Es menos fácil. Estoy convocada para declarar contra Dalassene. He hablado de él a tontas y a locas, como una cotorra, y he cometido la imprudencia de decir las mismas cosas delante de Robespierre, y de Saint-Just, que me han ordenado venir aquí a precisar mis acusaciones. Y ahora echo de ver que no tengo ni la sombra de una prueba en apoyo de mis dichos.

-Dirás lo que sabes.

-No sé nada positivo, y espero de ti que, cuando lo afirme, ejerzas tu influencia con tus colegas para abreviar mi interrogatorio.

-¿Te has reconciliado con Dalassene? -preguntó agriamente el convencional.

-No quiero agobiarle más -declaró la Villars.

-Haces mal. Tus reticencias no le salvarán.

-Pero me ahorrarán el remordimiento de haber consumado su pérdida. Piensa en lo que te he dicho; toma y daca.

-Mi palabra -respondió la Villars altivamente; -mi palabra que vale tanto como la tuya; mi palabra y mi interés. Trata de que no sea él quien vaya.

Y designó a Heron, que se levantaba en este instante para salir al encuentro de Carnot, cuya silueta se dibujaba en la puerta de la sala y al que el secretario ayudó a quitarse el abrigo y el sombrero.

Billaud-Varenne saludó de lejos al recién llegado, con el que no deseaba conversar, y se fue a examinar los legajos puestos sobre la mesa, mientras que Carnot, por su parte, se sentaba detrás de la que le estaba reservada.

El delegado de la guerra no tenía aún cuarenta años. A la carrera militar, que había ejercido mucho tiempo, debía el haber conservado esos modales bruscos y duros que caracterizan a los soldados hechos al mando. Toda su persona presentaba la fisonomía de un hombre modesto que no trata de ponerse en evidencia y cuya voluntad, aunque enérgica, permanece casi siempre latente hasta el momento en que se manifiesta por actos decisivos.

La gravedad de su cara testimoniaba la constancia y la profundidad de sus pensamientos. Su trato, naturalmente frío, habíase hecho más entre la gente con quien las circunstancias lo condenaban a vivir. Aunque se hubiera asociado a medidas de violencia y sea imposible separar su memoria de actos odiosos, no era incapaz de generosidad y lo había prodes que él aceptaba sin debilidad, se esforzaba por reaccionar contra la influencia de Robespierre. No lo ocultaba, y aunque subscribía con frecuencia decisiones que desaprobaba, era considerado por el triunvirato formado por Couthon, Robespierre y Saint-Just como un falso amigo del que había que desconfiar.

Sabía que esos tres personajes eran sus enemigos, pero conservaba ante ellos su independencia y su franqueza, resuelto a no inclinarse bajo su despotismo. Así se explicaba la frialdad del saludo que le había dirigido al entrar BillaudVarenne, todavía partidario de los triunviros en aquella época.

Al sentarse, vio Carnot a la Villars.

-¿Quién es esa mujer?-preguntó a Heron.

El secretario dijo su nombre y explicó su presencia.

-Ya que está aquí -respondió Carnot, -puede quedarse.

Lo que he dicho ha sido por el principio.

Se levantó, acercó una silla a la chimenea y dijo a la Villars:

-Caliéntate, ciudadana.

La Villars obedeció y Carnot se volvió a su sitio.

Al poco tiempo, Billaud-Varenne llamó desde su puesto a Heron.

-Aquí tienes una orden que no sufre retraso -dijo presentándole un pliego timbrado con las armas de la República tas. En cuanto llegues, pides auxilio a la gendarmería y a la guardia nacional para hacer un registro en las casas de las personas que figuran en esta lista. Prenderás a todos los que te parezcan sospechosos y los llevarás a la cárcel del Luxemburgo.

Aunque había hablado en voz baja, Carnot le había oído.

-Te haré observar, ciudadano colega -dijo, -que esas órdenes constituyen una intrusión en las atribuciones de la Junta de Seguridad general.

-Es cierto -confirmó Heron, contrariado por una misión que impediría dedicar la noche a la Villars.

-No te pregunto tu opinión -respondió duramente Billaud-Varenne al ciudadano secretario.

Y dirigiéndose a Carnot, añadió -Cuando la Junta de Seguridad general no hace lo que debe, la de Salvación pública tiene que reemplazarla. Así lo declararé dentro de un momento a sus miembros reunidos. Mientras tanto, mantengo la orden.

-Toma tus precauciones, Heron -dijo Carnot; -asegúrate de que no prendes inocentes.

Esta recomendación chocó a Billaud-Varenne.

-Más vale prender inocentes -dijo, -que dejar escapar un solo culpable.

-¡Qué contratiempo! Esta, orden me cierra el cielo. Por fortuna, en Libry habrá algo que ganar y te traeré un regalo.

-¿De qué te quejas entonces? -respondió la Villars riéndose y sin que él pudiera comprender si estaba contenta o contrariada.

Estaba todavía preguntándoselo, cuando llegó de la antecámara ruido de voces.

-Ahí están nuestros colegas -dijo, Billaud-Varenne levantándose. -Retírese la ciudadana; se la llamará cuando sea tiempo.

Ya muy impresionada por lo que acababa de ver y oir, la Villars no se lo hizo repetir y pasó a la sala de espera, cuya puerta le abría Heron.

traron sucesivamente, primero Robespierre y Saint-Just, y después Couthon y Collot d' Herbois, miembros los cuatro de la Junta de Salvación pública.

Lo que los caracterizaba, independientemente de su juventud, era el espíritu de resolución y de astucia que se pintaba en sus facciones y que debían, por una parte, a su costumbre del peligro y, por otra, a la incesante necesidad de conjurarlo.

El mismo Couthon, enfermizo y tullido, aunque se arrastraba penosamente apoyándose en dos muletas, llevaba en los ojos la energía y la voluntad. Cuando, fatigado de haber subido la escalera, se sentó en el sillón que Heron se había apresurado a presentarle, se transfiguró; borráronse de su cara las señales de cansancio y no quedó en ella más que una expresión autoritaria y altanera.

Los representantes se agruparon alrededor de su sillón.

Solamente Carnot faltaba en el grupo. No había dejado su sitio ni levantado siquiera la cabeza, y nadie se extrañaba por Pero pronto Saint-Just interpeló a Heron.

-Te he ordenado que prepares una carta para el tribunal militar de Strasbourg, cuyas últimas absoluciones son escandalosas. ¿La has preparado?

-Aquí está la minuta, ciudadano representante.

Saint-Just la tomó de manos de Heron y la recorrió con la vista.

-Muy suave es esto, muy suave-exclamó.

Febrilmente, tomó una pluma y, en pie, cubrió de tachones el texto que se le había sometido, reemplazando con frases a su gusto las que iba borrando.

Sus colegas, silenciosos, le miraban hacer. Cuando terminó, les dio lectura de su improvisación.

«Vuestros procedimientos languidecen -había escrito a los jueces militares de Strasbourg.» -Se os ha instituído para ser justos, prontos y severos. Pero recordad que la muerte está debajo del asiento de los jueces inicuos como debajo de los culpables.» -Eso es hablar -aprobó Gollot d'Herbois.

-Pero no es un lenguaje humano -dijo Carnot sin dejar su sitio.

-Es el de los patriotas -replicó Robespierre.

-Y el único que puede hacer temblar a los traidores -añadió Couthon.

-Habláis como verdugos.

No ocurriéndoseles una respuesta, todos se quedaron callados al pronto.

Pero pronto Saint-Just, más ardiente que ellos, tradujo su cólera con vehemencia.

-¿Qué tienes tú que ver con esto, Carnot? ¿No es bastante pesada tu misión? No contento con defender la República contra el extranjero, ¿quieres aún asumir la tarea de purgarla de conspiradores? Si lo deseas, cambiemos de papel.

Se calló en una actitud de desafío, como si se preparase a rechazar la respuesta que esperaba. Pero Robespierre tomó la palabra en su lugar.

-Olvidas con demasiada frecuencia, Carnot, que si te toleramos entre nosotros, es únicamente a causa de tu ciencia estratégica. Eso sólo nos dispone a perdonarte los desfallecimientos de tu civismo y tu falta de actividad revolucionaria.

Couthon quiso unir sus reproches a los de los demás.

-Sin cesar -dijo, -criticas nuestros actos y nuestras palabras hasta cuando te asocias a ellas.

Carnot, desdeñoso, alta la cabeza y los brazos cruzados sobre el pecho, dejaba correr este raudal de palabras de odio; pero las observaciones de Couthon le arrancaron de su calma.

-Cuando me asocio a vuestras palabras y a vuestros actos -replicó, -es para impedir que me hagáis sospechoso a la naaquí a toda costa; pero tened cuidado de que no me mande pronto descubrir vuestras ambiciones y vuestros designios.

-¡Nuestras ambiciones! ¡Nuestros designios! -exclamó Robespierre. -¿Le estáis oyendo?

Collot d'Herbois afectaba una expresión de dignidad ofendida.

-¡Pones en duda nuestro desinterés! Es un insulto.

El debate amenazaba con tomar un tinte trágico y Billaud-Varenne trató de cortarlo.

-Por favor, ciudadanos colegas; esas disensiones son funestas.

-Tienes razón, Billaud-Varenne -dijo Saint-Just; -la República está perdida si los hombres encargados de conducirla se entregan a recriminaciones de ese género. ¿Pero quién las provoca? ¿Tienes tú derecho de provocarlas, Carnot, estando aliado con los peores enemigos de los patriotas? Créeme, no insistas si quieres conservar la cabeza. Bastantes hechos te acusan para hacerte guillotinar dentro de dos días.

Carnot no opuso a esta amenaza más que el desdén de una conciencia sin reproches.

-Te invito a redactar tu acta de acusación -dijo en tono irónico. -Hazlo con todos tus rigores; no te temo ni a ti ni a tus amigos. Sois unos dictadores ridículos.

Produjose entonces en torno suyo una explosión de invectivas y un desencadenamiento de amenazas.

Couthon blandía sus dos muletas y la voz de Saint-Just dominaba esta tormenta gritando:

-Mañana mismo pediré a la Convención tu expulsión de la Junta.

Estas palabras reveladoras del proyecto cuya ejecución no se habían atrevido aún a provocar Robespierre y sus amigos, tuvieron por efecto el traer a Carnot al sentimiento de la realidad. Las intrigas que hacía tiempo sospechaba, se precisaban y sus enemigos arrojaban la máscara. Pero no era él hombre de asustarse por eso. Tenía delante en aquel momento a los más temibles de ellos, Couthon, Robespierre y Saint-Just, los triunviros, como se los llamaba, y el desprecio que le inspiraban lo hizo más intrépido. Levantando la mano y envolviéndolos en un gesto profético, exclamó:

-No lograréis expulsarme de la Junta, y saldréis antes que yo. ¡Trunviros, tendréis que desaparecer!

Esta predicción no podía menos de envenenar la querella, que se hubiera hecho sin duda más violenta sin una circunstancia imprevista que la suspendió. Se vio a Robespierre llevarse la mano al pecho, desfallecer y caer en una silla murmurando:

-Estas disensiones me desgarran el corazón; me matan.

Saint-Just, Collot d'Herbois y Billaud-Varenne se inclinaron hacia él con solicitud y Carnot se fue a su mesa encogiéndose de hombros. Al verle alejarse, Robespierre recobró hombre.

-¿Sin saber con quién vais a reemplazarle? –preguntó Billaud-Varenne.

Hasta aquel día, Billaud-Varenne había sostenido a Robespierre, pero empezaba a desconfiar de él y a sospechar que alimentaba las miras ambiciosas de que acababa de hablar Carnot. Nadie respondió a su pregunta, aunque nunca faltaban argumentos a los triunviros y a sus partidarios. Siempre habían profesado la opinión de que no hay hombres necesarios, y hubieran sido lógicos con ellos mismos repitiéndolo para precipitar la caída de Carnot. Pero tuvieron que aplazar esta discusión. El alguacil se presentó a anunciarles que llegaban los miembros de la Junta de Seguridad general, que se adelantaron detrás de él en número de seis: Belliere, Lebas, Dubarrau, Jagot, Vadier y Amar.

Estos nombres, exceptuando el de Belliere, no dirán nada o casi nada a la mayor parte de nuestros lectores. Todos han caído en el olvido, y si alguna vez se pronuncia el de Lebas, es porque este amigo de Robespierre pereció con él. Pero en aquellos tiempos se temblaba al oirlos. Agentes activos del partido terrorista, aquellos personajes se distinguían por su crueldad por dondequiera que pasaban, así como por el carácter arbitrario de sus actos y por la violencia de su lenguaje.

Es todo lo que conviene decir de ellos en este relato, en el que no hacen más que aparecer.

rivales hubieran querido ocultar sus agravios recíprocos y sus rivalidades.

Collot d' Herbois estaba hablando con Vadier.

-Te he visto hace un momento en la plaza de la Revolución, cerca de la guillotina.

-Sí, he ido a reírme de la cara que ponen al verla esos miserables. -Me divierte verlos estornudar en el saco, y como le he tomado el gusto, voy a menudo.

Amar tomó parte en esta amable conversación.

-No dejes de ir mañana, Vadier -dijo. -Habrá una buena hornada.

-Iré seguramente; ven conmigo.

Después de un signo afirmativo de su colega, Vadier, pasando a otro asunto, preguntó a Collot d'Herbois:

-¿Sabéis para que hemos sido convocados?

-Para hablar de Dalassene.

-No lo veo, dijo Belliere, que había oído la pregunta y la respuesta.

Saint-Just intervino.

-No se le ha advertido. Su presencia hubiera estorbado la deliberación, puesto que ha de referirse a él.

-No podrá, entonces, defenderse.

-Se defenderá ante el tribunal, a no ser que tú quieras defenderle aquí.

ticia.

En este momento se oyó la voz de Couthon.

-A vuestras plazas, ciudadanos colegas -ordenó arrastrándose al sillón presidencial.

Robespierre y Saint-Just, se sentaron a su derecha y Carnot y Billaud-Varenne a su izquierda. Los demás se colocaron donde quisieron. En el extremo de la mesa estaba Heron con la pluma en la mano, dispuesto a tomar notas para redactar el acta de la sesión.

Couthon la declaró abierta y, después de haber hecho notar que si varios miembros de las juntas estaban ausentes, era porque el servicio de la República los retenía lejos, dio la palabra a Saint-Just.

Con su voz seca, breve e incisiva como un cuchillo, el joven tribuno empezó su acusación contra Dalassene. Empezó por establecer que, hacía mucho tiempo, la conducta de ese convencional había llamado la atención de los patriotas, pues hacía pensar que hacía traición a la República y que, durante su estancia en Turín, se había puesto en relación con los realistas. Había traído de su viaje una ex condesa, emigrada, probablemente, y gracias a él, ella y su hermana residían en el territorio francés con desprecio de las leyes.

Carnot interrumpió al acusador.

-Se dice que está enamorado de la ex Condesa -replicó Saint-Just; -vive con ella y no sería el primero de su casta que sacrificase su deber al amor, porque es noble, Carnot, no lo olvides. Y lo que no es menos grave, es que poco después del viaje de Dalassene a Turín, las gacetas de ese país han publicado papeles diplomáticos que la Junta de Seguridad general tenía secretos, y diversas circunstancias permiten suponer que Dalassene no es extraño a estas divulgaciones.

Mientras Saint-Just hablaba, la actitud de los circunstantes revelaba la disposición de unos para dar fe a sus dichos y la incredulidad de los otros, de Carnot especialmente, que no cesaba de hacer señas de negación con la cabeza.

Solamente Billaud-Varenne, no dejaba adivinar su pensamiento, y con los codos en la mesa y la frente entre las manos, parecía querer substraer la cara a la atención de sus colegas. Robespierre aprobaba con los ojos y hasta hizo observar que los hechos enunciados eran suficientes para hacer a Dalassene sospechoso.

-Siempre sería bueno que se explicase delante de nosotros -dijo Carnot. –Le acusáis sin pruebas.

Saint-Just se impacientó con esa resistencia. -Si quieres pruebas -dijo, -vas a tenerlas.

Hay ahí una mujer que nos las dará. Cuando la hayáis oído, ciudadanos colegas, y para oírla estáis convocados, derecordándole la promesa que había hecho a la Villars.

-¿Qué importancia vamos a dar a la declaración de una mujer? ¡Y qué mujer! No sería digno de las Juntas tener en cuenta testimonios cuyos móviles son fáciles de adivinar.

Más valdría una averiguación de la policía.

-Una averiguación de la policía que necesitará semanas -exclamó Robespierre. -¿Cómo puedes pensar tal cosa? La espada de la ley no puede permanecer suspendida.

Carnot protestó con más energía. Recordó que no correspondía al poder ejecutivo apreciar los cargos contra los sospechosos, sino al poder judicial, al que esta mujer debía ser enviada. Pero la mayoría estaba sometida al triunvirato y decidió que el testigo sería oído inmediatamente.

Carnot se sintió vencido y se resignó.

-Haced -dijo, -lo que os dé la gana; devoraos los unos a los otros.

-Poncio Pilatos -murmuró Saint-Just, inclinándose hacia Robespierre.

Por orden de Couthon, Heron fue a buscar a la Villars, que se presentó en seguida. Intimidada, llena de miedo, se detuvo en la puerta.

-Adelante, ciudadana -le dijo Couthon con benevolencia. -Tranquilízate y toma asiento. El ciudadano Saint-Just va a interrogarte.

los suyos la reanimó, le devolvió el valor y le hizo esperar con firmeza las preguntas que se lo anunciaban.

-Nos has prometido revelaciones sobre Dalassene -díjole Saint-Just. Habla.

Al ver Saint-Just que la Villars seguía callada, atribuyó su silencio a su timidez y, para facilitar sus respuestas, precisó los puntos sobre los cuales quería que se explicase.

-Cuéntanos lo que sabes de su estancia en Turín.

-No estaba yo con él -respondió la Villars, -e ignoro lo que hizo.

Desconcertado por esta declaración, pero más irritado aun, Saint-Just se puso amenazador.

-Nos has mentido, entonces, a Robespierre y a mí, cuando nos has dicho que podías ayudarnos a descubrir las pruebas de sus traiciones.

-He mentido -confesó la Villars; -he mentido por despecho, en el arrebato de mi cólera, para vengarme del abandono de que he sido víctima. Pero, en seguida, mi conciencia me ha acusado de mi mentira y me prohíbe perseverar en ella.

-Es un arrepentimiento muy tardío -dijo Robespierre.

-Es tardío, pero sincero -respondió la Villars.

-Sincero o no, sabes que puede tener como consecuencia hacerte sospechosa a ti también y provocar tu prisión inmediata.

salvar a Dalassene como lo había estado a perderle. La rapidez de su conversión no debilitaba su energía, y Saint-Just tuvo que reconocer prontamente, que no vencería una obstinación que no podía atribuir sino a la movilidad femenina.

Pero lo que él no esperaba, era ver a aquella mujer, de la que había pensado hacer un instrumento para agobiar a Dalassene, transformarse en abogado y defender al que acusaba pocas horas antes. Eso fue, sin embargo, lo que ocurrió.

-Podéis -dijo, -hacerme prender, si os parece bien, juzgarme y enviarme a la muerte, eso no me impedirá afirmar hasta mi último suspiro que he calumniado a Dalassene.

Mientras he vivido a su lado, no he visto, oído u observado nada que permitiese poner en duda su civismo ni la sinceridad de sus opiniones sinceramente republicanas. Estuvo en el Piamonte, es cierto, pero fue con autorización de sus colegas, los representantes que habíais enviado con él a Saboya.

Su misión fue objeto de un informe que se leyó en la Convención; yo estaba en la sesión aquel día, y aún estoy oyendo las aplausos que le acogieron. Encontró en Turín una antigua amiga, pero llevándola a Chambery en los plazos marcados por la ley, hizo perder a esa mujer la condición de emigrada.

Tenía, pues, derecho de traerla a Francia y ella lo tiene para vivir aquí. En ese punto, la acusación formulada contra él no es fundada, como no lo son las que tienden a presentarle con fogoso aplomo. Bajo el imperio de una voluntad indomable, las palabras acudían a sus labios sin que ella tuviese que buscarlas.

Entregada a su deseo de transmitir al alma de sus oyentes la convicción que la animaba, no veía los efectos que producían sus palabras en cada uno de ellos. Billaud-Varenne la animaba con la mirada; Carnot parecía aprobarla; Belliere estaba impasible, pero cualquiera que hubiese penetrado en su alma, hubiera sorprendido un sentimiento de admiración que solamente el miedo le impedía manifestar.

A Robespierre y Couthon, en cambio, les costaba trabajo contener la cólera, y Saint-Just no fue dueño de ocultar la suya.

-Basta, basta, -vociferó levantándose de su asiento; -no insistas en defender a ese traidor, si no quieres compartir su suerte.

La Villars no bajó la cabeza y sus ojos desafiaron aquel furor. Pero de pronto cambiaron de expresión; detrás de Saint-Just, en el fondo de la sala, estaba viendo a Dalassene.

El convencional había entrado en el salón sin que nadie lo echase de ver y, en pie contra la pared, con los brazos cruzados y la boca contraída por una sonrisa de desdén, estaba escuchando.

Todos se volvieron, suspendidos por aquella aparición inesperada. Dalassene se adelantó apostrofándolos.

-No os molestéis, ciudadanos colegas. Estáis deliberando sin mí y hasta habíais omitido el citarme. Es un ultraje a la Convención de la que soy emanación del mismo modo que vosotros.

Algunos dejaron sus puestos, rodearon al recién llegado, rencorosas y agresivos, y le llenaron de injurias. Pero Dalassene permanecía con la cabeza alta y oponía a sus invectivas una calma inalterable.

-¿Quién me acusa aquí? ¡Tú, Robespierre, a quien mi popularidad altera el sueño! ¡Tú, Saint-Just, que envidias mi nacimiento, del que soy inocente, mi lujo y lo que tú llamas mis buenas fortunas! ¡Tú, Couthon, que fingiste defenderme un día, para atacarme mas sobre seguro! ¡Tú, Billaud- arenne, que por separar de tu cabeza sospechas merecidas me imputas tus propias traiciones! No os reconozco el derecho de juzgarme; no reconozco más que un juez, el juez de todos nosotros, la Convención. Si queréis mi cabeza tendréis que pedírsela a ella. Atreveos, pues, a hacerlo; yo me defenderé revelando vuestras intrigas, vuestros designios tenebrosos, vuestras despreciables ambiciones, y ella pronunciará la sentencia. De vosotros no espero ninguna justicia; ni de ti siquiera, Carnot, que te lavas las manos en todo; ni de ti Belliere, que ayer aún te llamabas mi amigo. Hasta la vista, ra, la Villars, aprovechando la confusión que reinaba a su alrededor, se había refugiado en el hueco de una ventana y escondiéndose detrás de las cortinas con la esperanza de hacerse olvidar. Desde aquel sitio, vio retroceder a Dalassene hasta la puerta y salir antes de que aquellos a quienes se había dirigido pudiesen impedírselo.

Todos se miraron, consternados los unos, irritados los otros y todos lentos para reponerse del asombro que acababa de causarles aquella escena impetuosa. Pero pronto volvieron en sí y se oyeron resonar voces furiosas.

-Hay que mandarle prender.

-Prenderle sin causa es prepararle un triunfo en la tribuna.

-No podrá presentarse en ella puesto que estará preso.

-Escribirá al presidente, su carta será leída en sesión y el efecto será el mismo.

-Haría falta, al menos un pretexto.

El debate se animaba, y ponía frente a frente las opiniones diversas con tal vivacidad, que los que las expresaban no vieron que el alguacil entregaba a Couthon un gran pliego sellado.

-Aquí tenéis más que un pretexto -gritó el presidente blandiendo la comunicación que acababa de recibir. -Es un hecho y grave, y probado, puesto que es la sección Lepelletier la que lo denuncia. Escuchad, ciudadanos colegas.

ha presentado en la sección, donde el ciudadano Formanoir esperaba, su traslado a la prisión del Luxemburgo, y ha comunicado con él después de haber atropellado al centinela y abusado de su título de convencional. He tenido que emplear la fuerza para impedirle llevarse al detenido.» -El delito está caracterizado -declaró Couthon; -la ley es formal y la prisión se impone. Espero, ciudadanos colegas, que seréis todos de mi opinión.

No se presentó ninguna objeción, y el mismo Carnot, así como Belliere, parecieron conformarse con la opinión general. Saint-Just, dando un salto en su asiento, gritó con una loca alegría pintada en la cara:

-Esta noche preso; mañana guillotinado.

Y acercándose a Heron, que se había quedado sentado y con la pluma en el aire, le dijo:

-Escribe.

Y dictó:

«En virtud de las órdenes de las Juntas de Salvación pública y de Seguridad general, el ciudadano Heron procederá inmediatamente a la captura del ciudadano Dalassene, representante del pueblo. Se lo autoriza para pedir en este servicio el auxilio de la fuerza pública. -Dado y firmado en París, el 10 frimario del año I de la República una e indivisible.» -¡Al fin estamos libres de este traidor! - ijo Robespierre.

-No pierdas un minuto -ordenó a Heron; -no se debe retardar la ejecución de las leyes.

-He encargado ya a Heron de una misión importante en Libry -hizo observar Billaud-Varenne.

-No hay nada más importante que esto -respondió Saint-Just con el acento de un hombre acostumbrado a atribuirse todos los derechos.

Billaud-Varenne no se atrevió a insistir. Descontento al ver desconocida su autoridad, salió de mal humor, y ese detalle que le humillaba fue a engrosar el haz de rencores que ya alimentaba contra el triunvirato. Absorbido por su cólera interior, no echó de ver que Heron le acompañaba con una mirada en la que se leía la satisfacción de la victoria.

Poco a poco, los otros miembros de las Juntas le siguieron y pronto Heron se quedó solo en la sala silenciosa. Entonces se levantó buscando con la vista a la Villars, y dejó escapar una exclamación de despecho al ver que la joven se había aprovechado de la confusión que reinaba a su alrededor para desaparecer.

su casa. Lucía no podía sostenerse. La explicación que había tenido con la Villars, los esfuerzos que había empleado para ablandar a aquella mujer y la alegría de haberlo logrado, la habían quebrantado no menos que el temor de ver a Dalassene atraer sobre él, por sus imprudencias, las violencias de sus enemigos.

Después, al saber que Roberto no estaba convocado a la reunión de las juntas, se había llenado de espanto, y recordando entonces la advertencia de Belliere, había procurado convencerle de la necesidad de marcharse inmediatamente.

Dalassene no había consentido ni rehusado. Quería, ante todo, presentarse a sus colegas reunidos y desenmascarar a aquellos cuyo odio le perseguía.

En vano le había suplicado Lucía que no afrontase su presencia y que esquivase sus golpes; Dalassene no había querido oírla y sus súplicas y sus lágrimas le habían dejado insensible. Roberto se había arrancado de los brazos que le retenían y declarado que su conducta ulterior no se podría berto cuando el prometido de Clara, testigo del dolor de Lucía y, con la esperanza de poner término a sus angustias, se ofreció espontáneamente a ir al antiguo hotel d' Elbeuf, donde se reunían las juntas, para saber noticias. Esperando su vuelta, Lucía sucumbió al cansancio y a las emociones y se quedó dormida en un sofá cerca del fuego. Clara y la Gerard velaban a su lado hablando entre ellas en voz baja o entregándose, cuando no tenían nada que decirse, a las tristes reflexiones que les sugerían los sucesos conmovedores de aquel largo día.

Hacía un momento que guardaban silencio cuando la Gerard dijo:

-Es aún una felicidad en medio de nuestras penas el tener a mano a un hombre tan servicial como el señor Esteban.

¡Qué encantador mancebo!

-¡Oh! si, bien puedes decirlo -respondió Clara; -es un corazón tierno y valeroso, lleno de solicitud por las personas a quienes se ha entregado. -Estoy aún buscando sus defectos, confesó ingenuamente la joven, -y no encuentro más que cualidades.

-¡ Cómo se ve que le ama usted, querida niña!

-¿Por qué no he de amarle, puesto que él me ama a mí?

Tengo ese derecho; dentro de pocos días estaremos casados.

-Y su hermana de usted será mujer del señor Dalassene.

¿Quién podía preverlo cuando, hace tan poco tiempo, está-Dejemos eso, Gerard. ¿Para qué insistir en lo que hace sombra a mi contento? No hay felicidad sin tristeza. Pero, qué quieres, vivimos en unos tiempos tan descompuestos...

Un movimiento de su hermana le cortó la palabra. Lucía se despertaba.

-¿Estás mejor? -le preguntó Clara.

En lugar de responder, Lucía interrogó:

-¿Ha vuelto Esteban?

-Todavía no. Pero está lejos el Louvre de la calle del Mont-Blanc, y, además, hace falta tiempo para informarse.

-Es verdad -suspiró Lucía. -¡Pero qué cruel es esta espera! ¿Qué estará sucediendo en aquella terrible junta? ¿Conjurará Roberto los odios conjurados contra él, y, si no lo consigue, esos hombres de sangre le dejarán escapar? ¿No querrán detenerlo? ¡Ah! Dios mío, cuánto daría, porque estuviésemos lejos de aquí...

-Pronto lo estaremos -respondió Clara; -tranquilízate.

Esteban me ha dicho que le bastan unas horas para asegurar nuestra partida.

Cuando la joven acababa esta frase, apareció Esteban. Su paso había sido inútil; no sabía nada más sino que las juntas estaban reunidas para recibir la declaración de la Villars y las puertas severamente guardadas.

-He sabido solamente -añadió Esteban, que el ciudadano Dalassene ha llegado cuando había comenzado la sesión, Dalassene entró radiante, y, en respuesta a las preguntas de Lucía, que se arrojó hacia él, contó brevemente lo que había pasado en la reunión de las juntas, o, más bien, lo que él había, visto: la estupefacción de sus colegas al verle entrar y su consternación al escucharle. Ya no les temía; él vencería sus perfidias. Denunciándolos a la Convención, prestaría un señalado servicio a su patria y a sí mismo. -Lucía no participaba de la confianza de que él estaba animado, pero no se atrevió a decírselo y se contentó con preguntar cuál había sido la actitud de Belliere.

-Belliere es un gran artista -respondió Dalassene, -pero es una tabla podrida. Tenía demasiado miedo para tomar mi defensa; mañana me defenderá si soy victorioso.

Nadie protestó; ni siquiera Esteban, que conocía a su maestro y admiraba en él al pintor, pero le tenía en mediana estima como convencional por haber observado con frecuencia sus debilidades y cobardías.

-¿Estaba allí esa mujer? -preguntó también Lucía a Dalassene.

-Estaban interrogándola cuando yo entré -respondió Roberto, -y con gran sorpresa mía, la he oído defenderme y le he dado las gracias. Pero no me hago ilusiones sobre la causa de ese cambio de actitud; teme que vuelva a ser poderoso y toma sus precauciones para el día de mañana.

que te ha hecho; se ha comprometido a ello delante de mí.

Era aquello una revelación para Dalassene, Y. Lucía tuvo que contarle el paso que había dado con la Villars.

-Entonces, a todo pecador, misericordia -exclamó Roberto alegremente.

La alegría era comunicativa, y, al verle transformado y tan diferente de como estaba unas horas antes, Lucía empezaba a preguntarse si serían excesivos los temores que la hacían temblar.

tenga razón -pensaba, -y haga yo mal en alarmarme.

De este modo, sufriendo el ascendiente que su amante ejercía sobre ella, Lucía se abandonaba a la esperanza que un minuto antes se negaba a compartir. Pero iba a ser detenida desde el primer paso en esa nueva ruta.

Mientras hablaba, Dalassene había visto en una mesa una carta llegada para él en su ausencia. En el sobre, al lado de su nombre, se veía la palabra «Urgente». Roberto la cogió y leyó su contenido. Una palidez de muerte veló sus facciones y la alegría que brillaba en sus ojos se borró para dar lugar a una expresión de cólera y de espanto.

-¿Cómo ha venido esta carta? -preguntó con voz ahogada.

-He debido prevenírtelo cuando has entrado, Roberto -dijo Lucía alarmada de nuevo, pero estaba tan conmovida que lo he olvidado. ¿Quién te escribe?

-El ciudadano Berryer, y lo que me dice me muestra con qué cuadrilla de malvados tengo que habérmelas.

Y leyó la carta en alta voz:

«Ciudadano representante tengo el doloroso deber de participarte que mis dos clientes, tu abuelo Ninart de Mausabré y tu tío, Ninart de Lavoix, que, gracias a ti, estaban detenidos, desde su captura, en una casa de salud, han sido trasladados esta mañana a la Conserjería y van a comparecer ante el tribunal. Si no eres bastante poderoso para salvarlos, están perdidos.

-Salud y fraternidad.» Dalassene, agobiado, se dejó caer en una silla sin pronunciar palabra. El ser sometidos a juicio los dos ancianos con quienes le unían vínculos de sangre, le daba un nuevo testimonio de su impotencia y de la rabia de sus enemigos.

Una vez, no había podido impedir la prisión de esos inocentes, y, ahora, no podía tampoco evitar su envío al tribunal. Interponerse para salvarlos, hubiera sido precipitar su pérdida, y si se jactaba de conservar aún bastante influencia sobre la Convención para asegurar su propia salvación, tenía que reconocer que no podía ejercerla más que en provecho propio y no en beneficio de sus desgraciados parientes. Al servicios que suponía haber prestado a la libertad, para convencer a la Convención de que no había desmerecido y de que su patriotismo seguía siendo puro.

Pero sobre esta arenga fogosa que el pronunciaba como si hubiera estado en la tribuna, Lucía vertió cuerdas palabras inspiradas por su prudencia y sus temores. Presentía que los enemigos de Dalassene eran más fuertes que él y que, si no huía, sucumbiría a sus golpes.

Así se lo dijo Lucía con el ardor de un alma convencida y apasionada. No era ya hora de engañarse a sí mismo; debía resolverse a la fuga, y cuanto antes mejor, pues pronto sería demasiado tarde.

Aunque medio convencido, Dalassene se defendía aún contra este consejo, y, al ver que su amada insistía, alegó que no había nada preparado para una fuga precipitada. A aquella hora de la noche, no podía procurarse, coche, caballos y pasaporte. Pero en este punto fue batido por Esteban. El discípulo de David se comprometía a preparar la partida para el día siguiente, al rayar el alba.

-Pues bien, sea -dijo Dalassene consintiendo; -prepáralo todo como si debiese partir, y ven a buscarme a primera hora.

La noche es buena consejera y sabrás lo que he decidido.

Lucía hubiera deseado una respuesta más categórica, pero renunció a exigirla, convencida de que no la obtendría mientras Dalassene conservase la esperanza de probar en la sentó a anunciar que una mujer, que se negaba a decir su nombre, pedía hablar en el momento al ciudadano representante.

-Que vuelva mañana -dijo Roberto impaciente, creyendo que la tardía visitante era alguna pretendiente.

Pero ella había seguido a la doméstica y oído la respuesta hecha a su petición.

-Mañana será tarde -dijo desde la puerta.

Dalassene se volvió y reconoció a la Villars.

-Entre usted, señora -dijo Lucía, que también la había conocido, -y sea bien venida.

La Villars echó una mirada a su alrededor para asegurarse de que podía hablar libremente y sin peligro delante de las personas presentes.

-Por él vengo -respondió a Lucía designando a Dalassene. -Quiero advertirle de lo que ha pasado después de que él ha dejado la sesión.

Y brevemente, pero sin omitir nada esencial, contó la escena a que acababa de asistir; la denuncia de la sección Lepelletier acusando al representante de haber comunicado con un detenido, con desprecio de la ley; la alegría de sus enemigos al saber esta noticia y, en fin, la resolución adoptada por las juntas, por unanimidad de los miembros presentes, de expedir contra él un mandamiento de prisión.

-Mis presentimientos no me engañaban -gimió Lucía.

Dalassene permanecía incrédulo; no se atreverían a prenderle y a ultrajar en su persona a la representación nacional. Pero la Villars se propuso desengañarle.

-Créeme, no tardes; el peligro es apremiante. Cuando estés encarcelado, no podrás hacer nada.

-Podré apelar a la Convención.

Acusado por el triunvirato, no encontrarás en ella ni un defensor.

-Olvidas que puedo contar con Danton. Lo enviaré a él mi carta.

-Está todavía más comprometido que tú, y si quiere leerla, ahogarán su voz.

Dalassene protestaba indignado; no admitía que se empleasen semejantes procedimientos contra un representante del pueblo.

-Estás viendo, sin embargo -respondió la Villars, -que no te han comunicado siquiera la denuncia de que eres objeto.

-Esos procedimientos están autorizados por las leyes que vosotros habéis hecho -hizo observar tristemente Lucía.

¡Cuántos inocentes han perecido a los que ni siquiera se ha confrontado con sus acusadores y contra los cuales se han violado todas las reglas de la justicia! Si te vencen, lo harán con las armas que tú has puesto en manos de verdugos.

-No, amigo mío, no te acuso; quiero solamente demostrarte la necesidad de substraerte por la fuga a los odios en que has incurrido.

-Tiene razón, Dalassene -dijo la Villars; -si no huyes, estás perdido. Demasiado sabes cómo se hacen esas cosas. Detenido, sometido al tribunal, ejecutado, no hacen falta para esto más que veinticuatro horas. La justicia revolucionaria es expeditiva, y he oído gritar a Saint-Just ordenando tu prisión:

detenido esta noche y guillotinado mañana.

Produjose entonces a su alrededor un concierto de súplicas. Todas las voluntades que le permanecían fieles, se coligaban para asegurar su salvación y obligarle a marcharse.

-Me le llevo a usted conmigo a mi casa, ciudadano -dijo Esteban. -A nadie se le ocurriría el ir a buscarlo allí. Mañana, saldrá usted de París.

-Y pronto nos reuniremos contigo -añadió Lucía.

Dalassene guardaba silencio ante estos ruegos, que cuanto más ardientes eran, más parecían hacer inflexible su resistencia.

-No, no huiré -dijo de repente. -Huir sería confesarme culpable de los crímenes que se me imputan. Me defenderé hasta el fin, suceda lo que quiera.

Esta vez, Lucía perdió la esperanza de convencerle. Solamente la Villars hizo un último esfuerzo para lograrlo.

expiarán la adhesión que te han consagrado, y en este joven que no querrá abandonar a su prometida?

Y con un ademán envolvente, designaba a Lucía y Clara, a la Gerard y a Esteban.

Si con este argumento había creído debilitar la resolución de Dalassene, pronto quedó desengañada. Roberto perseveraba en su actitud intransigente, pero la llamada a su piedad lo había conmovido.

-No arrastraré a nadie en mi desgracia, ni a ti ni a otros -dijo. Vais a retiraros todos; quiero estar solo cuando vengan a prenderme.

En respuesta a esta orden, Lucía, en lugar de obedecer, se estrechó contra su amante diciendo:

-Lo que ordenas es bueno para ellos, pero no para mí.

Me uno a ti, Roberto, para obtener de mi hermana que se vaya en el acto y para ponerla bajo la protección de su prometido y de mi fiel Gerard. Pero yo me quedo; mi puesto es a tu lado.

Y sin darle tiempo para rehusar el sacrificio que le hacía de su vida, murmuró a su oído tan bajo que nadie pudo oírlo:

-Sí mueres, quiero morir contigo.

Dalassene la conocía muy bien para poder creer que se resignaría a obedecerle.

ría más que a Dalassene, era de temer que detuviesen a todos los que se encontrasen en la casa.

-Si mi hermana se queda, me quedo yo también -declaró Clara.

Lucía tuvo entonces que suplicarle que se fuese bajo la guarda de la Gerar y Esteban; pero Clara le resistió como ella había resistido a Dalassene. Y acaso no hubiera cedido, si su hermana no le hubiera hecho esperar que podría pronto reunirse con ella y dicho que en aquel momento su presencia no podía hacer más que paralizar los esfuerzos de Dalassene para defenderse.

-Consiento en marcharme, puesto que tú lo exiges -dijo Clara. -Pero cuenta con que, si te prenden, iré mañana mismo a reunirme contigo en la cárcel.

Su despedida fue desgarradora y se hubiese prolongado si Esteban, a una sedal de Dalassene, no se hubiera llevado a su prometida, que lloraba a lágrima viva y parecía a punto de desmayarse. La Gerard no estaba menos desesperada y los siguió con la muerte en el alma después de haber abrazado a Lucía.

La Villars se quedó sola con Lucía y Dalassene.

-Es necesario que te vayas también, Susana -díjole Roberto. -Si vienen a prenderme, es inútil que te vean aquí.

Bastante te has comprometido declarando a mi favor ante las sea posible, me emplearé para ti.

-Es, pues, importante que no te prendan.

La Villars parecía convencida, pero no se daba prisa, como si le faltase algo que decir o hacer. La joven se paseaba silenciosa de un lado a otro sin dejar de comprender a qué móvil obedecía. Dalassene y Lucía le dieron prisa de nuevo.

-Es que tengo el corazón oprimido –respondió. Me acuso de vuestra desgracia y estoy inconsolable.

-Olvide usted, como yo, la parte que ha tenido en ella -respondió Lucía; -yo he perdonado y Roberto también la perdona.

-No me acuerdo más de lo que has hecho hoy para salvarme, afirmó Dalassene.

-Humilde y contrita, la Villars le dio las gracias, y añadió levantándose:

-El último consejo, Dalassene. Cuando vivía a tu lado, veía en tu cuarto muchos papeles, ¿Los has conservado?

-No he tenido ninguna razón para destruirlos. Son cartas de solicitantes, sin importancia alguna.

-Las hay, si mal no recuerdo, firmadas por nobles y por curas. Esos desgraciados se dirigían a ti porque habías pertenecido a la misma. clase. Si las encuentran, se convertirán en otros tantos cargos contra ti.

-Siento no haberlas quemado; pero ya es tarde.

llaves; quema todo lo que te parezca peligroso. Me prestarás así un nuevo servicio y te doy las gracias por haber pensado en ello.

Se recordará que su departamento estaba encima del ocupado por Lucía y su hermana. La Villars conocía los sitios por haber estado en ellos todos los días en tiempo de sus relaciones con Dalassene, y le era fácil desempeñar su misión, lo que hizo sin perder momento.

Lucía y Dalassene debieron a esta circunstancia el encontrarse al fin solos, lo que los hizo dichosos. Era un respiro en los acontecimientos que marcaban para ellos con un punto negro aquel día fatal.

Dalassene se había prometido aprovechar la oportunidad para tratar de nuevo de decidir a Lucía a abandonarlo a su suerte; pero a las primeras palabras comprendió la inutilidad de su insistencia y ella se la reprochó.

-¿Cómo has podido creer que amándote como te amo y sabiendo que soy amada, habría de escucharte? ¿Qué pensarías de mí, Roberto, si fuese tan cobarde que te dejase entregado a los peligros que te amenazan? Somos el uno del otro para siempre, en la vida y en la muerte; todo debe sernos común y si esta hora debe ser la última de nuestra dicha, no quiero perder de ella un minuto. Compréndelo bien y no insistas, sería ultrajar nuestro amor y hacerme creer que has dejado de amarme.

desgraciada mujer. Si estaba expuesta a perecer con él, era por culpa del amor que había sabido inspirarla. Por primera vez desde que se había entregado al torrente revolucionario, nacían en él remordimientos por haber arrastrado a Lucía a la catástrofe a que él estaba condenado, y lo que era más imprevisto, por haberse apartado del camino tradicional seguido durante siglos por sus antepasados.

Estos pensamientos se apoderaron de él con una violencia que le arrebataba hacia deberes olvidados y hacia un dominio que había sido suyo y cuyo acceso le estaba en adelante prohibido. Esos deberes se agolpaban imperiosos en su mente, y con tal fuerza que no pudo contener su expresión.

A aquellos labios en los que tantas veces Lucía había ahogado palabras de ira, asomaron confesiones que ella estaba lejos de esperar.

-Había previsto lo que me sucede, a pesar de mis esfuerzos para alejar esta imagen. Es el desquite de mis antepasados. Las tradiciones que ellos me han legado y que han sido pisoteadas por mí, resucitan para aplastarme; he renegado del realismo, y se me acusa hoy de realista; he perseguido a los nobles, y como noble se me ha hecho sospechoso; en vano he votado la muerte del rey, aprobado la de la reina e inspirado leyes contra los emigrados; en vano me he hecho terrorista, dado prendas a la República y defendido la causa del cía se aterró y quiso provocar en él otras ideas. Hízose una cadena de los brazos de aquel amado por quien se había perdido, y dejó hablar a su corazón.

-¿Para qué pensar en la causa de nuestro infortunio cuando la muerte nos acecha? Olvidémosla y no pensemos más que en amarnos hasta el fin, puesto que el cielo nos concede el supremo consuelo de morir juntos.

Exaltábase Lucía hablando y de sus ojos corrían las lágrimas. Y de repente, sintió que otras lágrimas se mezclaban con las suyas, caían en sus mejillas e imprimían en ellas su ardor.

Miró entonces a Dalassene; estaba llorando.

se encontraba la casa en que vivían Dalassene y las de Palarin, estaba silenciosa y desierta. En todo tiempo hubiéralo estado a aquella hora avanzada de la noche, pero ese silencio y esa soledad explicábanse con más razón entonces, que reinaba en París el Terror.

Llegada la noche, los ciudadanos se encerraban en sus casa y solamente obligaciones imperiosas podían decidirlos a aventurarse en las vías públicas donde estaban siempre expuestos a los ataques de los malhechores o, lo que era peor, a caer en manos de seccionarios escamones, siempre dispuestos a considerar como sospechosos a los transeúntes retardados. Así pasaba todas las noches, y aquella no se diferenciaba en nada de las otras.

Pero, un poco antes de las doce, si algún habitante de la calle se hubiera encontrado a la ventana, hubiera visto cuatro hombres surgir de improviso en la calle, viniendo del bulevar, y no hubiera podido engañarse sobre los motivos de su repentina aparición. En el uniforme de tres de ellos hubiera Delante de ellos marchaba su jefe, un personaje cubierto con un gorro frigio y que llevaba un abrigo sobre la carmañola.

-Me has dicho que conocías la casa del ciudadano Dalassene -dijo de repente el jefe dirigiéndose a uno de los gendarmes.

-La conozco, ciudadano Heron; he venido muchas veces a traer mensajes. Es un poco más lejos.

-Guíanos entonces -ordenó Heron.

Pronto estuvieron delante de la casa que buscaban, y al ver una seña del guía, la tropa se detuvo. Heron levantó los ojos para mirar la fachada; estaba casi enteramente sumida en la sombra y solamente se veía luz en las ventanas del piso segundo. Heron no dudó de que allí vivía el representante del pueblo que estaba encargado de prender. Cuando se abrió la puerta cochera en la que había dado golpes, no se ocupó de interrogar al portero que, aterrado al ver los uniformes, no se atrevió a preguntarle quién era ni qué buscaba.

La tropa se metió en la escalera a la luz de un farol colgado en la pared y que ardía toda la noche. En el segundo piso hicieron alto, y Heron, que quería sorprender a Dalassene y no darle tiempo para evadirse, sacó del bolsillo un manojo de ganzúas, de que había tenido cuidado de proveerse, y penetró así en el piso en que vivían Lucía y su hermana.

al cuello y le obligó a volverse a sentar, mientras Heron decía brutalmente:

-Si das un grito, eres muerto. El ciudadano Dalassene está aquí, ¿no es verdad?

Sin esperar una respuesta que el desgraciado servidor no hubiera podido darle, tan paralizado lo tenía el miedo, Heron se dirigió a una puerta en la que había visto luz, la abrió de un puñetazo y se encontró en presencia de aquel a quien buscaba.

Había creído encontrarle solo y se quedó al pronto desconcertado en presencia de Lucía, a la que nunca había visto.

Pero una pregunta de Dalassene le devolvió toda su audacia.

Desprendiéndose de los brazos de su amiga, el convencional se acercó a él.

-¿Eres tú, Heron? ¿Con qué derecho entras aquí sin hacerte anunciar?

-Con el que me da esta orden -respondió Heron sacando del bolsillo el documento escrito de que era portador; -orden de prisión expedida contra ti.

-Hubiera sido más humano ejecutarla en mi domicilio y ahorrar a esta ciudadana la emoción que le causa tu presencia.

-¡Tu domicilio! ¿No estoy, pues, en él?

-Estás en casa de una de mis amigas.

-Siento haberme equivocado, pero eso no tiene importancia. Estoy autorizado para prenderte dondequiera que te -No resisto, pero protesto contra la infame violencia que se me hace. Tú consignarás mi protesta en la diligencia de prisión.

-No la consignaré porque tú lo exiges, sino porque la ley me obliga a ello. Ahora, como antes de conducirte tengo que registrar tu casa, te invito a que me lleves a ella.

Dalassene le respondió con un gesto negativo. No tenía la idea de impedir el registro; pero pensaba en la Villars que estaba quemando los papeles susceptibles de comprometerle, y trataba de darle tiempo reteniendo al agente de las juntas.

-Me niego a guiar tu registro -declaró. Has entrado aquí como un ladrón y tendrás la vergüenza de registrar como un ladrón mi casa. Te advierto, por otra parte, que no encontrarás nada que pueda justificar los hechos que se me imputan.

-Está bien, está bien -gruñó Heron; -registraré sin tu presencia. Se te va a conducir a la Conserjería, donde serás encerrado.

Lucía había escuchado palpitante este rápido y febril coloquio, y se dirigió a Heron.

-Puesto que le prende usted -dijo, -préndame a mí también. Inocente como él, quiero compartir su suerte.

Antes de que Heron hubiera podido responder, Dalassene intervino:

-Espero -dijo, -que no tendrás la crueldad de acceder a su ruego.

-Entonces, que me lleven. En marcha.

Separando suavemente a Lucía, Roberto se dirigió a la puerta donde le esperaban los gendarmes; pero la joven se le adelantó y le reprochó con dolorosa energía el querer abandonarla. ¿Era eso lo que le había, prometido? ¿No había consentido, hacía un momento, en que participase de su suerte? ¿No sabía que si él debía perecer, no quería sobrevivirle? Obligarla a permanecer en la tierra no estando ya él, era condenarla a una desgracia eterna y cometer con ella una ingratitud desconociendo lo que había hecho por él desde que eran el uno del otro.

-No tienes derecho a obrar así -le decía, y privarme del gozo de seguirte en la muerte como te he seguido en la vida.

En su ardor por convencerle, olvidaba que sus palabras tenían testigos, hablaba delante de ellos como si estuviera sola con él y les entregaba el secreto de su amor.

Después, asustada por la actitud que guardaba Dalassene y temiendo que no se dejase ablandar, se dirigió a Heron, que asistía insensible y casi burlón al espectáculo de su angustia.

-No me separe usted de él, señor -suplicó. -Si necesita usted un pretexto para prenderme, ayúdeme a buscar uno.

¿Es preciso que lance gritos sediciosos? Pues gritaré con toda mi alma: «¡Abajo la República y viva el rey!» Lucía estaba radiante, mientras Dalassene, desesperado, levantaba los brazos al cielo como para tomarle por testigo de los esfuerzos que había hecho para impedir que su amada se sacrificase por él.

Heron, a todo esto, vacilaba aún y no se decidía. Su indecisión entregó durante unos momentos a los dos amantes a una angustia igual aunque no tuviese la misma causa para el uno que para el otro. Estaban sus ojos suspendidos de los labios de aquel hombre a quien sus funciones, en aquella hora temible, hacían árbitro del destino de Lucía. Si consentía en prenderla, estaba perdida, y esto era lo que ella deseaba; si se negaba, estaba salvada, y esto era lo que deseaba no menos ardientemente Dalassene.

De repente, la Villars los sorprendió en esta duda atroz.

Volvía a anunciarles que los papeles comprometedores estaban destruidos y al ver a Heron y su cuadrilla, comprendió mejor la utilidad de la operación que acababa de ejecutar.

Heron, sorprendido por su entrada inesperada, se precipitó hacia ella y se puso a dirigirle reproches.

-¿Qué haces aquí, pérfida? ¿Es así como cumples tus promesas? Hace un momento te has eclipsado para no encontrarte sola conmigo a la salida de la sesión. Y debías esperarme en tu casa a las doce de la noche. Son las doce y no estás allí.

-Si te hubiera esperado a la hora fijada por ti -dijo hipócrita y dulzarrona, -te hubiera esperado en vano, puesto que estabas ocupado en otra parte.

-Pensaba ir a verte cuando hubiera acabado con Dalassene. No tardaré mucho.

-¿De qué podrás quejarte si soy exacta en la cita?

Aquel compromiso implícito puso a Heron de buen humor con la mujer que consideraba ya como suya y le dio parte del apuro en que le ponían las súplicas contradictorias de que era objeto.

-La ciudadana quiere que la prenda; el ciudadano representante me pide que no lo haga; no sé qué decidir.

Esto fue bastante para revelar a la Villars el combate que se había verificado en su ausencia entre los dos amantes. Poseída de piedad, admiró a Lucía y compadeció a Dalassene, pero pensó que los dos estaban en su papel puesto que se amaban. Por muy pervertida que estuviese, les envidió la dicha de haberse inspirado recíprocamente la poderosa pasión que los ponía enfrente e inspiraba en el corazón de la mujer aquel desprecio de la vida y en el del hombre la voluntad de no dejarla perecer con él.

Estas reflexiones se desarrollaron en su mente en menos tiempo del que hace falta para resumirlas y le sugirieron el deseo de impedir que Lucía consumase su sacrificio. Y las circunstancias le permitieron realizar ese deseo. Enamorado que iba a exigirle no le comprometía y la Villars formuló su petición.

-¿No sabes qué decidir para salir del paso? -le dijo. -Me extraña tu indecisión. Si esta mujer no es culpable, ¿por qué la has de prender?

-Únicamente por que ella lo desea. En la orden de que soy portador, no se trata de ella.

-Sería, pues, abominable -replicó vivamente la Villars -aprovechar el extravío en que un dolor muy comprensible ha puesto a esta infortunada para enviarla a la muerte.

-Una aristócrata menos; no se perdería gran cosa.

-No tendrías excusa -respondió la Villars tratando de disimular la indignación que le causaban aquellas frases odiosas. -No te muestres peor de lo que eres y déjame creer que tienes algún interés en complacerme. Te agradeceré que la dejes libre.

Heron se quedó embrujado por la mirada con que ella acompañó estas palabras.

-Llevaos al ciudadano representante, -dijo a los gendarmes. -En cuanto a ti, ciudadana, no tengo autoridad para apoderarme de tu persona.

Al oir esta declaración que engañaba sus esperanzas, Lucía quiso arrojarse a él y dio un paso hacia delante agitando el aire con los brazos. La Villars corrió a sostenerla. Lucía se quedó clavada en el suelo como paralizada repentinamente Dalassene se había precipitado, se inclinó hacia aquella cara querida y le dio un beso.

-Te la confío -dijo en voz baja a la Villars. -Llévala a casa de Esteban Jerold; allí encontrará a su hermana.

-Vete en paz -respondió la Villars; -yo me encargo de ella. No pienses tú más que en salvar tu cabeza.

Cuando, pocos instantes después, Lucía volvió en sí, sus ojos, al abrirse, se encontraron con los de su antigua rival. Y leyó en ellos tanta solicitud y compasión que le inspiraron el valor que necesitaba en aquella prueba cruel. Lucía midió toda la extensión de su desdicha. Se había acabado el hombre a quien había amado tanto y al que amaba más apasionadamente todavía en el momento en que se lo arrancaban.

-Ya está en manos de esos miserables -gimió; -los bárbaros me han rehusado la alegría de morir con él. ¿Qué va a ser de mí si me le roban para siempre?

-No está todavía perdido todo, señora; acaso podamos salvarle. Pero si hemos de lograrlo, es preciso que esté usted valiente y fuerte.

La Villars hablaba así para apaciguar el dolor de que era testigo y confidente; pero hablaba sin convicción. Conocía demasiado bien a los tigres entre los cuales había vivido para creer que soltarían su presa.

Esteban habitaba muy lejos de allí, en las alturas de Chaillot, y en vista de la imposibilidad de encontrar a aquella hora un coche para que las transportase, hubiera acaso sido mejor que esperasen el alba. Pero había que temer un cambio en las disposiciones de Heron y la vuelta inopinada de sus agentes, si él se arrepentía de haberse mostrado magnánimo.

La prudencia aconsejaba, pues, ponerse lo antes posible en salvo y las dos mujeres decidieron marcharse inmediatamente.

El doméstico de Lucía, con cuya adhesión sabía ella que podía contar, las acompañó para protegerlas en aquella carrera nocturna. Pero el camino se hizo sin tropiezos, y, a eso de las dos de la madrugada, llegaron a casa de Esteban.

Clara no esperaba volver a ver tan pronto a su hermana.

La creía presa, la lloraba como si la hubiera perdido para siempre, se acusaba de haberla abandonado, y no recordaba su energía más que para afirmar su voluntad de ir al día siguiente mismo a compartir su prisión.

La llegada inesperada de Lucía hizo suceder la alegría a la desesperación, y cuando supo qué servicios debía su hermana a la Villars, se echó en los brazos de esta mujer expresándole su reconocimiento.

La Villars se quedó tan conmovida por aquel rasgo, que si en este momento le hubiera Clara pedido la vida, se la hubiera dado sin titubear. Degradada por su conducta y por las tanta gracia virginal y una pureza sin sombras.

Cuando acabaron esas efusiones, la Villars miró el reloj y pensó al mismo tiempo que a aquella hora había debido de presentarse Heron en su casa y se estaba desesperando en la puerta, donde acaso se había encontrado con Billaud-Varenne. Aquel pensamiento le dio horror y decidió dejar frente a frente a sus adoradores rivales. Lucía y Clara le suplicaban, por otra parte, que

esperase el día para retirarse, y la Villars accedió a sus deseos sin decirles el móvil a que obedecía.

captura y encerrado en una celda en la que le dejaron solo, Dalassene cayó como una masa inerte en el camastro que constituía allí lo principal del mueblaje. Las emociones de aquel día habíanle aniquilado hasta el punto de impedir a su pensamiento que se aplicase a buscar los medios de salvación que pedían quedarle aún.

Apenas echado, cayó en un sueño pesado y profundo.

Al cabo de una horas, unos pálidos rayos del sol de invierno le despertaron, y al ver en qué siniestro lugar le habían encarcelado, comprendió todo el horror de su situación. Caído en manos de sus adversarios, no podía esperar su clemencia.

Estaba definitivamente perdido.

La proximidad de la muerte no le aterraba; pero el modo como se le trataba le llenaba de dolor, de humillación y de cólera; dolor por estar separado de Lucía, humillación por su impotencia para desbaratar los lazos que se le habían tendido, cólera, en fin, por la perfidia de Robespierre y de Saint-Just y por el cobarde abandono de Belliere.

su defensa...

Aunque no se le había hecho conocer el motivo de su encarcelación, sabía que se lo acusaba de haber comunicado con su secretario Formanoir preso en la sección Lepelletier.

Pero esto no era, más que un pretexto, y sus enemigos no podían contar con obtener su condena si no podían invocar más que ese hecho, por lo que debían de haber procurado reunir otros cargos contra él.

Importábale conocerlos y quería que fuesen producidos ante la Convención, no porque creyese que, después de haber probado su falsedad, obtendría justicia de esa asamblea ya aterrorizada por los triunviros, sino porque debía probar, por el honor de su memoria, que no había cesado de conducirse como patriota.

De todos modos, para que le fuese permitida esa prueba, era preciso que la Convención consintiese en oirle, y para esto era necesario que llegase a ella su petición. No necesitó más que unos minutos para redactar mentalmente ese documento, y cuando tuvo pensados los términos, su principal preocupación fue escribirla y hacerle llegar al presidente de la asamblea.

Iba a llamar para pedir recado de escribir cuando se presentó un carcelero, y, después de haberle advertido que podía hacer traer sus comidas de una fonda de los alrededores, o imagen de los emblemas de la República, en la primera hoja:

un haz de hachas, un gorro frigio y estas palabras como mote: «La República una e indivisible o la muerte.» -Saint-Just no ha perdido el tiempo -dijo con amargura reconociendo desde las primeras líneas la fórmula ordinaria de las citaciones a comparecer ante el tribunal. -Estaba citado para el día siguiente, a las once. No tenía, pues, más que el tiempo indispensable para apelar a la Convención.

Mientras el carcelero iba a buscar papel, tinta y plumas, Dalassene leyó el acta de la acusación y la estupefacción que le causaba se tradujo en un grito furioso, con tan infernal habilidad estaba maquinado el documento.

Lo que había pasado en la sección Lepelletier ocupaba en él poco sitio y solamente estaba mencionado al final para coronar con una última culpa otras mucho más graves que allí estaban enunciadas. Se le hacía cargo del viaje hecho a Turín pocos meses antes y del que por entonces hizo su abuelo Ninart de Mausabré. Su encuentro, considerado como probable, aunque él le creía ignorado, autorizaba a suponer que no había ido al Piamonte más que para favorecer el transporte de fondos pertenecientes a emigrados y que habían quedado en manos del ex arrendador general Ninart de Lavoix.

En este punto, la acusación englobaba en el mismo complot al tío y al sobrino, acusándolos de haberse concerAcusábasele además, de haber estado en relación con emigrados durante su permanencia en Turín; no se designaba ninguno, ni siquiera a la ex condesa de Entremont; pero se daban por ciertas esas relaciones.

Recordando, en fin, que las gacetas piamontesas habían publicado documentos secretos robados a la oficina de asuntos extranjeros, la acusación atribuía a Dalassene esta comunicación y de este conjunto de circunstancias deducía que había favorecido los planes criminales de los realistas contra la República.

-¡Qué infamia! -murmuró Dalassene al terminar la lectura.

En el acto, escribió al presidente de la asamblea una carta de protesta, en la que, desgraciadamente, no podía oponer a sus acusadores más que el recuerdo de sus servicios pasados y no desmentir su encuentro con su abuelo, base principal de la acusación.

Escrita la carta, se la confió a un carcelero que, generosamente pagado, se comprometió a hacerla llegar a su dirección. Dalassene, sin embargo, no se hacía ilusiones sobre las consecuencias de este paso supremo. Su carta sería entregada al presidente de la Convención, eso no lo dudaba. ¿Pero la conocerían sus colegas? ¿No era de temer que el triunvirato impidiera su lectura en la tribuna? Si así era, no escaparía a la muerte. Dalassene se resignó. Había jugado una partida y la con júbilo y esto hubiera bastado para volver la paz a su alma si, por otra parte, no hubiera pensado que en el camino que tenía que recorrer para llegar al cadalso, iba a encontrar a su abuelo y a su tío y que su suerte sería igual a la suya.

Entre todos los pensamientos que asaltaban su mente, era éste el más desgarrador. Su conciencia le reprochaba el haber inspirado, defendido y votado las leyes en cuyo nombre, iban a perecer los dos ancianos. Su desdicha era obra suya, no se lo disimulaba, y esto bastaba para duplicar con un horrible remordimiento su dolor filial.

Por la carta del abogado Berryer que había recibido aquella noche, sabía que los dos ancianos estaban en la Conserjería y que debían comparecer, como él, ante el tribunal al día siguiente. No podía, pues, evitar su presencia y temía sus reproches, aunque resuelto a no responder para justificarse.

El lector habrá ya comprendido que, hacía unas horas, se estaba operando en él un lento cambio que al disponerle a someterse a tino, le sugería el arrepentimiento y una amarga pena de no estar solo para expiar faltas de las que nadie más que él era culpable.

Sentíase agobiado bajo el peso de estas amargas y crueles reflexiones, cuando se abrió la puerta de la celda y apareció el carcelero advertirle que era la hora en que los presos tenían la libertad de pasearse en el patio de la cárcel.

que los ancianos no podían esperar. Pero, puesto que era imposible evitarlo, ¿para qué su aplazamiento? ¿No era necesario, por otra parte, entenderse con ellos para la defensa común? Sin embargo, digámoslo en su elogio, al decidirse a afrontar su presencia, obedeció a un pensamiento más noble y más alto; tenía sed de su estima y ardía en deseos de obtener su perdón.

Salió, pues, de la celda y se dirigió al patio, gran espacio cerrado por todas partes por los edificios de la prisión.

Cuando entró estaba el patio lleno de detenidos de todos los sexos, edades y condiciones, grandes señoras, mujeres de clase media y del pueblo, nobles, artesanos, militares, sacerdotes, magistrados, mezclados y confundidos, presos casi todos sin causa, víctimas los unos del nombre que llevaban, los otros de su profesión y otros de alguna venganza anónima, todos reunidos, a pesar de la diferencia de castas, por la comunidad de su infortunio.

Al ver a Dalassene, los que le conocían, ya por relaciones anteriores, ya por haberle oído en la Convención, se acercaron a él, asombrados de verle allí. ¡Un representante del pueblo, que

había dado a la República tantas prendas de adhesión, metido en la cárcel y reducido a participar de su suerte! Era más de lo que hacía falta para excitar su sorpresa y su curiosidad. Algunos le interrogaron con la cordial familiaridad que se establece instantáneamente entre desgraciados abuelo y a su tío.

Los dos ancianos le vieron llegar y su asombro no fue menor que el de los otros presos. Se levantaron y, sin esperar que él les dirigiera la palabra, Ninart de Mausabré le interpeló:

-¡Usted aquí! Si viene usted a libertarnos se le ocurre un poco tarde. Estamos citados para comparecer ante el tribunal mañana temprano.

El anciano hablaba duramente y Dalassene sentía vibrar bajo sus palabras la cólera cuyas explosiones había ya sufrido en Turín y en Chanteloup.

-No me agobie usted, abuelo -respondió. Si ha leído usted su acta de acusación, debe de haber visto que mi suerte es la misma que la de ustedes.

-No hemos recibido aún semejante documento -declaró Mausabré que parecía no comprender todavía.

-Lea usted, entonces, el que yo acabo de recibir.

Mausabré fijó los ojos en el papel que le presentaba su nieto y su venerable cara entristecida se iluminó con una sonrisa, de gozo sarcástico.

-Mira, Lavoix, lee -dijo a su hermano en tono de amarga burla; -esto nos venga de este desgraciado.

Su hermano, mayor de unos cuantos años, el antiguo arrendador general, no tenía el mismo vigor que él ni la misma agilidad en los miembros, y empleó algún tiempo en sacar -No es este el momento de agobiarle con nuestros reproches. Es más de compadecer que nosotros, pues no tendrá como nosotros, el consuelo de morir inocente.

-Diríase que le perdonas -exclamó Mausabré.

-No hago más que adelantarme a lo que harás tú mismo, amigo mío -respondió Ninart de Lavoix. - e conozco y sé que tú también le perdonarás. ¿No sabes que hay en el cielo más alegría por un pecador que se convierte que por cien justos que perseveran? Si éste se arrepiente...

-¿Pero es así? -preguntó el otro anciano.

-Sí, por cierto, se arrepiente. Mírale.

Mausabré guardó silencio, pero era visible que en su alma había un combate. Miraba a Dalassene encorvado ante él y, poco a poco, se fue borrando de sus severas facciones la dureza que hasta entonces parecía impresa en ellas, para dar lugar a una expresión de enternecimiento y de piedad.

Unos cuantos presos, agrupados a distancia, seguían de lejos esta escena cuyo objeto comprendían imperfectamente.

Vieron de repente a Mausabré coger por el brazo a su nieto, atraerlo hacia él y abrazarle, mientras que éste, con la frente apoyada en el hombro de su abuelo, parecía expresarle su agradecimiento y abandonarse al dolor.

El abrazo fue largo. Después Dalassene pasó de los brazos de su abuelo a los de su hermano de éste, y la reconciliación se hizo así, completa y definitiva.

de comparecencia, que les entregó las que les estaban destinadas. Los cargos imputados a Dalassene, encontrábanse allí reproducidos casi en los mismos términos.

-He aquí la justicia de tus amigos de ayer, hijo querido -dijo Mausabré tan tranquilo ahora como irritado estaba hacía un instante. -Se te complica en hechos de que no has participado y que ignorarías aún si yo no te los hubiera confesado cuando nos encontramos en Turín.

-Esos miserables necesitan un arma contra mí -dijo Dalassene, -y han forjado esa.

-Por fortuna no lograrán probar los hechos de que nos acusan.

-Yo les probaré -dijo, Lavoix, -que en este asunto no hay más que un culpable, suponiendo que sea una culpa el restituir los bienes del prójimo, y que ese culpable soy yo.

Su hermano protestó.

-¿Qué estás diciendo amigo mío? ¿No he sido yo tu cómplice? Cuando estemos delante de esos jueces infames, no trates de disculparme o me obligarás a declarar que has mentido. Unidos en la muerte como en la vida -añadió estrechando la mano de su hermano, -esta es divisa con que siempre nos hemos honrado. Permanezcamos fieles a ella hasta nuestra última hora y no procuremos, tú y yo, más que probar que mi nieto es injustamente acusado.

Dalassene protestó a su vez.

remordimiento de haber abreviado la de ustedes. Si no consigo salvarlos, la muerte será para mí una expiación y una liberación al mismo tiempo. He escrito al presidente de la Convención, y espero aún que la asamblea querrá oírme.

No decía Dalassene la verdad al expresar esta esperanza, que sabía que era frágil y casi irrealizable. Y la actitud de su abuelo y de su tío le probó que no creían más que él que fuese posible la salvación. Pero no tuvieron tiempo de enumerarle las razones de su incredulidad. El plazo concedido a los presos para el paseo en el patio iba a acabarse y era preciso que se separasen. Hasta el día siguiente no podrían ya comunicarse entre ellos, a no ser que comprasen la complacencia de los carceleros, cosa que se hacía diariamente y que cada uno de ellos se prometía hacer.

Seguro de haber reconquistado la ternura de sus ancianos parientes y de no ser ya para ellos un objeto de horror, Dalassene hubiera vuelto a su celda más dichoso que cuando salió de ella, si no hubiera estado torturado por el remordimiento y al mismo tiempo por el recuerdo de Lucía.

Como los dos ancianos, aquella desgraciada mujer era también su víctima. Ella, sin duda, no moriría. Pero ¿ qué iba a ser en adelante su vida? Arrancándola de su hogar, separándola para siempre de su marido, Roberto la había consagrado a la desgracia. Viviendo, acaso hubiera podido proporcionarle una existencia envidiable y apaciguar las reirreparablemente con él, y, acaso, llegase a maldecirle con frecuencia.

Este pensamiento reanimaba en él el deseo de vivir. Pero, para que se realizase, era preciso que la Convención consintiese en oírle. No tenía más esperanza que ésta. Durante toda la tarde, esperó febrilmente una respuesta a la carta que había escrito al presidente, y a medida que se acercaba el fin del día, aumentaba su impaciencia, más irritante y dolorosa por la soledad que reinaba a su alrededor y por la ignorancia en que se lo dejaba de lo que pasaba fuera.

¿Se había conmovido París por su captura? ¿ Se había hablado de ella en el municipio y en los jacobinos? ¿Habían osado sus amigos dar algún paso en su favor? ¿Le tenían por culpable los papeles públicos o abogaban por su causa?

Otras tantas cuestiones que se planteaba y que le dejaban en la más cruel incertidumbre.

A eso de las cinco fueron a buscarle para ir al locutorio, y él se creyó salvado y fue, pensando encontrar allí un emisario de la Convención que iba a llevarle la respuesta que esperaba. Al pronto, se quedó desencantado, reconociendo en el mensajero a Esteban Jerold. Pero, aunque en este instante Dalassene hubiera deseado otro, fue dichoso al ver a Esteban, que le llevaba noticias de Lucía.

Desgraciadamente, el primero, obligado ya a deshacer los lazos de adversarios implacables coligados contra él, se había declarado impotente para iniciar en la tribuna una moción en favor de su colega detenido. No quería tomar la palabra para defenderle más que en caso de que el presidente de la asamblea, le diese la ocasión leyendo la carta del acusado.

En cuanto al segundo, dominado por el miedo y por el deseo de no incurrir en el enfado del triunvirato, se había negado formalmente a provocar esa lectura y dicho que no quería intervenir en este conflicto. No había consentido, y esto con gran trabajo, más que en pedir pasaportes para asegurar la partida de las señoras de Palarin, de la Gerard y de Esteban y procurar a éste un permiso para entrar en la Conserjería.

Aunque desanimado por la inutilidad de sus tentativas, Esteban se había ido a la sesión de la Convención, esperando que el presidente haría conocer a la asamblea la protesta de Dalassene. Pero Couthon, que presidió aquel día, había guardado silencio y había pasado la sesión sin que se hablase de la prisión de un representante del pueblo. Habíase hablado de ello en los pasillos, pero allí, como en la tribuna, ninguna voz se había levantado para tomar su defensa.

-No encontrarás ni un defensor -le había dicho la Villars.

La predicción se cumplía.

profetizar que ante el tribunal, como en la Convención, sería ahogada su defensa.

-Dejemos eso -dijo Dalassene, -y háblame de Lucía.

Tengo prisa por saber que no me maldice.

Esteban tuvo que confesar que, desde por la mañana y después de una noche horrorosa, había caído en un sopor del que no habían podido sacarla los cuidados más perseverantes. Parecía que se había quedado muda y sorda, estaba aún en este estado y el médico llamado a su cabecera diagnosticaba una fiebre cerebral. Esta circunstancia era más desconsoladora porque, si se comprobaba el diagnóstico, la enferma no podría salir de París.

Había supuesto Esteban que estas noticias excitarían la desesperación de Dalassene; pero se quedó desengañado al ver que las acogía con una especie de satisfacción expresada en un firme lenguaje.

-Todo, hasta lo peor, puede ser un bien, y lo es que esa desgraciada mujer no pueda dejar la cama en este momento.

Si estuviera en posesión de sus fuerzas, se expondría a nuevos peligros para volverme a ver y hubiera querido seguirme al tribunal y hasta a la guillotina. El espectáculo de su dolor hubiera ablandado mi ánimo, cuando tanta necesidad tengo de conservarle intacto y de probar a la patria que los republicanos permanecen intrépidos ante la muerte cuando mueren por la libertad. Si debo morir, vale más que esa querida criapara su felicidad, es preciso que me olvide -añadió.

Esteban comprendió por estas frases que Dalassene estaba resignado a morir y que afrontaría la muerte sin desfallecimiento. Y escuchó sus últimas recomendaciones con el triste respeto que se debe a los condenados a quienes espera la última hora inmediata.

poco, pero no sentía por ello fatiga alguna, pues su insomnio había sido fecundado por reflexiones apacibles y saludables.

En aquella hora suprema, tan cercana de la muerte, Dalassene sufría la influencia del pasado, de todo aquel período dichoso de su vida que comprendía su infancia y su juventud hasta el día en que rompió locamente las tradiciones seculares de su familia. Antiguos recuerdos acudían tumultuosamente a su memoria; la ternura de sus padres, sus lecciones y sus ejemplos, su incesante y siempre despierta solicitud para hacerle dichoso; y después sus últimos consejos en el momento en que iban a desaparecer del mundo, las promesas que les había hecho y que tan prontamente había olvidado, las satisfacciones de fortuna y de carrera que debía a su herencia y al nombre que llevaba, las bondades del rey y de la reina, la posición que tenía en su corte y, en

fin, sus esponsales con Lucía, que él consideraba como el preludio de una felicidad asegurada para siempre.

todas las etapas, y en todas ellas había encontrado caras sonrientes y cariñosas, hacía mucho tiempo borradas de su memoria y que resucitaban entonces, graves y tristes, pero tiernamente benévolas, como para llevarle socorro y ayudarle a bien morir.

Debía, pues, creer que esos antepasados, a ejemplo de su abuelo y de su tío, estaban dispuestos a absolverle y que, con la condición de que habiendo vuelto a ser digno de ellos, permaneciese siéndolo hasta el fin, los muertos le perdonaban como le habían perdonado los vivos.

Podía permanecer digno de ellos resignándose con las decisiones del destino que le segaba en la flor de su juventud y de su fuerza, a los treinta años, cuando había contado con un porvenir de gloria. Podía y quería. Su sacrificio estaba hecho y, como se lo había dicho a Lucía y repetido a su abuelo, le aceptaba como una justa expiación.

Esas visiones se disiparon con el día, pero su influencia iba a ejercerse en él hasta el momento fatal. Delante de la muerte, se convertía en un hombre nuevo, bajo el cual no brotaba, más que en esfuerzos intermitentes el fogoso revolucionario, para protestar contra los tratamientos de que era víctima por parte de sus antiguos compañeros, no porque quisiese vengarse de ellos, sino porque ambicionaba prestar a su patria el servicio de desenmascararlos antes de morir.

esperaban deseosos de concertarse con él sobre los medios de defensa que habría que utilizar ante el tribunal. Solamente unos instantes los separaban de la apertura de la audiencia y apenas tenían tiempo de combinar su plan.

A la primera palabra que le dirigió su abuelo, comprendió Dalassene que los dos ancianos hacían poco caso de sus vidas y que, seguros de ser condenados, no se ocupaban más que de él.

-La verdad es -le dijo Mausabré, -que mi hermano y yo hemos infringido las leyes en nombre de las cuales se nos persigue; por consecuencia, no nos queda ninguna probabilidad de ser absueltos. Pero lo que sería horrible es que tú, hijo mío, que no las has violado, fueses castigado como cómplice nuestro. Diremos, pues, la verdad, esto es, que has sido siempre extraño a nuestros actos. Te suplicamos que así lo declares con nosotros y que si se persiste en sostener lo contrario, exijas pruebas.

Dalassene protestó. Estaba resuelto a no seguir este consejo.

-Si le siguiera -dijo, -aumentaría los cargos que pesan sobre usted, abuelo, y me convertiría en su acusador. Obrar así sería deshonrarme. Le he dicho a usted, y se lo repito, que no quiero separar mi suerte de la suya.

-Pero, entonces renuncias a defenderte.

el auditorio. Demostraré que sólo han perseguido a usted y a su hermano para comprometerme; recordaré los servicios que he prestado a la República y preguntaré si merezco la muerte.

Fundo poca esperanza en esta apelación al pueblo; pero si lograse conmoverle, él me libertaría y a ustedes conmigo.

El proyecto que sometía a los dos ancianos era resultado de sus reflexiones de la noche; pero, como acababa de decirlo, tenía poca confianza en su eficacia. La acusación mentirosa lanzada contra él estaba redactada con tanta habilidad como perfidia. No podía desmentirla sino achacando a sus parientes solos la responsabilidad de los actos de que estaba acusado con ellos, y esto no quería hacerlo. Cuando los dos ancianos se convencieron de ello, renunciaron a obtener de él que tratase de conjurar su sentencia.

-No nos queda más, entonces, que prepararnos a la muerte -dijo sencillamente Ninart de Lavoix.

-Me encontrará siempre preparado -respondió su hermano. -A nuestra edad, y en los tiempos calamitosos que alcanzamos, el sacrificio de la vida no es nada. Pero para ti, Roberto, no es lo mismo.

-¡Oh! yo, abuelo -respondió Roberto sonriendo, -soy más viejo que ustedes. La vejez no resulta necesariamente de los años que se han vivido, sino de los sucesos en que se ha tomado parte. Los que yo he visto me han envejecido hasta el un lado a otro por el patio, entre los otros presos que iban y venían a su alrededor. Los tres estaban tan tranquilos, revelaban sus caras tal serenidad interior, que no se hubiera creído que su conversación precedía tan poco al momento en que se iba a decidir de su suerte. Dalassene, al levantarse, esperaba todavía recibir de la Convención un testimonio de interés.

Pero habiendo pasado la mañana sin traérsele, no le esperaba ya, y, lo que prueba la transformación que se había operado en él, es que la ingratitud de sus colegas y su silencio no excitaban ya su cólera. No se preocupaba en aquel momento más que de dulcificar a los dos ancianos, por un aumento de solicitud y de ternura, el rigor de los últimos instantes y reparar así el daño que les había hecho. En cuanto a ellos, parecían poner empeño en probarle que al dejar caer sobre él palabras de clemencia habían sido sinceros y que su perdón era definitivo. Roberto, no oía de su boca ninguno de sus antiguos reproches, como si, después de haberle perdonado, se propusiesen no decir nada que le recordase el pasado.

Su actitud tuvo una consecuencia que Dalassene no hubiera esperado. Cuando, en el día anterior, apareció en el patio, fue acogido con murmullos y hasta con risas de aprobación. Los presos se regocijaban al ver que compartía su suerte uno de los convencionales a quien atribuían justamente su desgracia. Dalassene no había podido desconocer liado con sus parientes, esas manifestaciones cesaron y Roberto echó de ver que a la hostilidad del primer momento había sucedido una tendencia a la piedad.

Esa tendencia se acusó todavía más cuando se supo que Dalassene iba a comparecer ante el tribunal con los dos ancianos. Roberto se aprovechaba de la compasión de que ellos eran objeto y su muerte, aunque considerada como un castigo de sus faltas, no iría acompañada de aplausos ni de maldiciones.

A los once los dos Ninart y él fueron conducidos al palacio de justicia, e introducidos en la sala en que estaba constituído el tribunal revolucionario. En el trayecto de la Conserjería al Palacio, no encontraron casi a nadie y los escasos testigos de su paso permanecieron silenciosos, lo que fue para Dalassene la primera decepción.

Experimentó la segunda al entrar en la sala de audiencia.

Esperaba Roberto ver allí una Multitud simpática y, entre ella, los numerosos amigos que tenía en París y a quienes creía dispuestos a defenderle. Pero no estaban allí más que los concurrentes habituales del tribunal, gorros frigios y calceteras, toda la plebe acostumbrada a palmotear cuando los jueces pronunciaban sentencias de muerte.

Su entrada fue saludada por una explosión de dicharachos injuriosos y ni una voz se levantó para protestar. Roberto no sufrió por aquellos insultos sino a causa de su los aplausos de aquel cobarde populacho que, después de haberle levantado hasta el pináculo, le arrastraba por el arroyo.

Por fortuna, entre aquellas caras sarcásticas y contraídas por la ironía, vio una en la cual se reposaron sus ojos, la de Esteban Jerold. Ambos se sonrieron tristemente comunicándose a distancia, en la única forma que les estaba permitida, las dolorosas emociones que les agitaban. Sin poder decírselo, estaban de acuerdo para reconocer que, al someter a Dalassene al tribunal, sus acusadores habían procurado intencionadamente que en torno de su proceso reinase el silencio, a fin de evitar los movimientos populares que hubieran podido producirse en su favor. Se le trataba como un acusado ordinario, como un comparsa obscuro, lo que equivalía a asesinarle en la sombra.

Aunque había medido hacía mucho tiempo la maldad de sus enemigos, Dalassene no esperaba este último rasgo y contaba con haber oído en el momento de su muerte las protestas indignadas de todos los buenos patriotas. No siendo así, resultaba inútil el discurso que se había propuesto

pronunciar. ¿Para qué ese último esfuerzo si estaba seguro de que su voz sería ahogada y de que su llamada no sería oída?

Se inclinó hacia su abuelo, sentado al lado suyo con Ninart de Lavoix, en el banco de los acusados, y le dijo:

-Verá usted como esos miserables nos impiden hablar.

Esta resolución abreviaba de antemano los debates judiciales que iban a abrirse. Era responder al deseo del presidente del tribunal y del acusador público, Fouquier-Tinville, que hablan recibido órdenes y, sujetos por el miedo a los que se las daban, no eran hombres de infringirlas. El proceso debía ser llevado a marchas dobles; había que evitar que los acusados, Dalassene sobre todo, tuviesen mucho tiempo la palabra. Si su defensa se prolongaba y si amenazaba con influir favorablemente en los jurados o en el auditorio, había que interrumpirla. Lo importante, en una palabra, era que fuesen condenados.

Basta haber recorrido los procedimientos odiosos de aquel tribunal de sangre para saber que, casi siempre, pasaban así las cosas. Cuéntanse por centenas las víctimas que fueron condenadas sin haber podido defenderse. Esta debía ser también la suerte de Dalassene y de los dos ancianos de quienes, odiosamente, se le declaraba cómplice.

Fiel al papel que se había trazado, omitió en sus respuestas el argumento más eficaz. No pudiendo negar que Ninart de Mausabré había transportado a Turín los fondos de que su hermano era depositario, y los había restituido a unos emigrados, hubiera rendido homenaje a la verdad afirmando que esta operación se había hecho sin saberlo él. Pero esto hubiera sido reconocer su realidad, que, por otra parte, no negaban los dos ancianos. Su respuesta se resintió del En vano Mausabré, no escuchando más que el ardor de su alma generosa, le defendió recordando en términos conmovedores lo que había pasado en Turín entre su nieto y él.

El acusador público afectó no tener para nada en cuenta esas declaraciones y, al ver que el anciano las renovaba con más fuerza, se produjo un tumulto en el auditorio, para cubrir su voz.

Fouquier-Tinville tomó entonces la palabra y, ayudado de los elementos que tenía en su mano, compuso toda una novela en la que se veía a los tres acusados urdir un complot para destruir la República y poner en el trono al hijo del tirano decapitado.

Grandes aplausos saludaron la peroración de su discurso; pero en el momento en que se sentaba enjugándose la frente, Dalassene se levantó y le apostrofó:

-Has mentido, Fouquier-Tinville, y lo sabes muy bien.

Instrumento de mis enemigos, me haces condenar a muerte y matas conmigo a dos ciudadanos íntegros cuyo verdadero crimen, a tus ojos, es tener en las venas la misma sangre que corre por las mías. El crimen que cometes no es el primero que te reprochará la posteridad, ni será el último; pero serán castigados y vengadas las víctimas. Perecerás, Fouquier-Tinville, y contigo todos los que sirven como tú los tenebrosos designios de los enemigos de la libertad. Perecepronunciada con voz vibrante, y, extendiendo los brazos, enlazó a los ancianos que tenía a su lado, los atrajo hacia él y les pidió perdón por última vez. Los ancianos le abrazaron por toda respuesta.

La multitud, estupefacta, se quedó callada durante unos segundos, y Fouquier-Tinville, interpretando ese silencio como un síntoma de manifestaciones favorables a los acusados, miró al presidente. Este comprendió e hizo una seña a los jurados, que se levantaron para deliberar, mientras los acusados salían de la sala.

Al cabo de un cuarto de hora se les volvió a traer. La deliberación no había sido larga. Una orden de Fouquier-Tinville, pasada a los jurados, les dictaba la sentencia que debían dar.

Era una sentencia de muerte. Los condenados la escucharon con la cabeza alta y sin que se desmintiera su valor. Al entrar en la Conserjería, se les notificó que serían ejecutados en aquel mismo día, a las cuatro.

Renunciamos a describir sus últimos momentos. La intrepidez ante la muerte no fue un hecho excepcional en aquellos tiempos. La mayor parte de los desgraciados que entonces perecieron fueron al suplicio con la sonrisa en los labios. Los hubo que, desde la carreta que los llevaba a morir, desafiaron con el gesto y con la palabra a la multitud que los insultaba y aullaba a su alrededor. Otros, indiferentes a los dos Ninart y por su nieto. Para saber cómo murieron, basta recordar cómo habían muerto tantos otros antes que ellos y cómo debían morir después.

Entre las circunstancias de su muerte, hay una que merece mencionarse. Dalassene, había pagado al. verdugo para ser ejecutado el último. Había querido evitar a su abuelo y a su tío el espectáculo de su muerte. En el momento en que, llamado el primero, Ninart de Lavoix subía a la guillotina, su sobrino se colocó delante de Ninart de Mausabré para evitar que viese caer la cabeza de su hermano mayor. Cuando tocó el turno a Mausabré, Roberto le abrazó por última vez y le sostuvo como pudo mientras él decía con voz firme:

-Hasta muy pronto, hijo mío, hasta muy pronto.

Cinco minutos después, el joven convencional no existía tampoco.

La enfermedad había obligado a Lucía a permanecer en la cama en los momentos en que se desarrollaban estas trágicas peripecias y favoreció los esfuerzos que hicieron Clara, la Gerard y Esteban para que las ignorase. Presa de la fiebre y del delirio, no pudo ver la tristeza pintada en la cara de los que la cuidaban; no pudo leer las gacetas que contaban el supuesto complot realista cuyos autores acababan de ser castigados; no oyó gritar por las calles el relato de la traición del representante Dalasseno ni el de su proceso y de su muerte.

No conoció su desgracia, hasta tres semanas después, en el Clara y la fiel Gerard.

El suceso que la dejaba viuda no produjo en ella el efecto que todos habían temido. Por muy cruel que fuese su dolor, se resignó a él más pronto de lo que todos esperaban, bien porque esperase la catástrofe, bien porque, considerándola también como una expiación, quisiese expiar ella también el tiempo que le quedase de vida, bien, en fin, porque le repugnase ensombrecer con muestras de una desesperación demasiado larga los amores de su hermana que iba a casarse con Esteban dentro de pocos días. Estaba decidido que Lucía viviría con ellos. La viuda se había negado al principio, pero había acabado por ceder a sus instancias, aunque decía que era aquella más felicidad de la que había merecido.

La noticia de la muerte del conde de Entremont, muerto en los Alpes al frente de sus soldados defendiendo contra los franceses su país invadido, fortificó esta convicción. Ignoraba aún Lucía que el conde había muerto sin saber que ella se había separado para siempre de él haciendo pronunciar el divorcio, y temía que al morir la hubiese maldito y que, abandonado por ella, hubiese salido al encuentro de las balas enemigas.

Todo esto era demasiado para que Lucía tratase de buscar la dicha en el mundo. Proponíase, pues, no aparecer más en él y hacer hasta su último día una existencia retirada, que consagraría al arrepentimiento y a las lágrimas.

nas veces en el hogar conyugal de su hermana. Y, sin embargo, si era posible que lo fuese, no podía ser más que allí.

Sabía que en aquel refugio, único que le quedaba, encontraría siempre bastante tierna abnegación para consolarla y asistirla en las tristezas de la vida a que se consagraba para reparar el pasado.